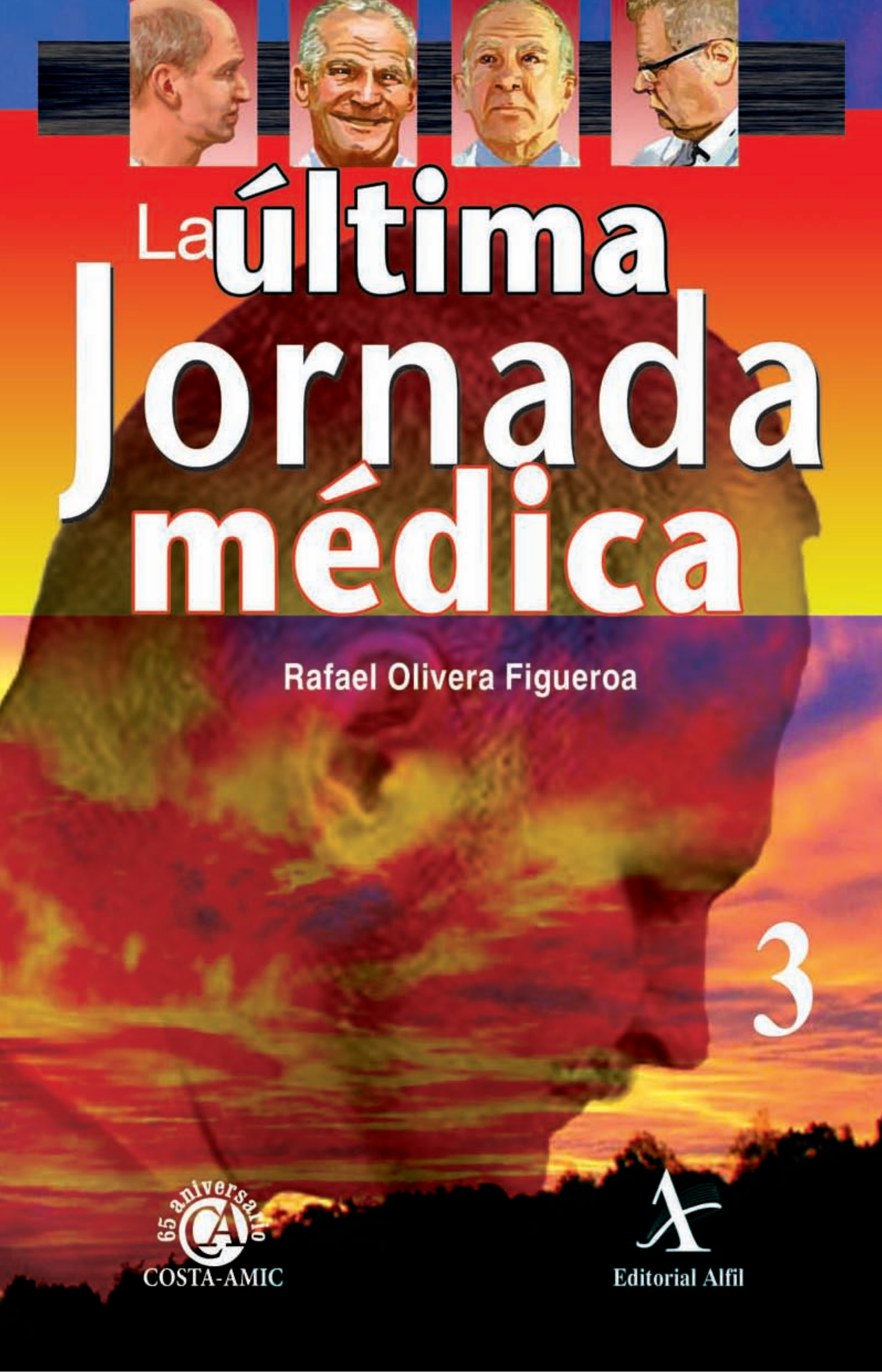

La última
Jornada
médica
Rafael Olivera Figueroa
3
65 aniversario
COSTA-AMIC
Editorial Alfil



LA ÚLTIMA JORNADA MÉDICA

La última jornada médica

Rafael Olivera Figueroa



Editorial Alfil

La última jornada médica

Insurgentes Centro 51-A, Col. San Rafael
06470 México, D. F.
Tels. 55 66 96 76 / 57 05 48 45 / 55 46 93 57
e-mail: alfil@editalfil.com
www.editalfil.com

ISBN 978-607-7504-07-8

Edición realizada por convenio con Proyección Cultural Mexicana, S. A. de C. V.
y Costa Amic Editores, S. A., a partir de la 5ª edición.

Dirección editorial:
José Paiz Tejada

Editor:
Dr. Jorge Aldrete Velasco

Diseño de portada:
Arturo Delgado-Carlos Castell

Impreso por:
Digital Oriente, S. A. de C. V.
Calle 15 Manz. 12 Lote 17, Col. José López Portillo
09920 México, D. F.
Julio de 2008

Contenido

A los amores de mi vida:
Irma, mi esposa, y nuestros hijos:
Rafael, Fabiola, Schila, Kenya y Mayra.

A la memoria de quienes ya se encuentran en el Más Allá:
Armando Alcázar, Luis Daguer, Jesús González, Luis Hoffner,
Juan Soto, Hugo Hernández, Aurora Velázquez,
Miguel Covarrubias, Armando Girón, Alberto Arellano,
Guillermo Castro Barreto y Juan López Cueto.

A quienes sueñan que tal vez exista el Más Allá.

A todos aquellos médicos que ya se retiraron y que en el
regazo de su hogar esperan pacientes el viaje eterno.

A los descreídos.

Prólogo

Aquellos galenos que un día fueron bautizados por un legislador hidalguense con el mote de los Doce Apóstoles y que al cabo de veinte años se reunieron en Acapulco para confesar sus errores y más tarde organizaron una Jornada Médica alrededor del ataúd en el velorio de uno de ellos, ahora, conscientes de su decrepitud y agobiados por sus múltiples enfermedades, se reúnen por última vez en torno del lecho de su guía, el ex senador Erasmo Vidal y Rojas, que agoniza víctima de un virulento cáncer, para relatar sus experiencias acerca de la muerte, de la ingratitud de los hijos, del Más Allá y del calvario de sus enfermedades que lentamente los van conduciendo al sepulcro.

¡Benditos sean los médicos que al llegar a la senectud legan su sapiencia a las nuevas generaciones y saben retirarse a tiempo!

El diagnóstico

Mientras el viento soplaba embravecido y las copas de los gigantescos árboles se mecían majestuosas, desprendiendo multitud de hojas secas, allá, en la inmensidad del horizonte, las lúgubres tinieblas de la noche empezaban a envolver a la ciudad de México, para darle a su fisonomía, precisamente esa turbulenta tarde, un tinte enigmático. El aire, frío y molesto, levantaba nubes de polvo y las estrellaba en los regios muros de la vetusta casa del ex senador Erasmo Vidal y Rojas, haciendo crujir sus imponentes cimientos; una manga del meteoro se enredó en el pico de la altiva garza metálica que adornaba la fuente del jardín, desbaratando el potente chorro de agua que lanzaba al cielo, para convertirlo en manso rocío y esparcirlo sobre los hermosos rosales que celosos la custodiaban.

Postrado en el sofá de la sala, con el rostro demacrado, los dedos de las manos entrelazados detrás de la nuca, los ojos hundidos y sombríos, producto de desvelos, presiones, hondas reflexiones y del devastador cáncer que lo consumía, el doctor y ex

senador Erasmo Vidal y Rojas observaba ensimismado, a través de los cristales del enorme ventanal, el fenómeno atmosférico, en tanto que el doctor Braulio Azcárraga Vega, su médico de cabecera, sumamente preocupado, dejaba sobre la mesa el paquete de radiografías, tomografías y análisis clínicos que con extremado cuidado acababa de examinar, y se paseaba pensativo por la sala, viendo de reojo al ex senador.

—Estoy enterado, Erasmo —dijo con firmeza—. Tus estudios están completos y hablan con elocuencia; no dejan lugar a dudas. Nada hay que agregar; ni hacen falta más exámenes. La biopsia confirma categóricamente el diagnóstico.

—Lo sé, Braulio —contestó titubeante el aludido sin separar su vista de la garza—; por eso te mandé llamar, para saber tu opinión, nada más —tosió nervioso—. ¿Cuál es?

Braulio, con su atildada personalidad, y la angustia de revelar su verdadero sentir, dejó de pasearse, tomó asiento en la mecedora que se hallaba cerca del ex senador, se empezó a balancear y, finalmente, clavó su mirada aquilina en los ojos de su amigo y le dijo:

—Sabes perfectamente que una noche, allá en el velorio del licenciado Bazán, cuando comentábamos su cruel agonía y muerte, prometimos ser sinceros si alguno de los dos adquiriera una enfermedad incurable. ¿Recuerdas?

Erasmo comprendió de inmediato lo que su amigo quería decir, por lo que, desdeñoso, separó su vista de la garza, cerró los ojos y con voz suave murmuró:

—Me lo temía, Braulio. Antes de hacerme los exámenes ya conocía la gravedad de mi padecimiento; por eso te pedí que vinieras —suspiró—: ¡cáncer primario en hígado! o su equivalente, muerte a corto plazo, ¿verdad?

—¡Exacto! —exclamó— No te puedo engañar. Hablamos el mismo idioma. Somos médicos —preocupado—. Espero, aunque te duela el alma, que sepas cumplir lo que tanto predicas: ¡ecuanimidad! —se levantó de la mecedora y se paseó por la sala— Tú

y yo hemos tenido largas y acaloradas pláticas acerca de la muerte y sus espantosos preludios. Hemos llegado a reconocer su imprescindible presencia en ciertas circunstancias y su inquebrantable e inviolable ley universal de que todos debemos morir y que hasta la fecha nadie ha podido ni podrá escaparse de tan contundente sentencia —pensativo—. No se me olvida que en nuestras tertulias filosóficas de cantina descubrimos que la excepción de "toda regla tiene su excepción", es precisamente ésta, porque no tiene ni tendrá excepción. ¡Todos tenemos que morir! ¡Es conclusión silogística que no admite discusión! ¡Es axiomática! ¡Hasta el mismo Dios, cuando bajó a redimirnos, murió! ¡No quebrantó la ley! ¡La obedeció! ¡Pudiendo haberla eludido! ¿No es así?

—Sí; lo sé —respondió con frialdad y sin abrir los ojos.

—También recordarás nuestra promesa de revelar las reflexiones y alteraciones que tendríamos al enterarnos de nuestra enfermedad y su irremediable evolución: ¿miento?

—De ninguna manera, Braulio; ése fue nuestro pacto.

—Prometimos no llorar ni hacer tragedias. Espero sepas aquilatar tu palabra y la cumplas. Especialmente tú, que eres afecto a los juramentos y haces de ellos inverosímiles jornadas.

Erasmo suspiró profundo, abrió los ojos y fijó su mirada en el techo; luego, sonrió melancólico.

—Mientras consiga contenerme, no lloraré. No tiene objeto. Tampoco haré tragedias, aunque ganas no me faltan —suspiró—. Esperaba la noticia, no fue ninguna sorpresa. Sólo quería que tú la confirmaras —reflexivo—. Lo bueno es que mis hijos ya son profesionistas, no les haré falta —cerró los ojos—. ¿Sabes qué experimenté cuando corroboré mi diagnóstico? ¡tristeza!; un cúmulo de amargos recuerdos, instantes felices, fracasos, éxitos, miedo, alegría e ingratitudes humanas acudieron en desorden a mi mente. Me vi en los brazos de mi madre; de la mano de mi padre; en el altar de la iglesia con mi esposa recibiendo las bendiciones del matrimonio; en medio de mis queridos hijos; vi a mis maestros impartiendo sus sabias cátedras; a mis compañeros po-

líticos, y digo compañeros, porque en política no existen los amigos, felicitándome en el senado; a mis inolvidables Apóstoles, que nunca podré arrancarlos de mi corazón, sentados con sus mejores trapos en aquel restaurante de las calles del Carmen, "El Taquito", y en aquella asquerosa taberna de don Hipólito, refugio de nuestros descalabros y triunfos tanto amorosos como científicos, brindando con vino generoso y tarros de cerveza; me vi en el lujoso hotel de Acapulco, escuchando las aberrantes confesiones de nuestros más dramáticos errores; me vi en el velorio de Luis Dondé, oyendo el escalofriante y divertido relato del cadáver del perro que momentáneamente fue transformado en el de una mujer para ser arrojado en la vieja carretera a Cuernavaca y ocultar en esa forma un inexistente crimen; recordé a todas aquellas amistades y familiares que ayudé a que sanaran y nunca en la vida me lo agradecieron ni pagaron; y, de pronto, me sentí atrapado en un catafalco con sus cuatro cirios prendidos y una vieja plañidera lamentando hipócritamente mi muerte —suspiró, volvió su mirada a la garza y luego, con timidez, miró a Braulio—. ¿Cuánto tiempo me das de vida? ¿Crees que todavía tenga existencia para realizar algunos asuntos pendientes?

—No hagas preguntas que ni tú mismo contestarías si en lugar de ser el paciente fueras su médico —respondió cortante—. Puedes vivir meses, quizá un año, pero también morir en unos cuantos días. Tu cáncer pertenece a los que avanzan a paso veloz; pero mientras eso suceda, procura llevar a cabo todo lo que tengas pendiente —intrigado—. ¿Lo sabe tu esposa?

—No; ninguno de mi familia; ni siquiera lo he querido comentar con mi hijo Pedro Luis, que ya es médico.

—Tendrán que saberlo —ordenó—. Tu mujer es fuerte; tal vez lo presienta, lo mismo que tus hijos.

Erasmo se mordió los labios.

—Se lo diré —absorto—. Es necesario que lo sepan de mi propia boca.

—Es lo mejor.

—Deseo que vengan mis amigos los Apóstoles —propuso melancólico—. Es justo despedirme de ellos. ¿Te gustaría estar presente ese día?

—No, Erasmo. Me sentiría incómodo. Pertenezco a otra camada de médicos; no olvides que me llevas diez años. Esas reuniones de tu cofradía son sagradas. Ustedes mismos se sentirían molestos con mi presencia, me verían como un intruso.

—¡De ninguna manera! Yo mismo te condecoraría con el título de Apóstol Honoris Causa —pensativo—. Quizá tengas razón, no todos piensan como yo —sacó un frasco, extrajo una tableta, se la llevó a la boca, tomó agua y se la tragó—. Seguiré tu consejo, voy a apresurarme, no sea que muera antes de lo previsto; sería fatal —suspiró con dificultad y trató de sonreír—. La reunión con mis condiscípulos será aquí, acondicionaré mi recámara para que todos estén cómodos —ensimismado—. Seré el cuarto del grupo que desfile al Más Allá, pero el primero en llegar con la moral en alto.

—Me fascina tu optimismo —dubitativo—. Hay algo que me preocupa: ¿quién ocupará tu lugar en la cofradía?

—Mi hijo Pedro Luis. Eso ya está decidido. Se especializó en medicina interna —sonrió—. Nuestra hermandad será eterna. Los Apóstoles no deben sucumbir: muere uno, lo suple otro; y así, hasta la consumación de los siglos.

—¿No crees que le será doloroso asistir a tu postrera reunión?

—De ninguna manera; lo prepararé debidamente; lo que me preocupa es otra cosa.

—¿Cuál?

—Que después de mi muerte mis hermanos no vuelvan a reunirse —inquieto—; por eso me urge hablarles, para que el gremio siga pregonando nuestra filosofía y no fenezca —sonrió—. ¡Lo triste es que ya están demasiado viejos!; eso no lo puedo negar —pensativo—. ¡A menos que sus futuras juntas sean en un asilo para ancianos! ¡O en terapia intensiva de algún hospital!

Braulio miró asombrado a Erasmo.

—¡Nunca dejarás de tener el buen humor que siempre te ha caracterizado! —sonrió—. ¿Qué pretendes con reunirlos?

—No sé. Yo siempre he sido romántico, ésa ha sido y será eternamente mi debilidad —sonrió y miró al cielo a través del enorme ventanal—. Cuando contemplo la Luna, mis pensamientos bordan historias sorprendentes; si veo llover, con el ruido de las gotas de agua compongo melodías maravillosas y mi mente vuela a sitios recónditos en busca de la belleza, o, en su defecto, de lo insólito; el silbido de los vientos me trae gratos recuerdos; mirar al cielo cubrirse de nubes me fascina, porque formo figuras con cada una de ellas y les doy vida en mi fantasioso mundo. Me enloquece entrevistar gente pobre, rica, pordioseros, meseros o cocineros, con el único fin de indagar su forma de vivir. Mi espíritu tiene mucho de bohemio: soy fanático de tertulias, discusiones y debates. Gozo al escuchar melodías que amenizaron momentos sublimes de mi lejana juventud. Me agrada ver personas que conocí en primaria, preparatoria o profesional, para preguntarles qué se han hecho o a qué se dedican. Los aromas de tractolina, bugambilia, gardenias, sándalo y hasta de olores nauseabundos me transportan a épocas pasadas. Nunca olvido un amigo, por eso siempre trato de reunirlos —sonrió sombrío—. Éramos doce, doce condiscípulos, doce Apóstoles, como nos bautizó aquel legislador hidalguense; pero los años, esos destructores años, nos han ido aniquilando —cerró los ojos—. Estoy triste, Braulio, nuestro sagrado grupo, pronto, muy pronto, aunque yo no quiera, desaparecerá para siempre; sin embargo, el consuelo que me queda es que yo, desde el Más Allá, trataré a toda costa de evitar su desintegración. Hoy, más que nunca, asevero que nada es eterno, excepto Dios; que nosotros somos polvo y en polvo nos convertiremos: ¡sentencia bíblica e irrevocable!

—Me gusta cómo filosofas, Erasmo, pero aún no me has dicho para qué quieres reunirlos...

—No sé. Ese día inventaré algo antes de mi adiós eterno. Nunca faltan cosas extraordinarias que platicar. Una vez hablamos de

nuestros errores, otra, de anécdotas y triunfos; justo es que ahora comentemos temas de la gratitud e ingratitud de los enfermos, especialmente de quienes dicen ser amigos o familiares y se hacen los sordos a la hora de pagar. Hay mucha madera de dónde cortar, hermano, por lo menos mientras mi cerebro esté funcionando.

Braulio se levantó de la mecedora, se acercó al ventanal, y observó cómo el viento continuaba su furiosa embestida contra las ramas de los árboles para hacerlas danzar en las espesas tinieblas de la noche que acababa de engullirse a la tarde.

—¿Tienes miedo, Erasmo? ¿No le temes al Más Allá? —preguntó Braulio sin dejar de mirar la oscuridad del cielo.

—Te seré franco. No me da miedo. ¿Sabes por qué? ¡porque creo que existe algo tras las sombras de la muerte! Es infantil pensar que con ella termina todo. Por eso estoy tranquilo; aunque, te seré sincero, echaré de menos este mundo.

—Eres enigmático. Por eso te admiro. Yo, si estuviera en tu lugar, me encontraría en un mar de lágrimas; en cambio tú, como si nada. Eso es muy significativo. ¡Te felicito!

Braulio le dio una palmada en la espalda, y salió de la sala. Erasmo, al encontrarse en la más absoluta soledad, se cubrió la cara con ambas manos y se puso a llorar con todas sus fuerzas.

Reflexiones

Esa noche Erasmo no podía conciliar el sueño; su cerebro, pródigo en pensamientos, buscaba afanosamente una solución para soportar con dignidad la terrible agonía que le esperaba y las consecuencias que, por ende, acarrearía en el seno de su familia. No deseaba escuchar llantos ni escenas dolorosas; sabía que su muerte era inevitable, pero no compartía la idea de esperarla recostado en su lecho y rodeado de gente que compasiva lo mirara. Deseaba una muerte tranquila, indolora y sin auxilios inútiles; era enemigo de causar molestias; por eso anhelaba morir cuando estuviera profundamente dormido; sin embargo, tenía la opción de internarse en una clínica y aguardarla ahí bajo la vigilancia de las enfermeras. "¿Qué habrá más allá de la vida?" —se preguntaba impaciente— "No es posible que todo termine con la muerte, eso, sencillamente, es inconcebible; debe existir algo; quizá cuando el espíritu abandona el cuerpo se inicia un nuevo ciclo, una nueva vida —pensó desesperado—; no es lógico que el mundo se acabe con la muerte, sería paradójico, tiene que haber algo,

quizá inexplicable; si todo concluyera con ella, las religiones, obviamente, se desmoronarían. ¿Habrá un Dios omnipotente que esté esperando que le rindamos cuenta para perdonar o castigar? En caso de existir, ¿cómo será?, ¿igual a nosotros? La Biblia dice que nos formó a Su semejanza. Supongo que si en el Juicio Final Él nos va a juzgar, nadie se atreverá a mentir, sería tanto como delatarse y firmar por adelantado su sentencia —suspiró profundo y cerró los ojos—. Quienes en momentos críticos han llegado a desprender su espíritu del cuerpo aseguran haber visto un resplandor, lleno de esperanza y felicidad, que al final de un largo camino los vigila. ¿Será cierto? ¡Necesito creer que hay algo más allá de la vida! —exclamó desesperado— ¡es necesario!; muchos se imaginan sólo oscuridad, tinieblas y luego el sueño eterno. Si en realidad existiera otro mundo —musitó—, entonces surgirían preguntas terribles: ¿qué hacía mi espíritu antes de que yo naciera?, ¿acaso estuve viviendo en otra galaxia?, ¿en otro cuerpo?, ¿navegaba sin brújula en el infinito?, ¿estaba anidado en otra materia?, ¿aún no había sido engendrado?, ¡preguntas y preguntas que no tienen respuesta, pero que pronto la tendrán! —pensativo— ¿Qué sentiré cuando esté al borde de la muerte? ¿Será igual que al principio de un sueño? ¿Se irá escapando la conciencia paulatinamente? —sonrió abstraído— No tiene caso reflexionar sobre este tema que hasta la fecha nadie ha descifrado. Morir es la única forma de saber qué existe más allá de la línea divisoria que nos separa de ese enigma —pasmado—. Lo único cierto es que en esa dimensión, dolor, odio, sufrimiento, miedo y venganza no existen, porque sólo hay un común denominador: ¡Dios! Ah, pero lo que a mí me interesa por el momento ¡es saber morir! Y si no es posible conocer lo que me espera, justo es planear mi agonía sin gritos ni aspavientos —pensativo—; y para que esto sea factible, debo confesar a mi familia lo inevitable de mi fin y la esperanza de comprensión y obediencia de su parte —sonrió melancólico—. Dos caminos me aguardan: uno, el fin de todo vestigio de vida: ¡muerte sin existencia en el Más Allá!; y otro,

vida después de la muerte: ¡el principio de la eternidad, o su continuación!, dependiendo de si hay o no resurrección; pero suponiendo que esta segunda opción exista, entonces tendré oportunidad de consolar y ayudar a los míos; aunque jamás he sabido de alguien que en esa dimensión hubiese auxiliado a sus familiares, o vengado de sus verdugos; tal vez porque existan leyes especiales que no lo permitan. ¿Habrá algo realmente? ¿Serán fantasmas que hemos creado para justificar nuestra ignorancia? ¡No sé! Pero me gustaría que la vida se prolongara después de la muerte: es mi deseo; no obstante, al profundizar mis empíricas teorías concluyo que dormir el sueño eterno es lo mejor que me puede pasar; es difícil que la paz encuentre otro factor superior."

Erasmo se levantó de su cama y empezó a caminar por la alfombra de la alcoba; arrimó su mecedora a la ventana, y se sentó a contemplar el cielo adornado por una incipiente luna en cuarto creciente enmarcada por densas nubes y miles de estrellas que titilaban en la lejanía. Los vientos habían disminuido. Imperaba una calma impregnada de tristeza.

"Sería fabuloso que después de morir —se dijo con los ojos inundados de lágrimas, pero sin separar su vista de la inmensidad— Dios nos dejara conocer sus fascinantes planetas y hermosas estrellas que tapizan el majestuoso infinito; sería estúpido y egoísta que lo hubiera creado para que nadie lo conociera —se restregó los ojos—; emigrar a otro sistema parecido al nuestro es la tesis que me conviene creer; aunque esto último no deja de ser monótono. Lo ideal sería transportarse a otro mundo completamente diferente —empezó a mecerse sin dejar de observar la Luna—. Tengo que ser fuerte con mi gente y convencerla para que acepte mi fin como algo natural, pues si mi mal es irremediable, deben brindarme la tranquilidad que yo necesito en mis últimos días. Es forzoso hablar sin que me vaya a traicionar el llanto. Debo ser autoritario, dictatorial y enérgico, aunque por dentro mi corazón se desgarre; no hay otro camino —se levantó de la mecedora para dirigirse a su cama—; siempre he predicado serenidad

en los momentos difíciles de la vida; es el momento de poner en práctica mi filosofía; no tengo otra elección —se recostó en la cama, cerró los ojos y sonrió con melancolía—. Si mis días están contados, vale la pena llamar a mis amigos para que juntos disertemos sobre la muerte; ellos pueden aportar datos interesantes; sin embargo, debo estar alerta, pues algunos de ellos no creen en Dios; y si esto data de aquellos días estudiantiles que lo discutíamos en las barras de las cantinas y mesas de café... ¿qué sucederá ahora que posiblemente tengan argumentos más poderosos y contundentes para seguir negándolo? —bostezó— Quizá la misma vida los haya hecho cambiar de opinión y ahora sean creyentes..."

Erasmo continuó elaborando planes; su mente hizo y deshizo teorías, las acomodó a su conveniencia, hasta que, finalmente, y ayudado por una tableta hipnótica, lo venció el sueño.

La decisión

En su amplia y cómoda biblioteca, repleta de libros, diplomas y trofeos, el doctor Erasmo Vidal y Rojas, sentado en destartalada mecedora, tras su escritorio, sobre el que se encontraban un sinnúmero de radiografías y análisis, miraba con extremada dulzura a su esposa Dora y a sus hijos Pedro Luis y Blanca, que intrigados habían acudido a este inesperado llamado.

—¿Por qué esta reunión? —inquirió Dora sumamente extrañada— Jamás nos habías llamado con tanto misterio. ¿De qué se trata? ¿Alguno de nosotros ha cometido una falta?

—No es ningún misterio —respondió Erasmo con forzada serenidad—, tampoco se trata de regañar a nadie; simplemente quiero conversar con ustedes para darles a conocer los resultados de los estudios a los que me he sometido; es decir, el diagnóstico, tratamiento y pronóstico de mi enfermedad, así como el estado anímico por el que atravieso y la decisión que he tomado.

Dora miró con impaciencia a Erasmo. Pedro Luis y Blanca, presintiendo lo peor, porque conocían el tono de su voz cuando estaba preocupado, se quedaron estáticos.

—Espero que todo haya salido bien —dijo Dora con cierto temor que no pudo ocultar a pesar de intentarlo.

Pedro Luis se mordió los labios.

—Voy a pedir un favor —continuó Erasmo con voz autoritaria—. No quiero interrupciones, preguntas ni comentarios hasta que haya terminado de hablar. Deben escuchar con atención y sin desplantes de angustia o sentimentalismo, sino comprensión. Antes de referirme a mi enfermedad, les advierto que esta conversación la he meditado profundamente, por lo que está fuera de toda discusión; no es una polémica, sino una orden —tragó saliva y apretó los puños—. Seré breve: estoy enfermo y sentenciado a morir en corto plazo —tosió—. Tengo cáncer primario en hígado y mis colegas me dan poco tiempo de vida, mismo que aprovecharé para compartirlo con ustedes, pero bajo ciertas condiciones. Aclaro y subrayo que no tengo remedio ni estoy dispuesto a someterme a tratamientos heroicos. Sé perfectamente el curso de mi padecimiento, así como su desenlace, y he decidido respetarlo. No quiero lamentos ni llantos; por eso, humildemente pido que en estos momentos, en este preciso instante, piensen que, a pesar de los esfuerzos de sabios, brujos, científicos, religiosos y yerberos que ustedes trajeron, acabo de morir y mi cuerpo lo están velando en compañía de gente que les ha venido a dar su más sentido pésame; por tanto, lloren todo lo que quieran; recen hasta fatigarse; juren, repito, que hicieron milagros con tal de salvarme; pero Dios, con su infinita grandeza, quiso que me fuera de este mundo. Quédense a llorar conmigo, si así lo desean, las veinticuatro horas que normalmente dura un velorio. Ah, pero tan pronto salgan de aquí —alzó la voz con firmeza y los miró retador— se acabarán lágrimas, lamentos y cuchicheos. Apréndanse de memoria mis instrucciones, porque si alguno de ustedes falla, me iré a morir lejos de la casa, donde nadie me encuentre: ¡se lo

juro por lo más sagrado! Para terminar, quiero recomendarles que no intenten traerme talismanes, aguas milagrosas, médicos homeópatas ni nada que deteriore mis bien cimentados conocimientos científicos o ideológicos. ¡Nada podrá salvarme!, ¡entiéndanlo bien! Les doy mi palabra de honor de que he acudido a los más connotados especialistas y todos concuerdan en que no tengo remedio!... ¡Estoy desahuciado! —suspiró profundo, miró a cada uno de ellos, y sonrió enigmático— Después de esta confesión, pueden hacerme las preguntas que quieran, con la salvedad de que sólo contestaré aquellas que lo merezcan.

Erasmo calló. Dora lo miró incrédula, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar; Pedro Luis, recién graduado en medicina interna, lo observaba silencioso a través de una gruesa capa de lágrimas, mientras Blanca se cubría los ojos para llorar amargamente.

—¡Dios mío! —exclamó Dora al mismo tiempo que se levantaba y abrazaba a su esposo— ¡Esto no puede ser cierto! ¡Es mentira lo que acabas de decir! ¿Por qué lo haces? ¡No es posible!

Erasmo abrazó cariñosamente a su esposa y la besó en la frente.

—No, Dora, no miento. Es la verdad. Y tú, que has sido mi fiel compañera, tienes que ser fuerte y ayudarme en estos momentos tan difíciles para mí. Siempre has sido mi apoyo... y espero que continúes siéndolo.

—Pero mi cielo, toma en cuenta que le estás pidiendo a la mitad de tu propia vida, como siempre me has llamado, que sea insensible. Yo no puedo dejar de llorar si sé que pronto te voy a perder. Eso no puede ser... ¡Entiéndeme! ¡Soy humana! ¡No me exijas más de lo que te puedo dar! ¡Si tú mueres, también morirá la mitad de mi vida... la que más quiero!

—Lo sé, Dora, lo sé. Y puedes llorar todo el tiempo que quieras, por eso los llamé; pero, te repito, vas a llorar ahora, en este momento, antes de abandonar la biblioteca, no después —autoritario—. Sé que es duro, demasiado duro, pero debes comprender

que para mí es peor; estoy desahuciado y moriré irremediablemente; por eso mi último deseo es compartir con ustedes ese tiempo que me queda, pero sin lamentos ni nada parecido, sino lo contrario, recordando los días más felices de nuestra existencia; viviendo el presente sin pensar en el futuro: ¡es mi último deseo! —tomó aire al sentirse agitado— Entiéndeme, cielo, ponte en mi lugar, no puedo vivir tranquilo con ustedes si veo que están llorando la proximidad de mi muerte, que, insisto, es inevitable. Por eso les pido ayuda... ¡y tienen que dármela! ¡No existe alternativa!

Dora abrazó a Erasmo y lo colmó de besos. Pedro Luis, sin dejar de llorar, examinó las radiografías y los análisis.

—Por mi parte, papá —dijo con voz apagada por el llanto—, cumpliré al pie de la letra tus recomendaciones. Ya vi tus estudios y sé que no mientes. Desgraciadamente no hay nada que hacer —sollozó—. Tú has sido un padre ejemplar, un médico chapado a la antigua y un político excepcional. He seguido paso a paso tus movimientos en las diferentes esferas en que te has desenvuelto y he visto, con agrado, que te transformas en múltiples personalidades, sobre todo cuando estás rodeado de tus intocables Apóstoles, que si no es por ti jamás se hubieran reunido en Acapulco ni en el sepelio del doctor Luis Dondé —hizo una pausa—. Te entiendo, papá, y prometo obedecer ciegamente tus mandatos y hacer lo imposible por no fallarte. Tienes razón, no debemos perder tiempo en lamentos, sino vivir, eso es lo que interesa.

—Me da gusto que comprendas, hijo, porque me haces sentir importante. Sólo quiero agregar algo que había quedado rezagado en mi mente, que forma parte de mi ideología —tosió con intensidad unos segundos— y que servirá para fortalecer mis últimos deseos: pienso que el sepulcro no es el extremo de la vida como tampoco la cuna es el opuesto; la existencia es un círculo, tal como lo dijo Manuel Acuña, y la muerte sólo es el final de la jornada. Sé que hay vida más allá de la muerte; eso, como médico, lo he sabido desde que me titulé y convertí en fiel guardián

tanto del que nace como del que muere. Sé, lo presiento, que allá, tras la línea divisoria de la muerte, de lo ignorado, hay una nueva existencia, superior a la que conocemos —miró amoroso a su hijo—. Y tú, si no la has descubierto, pronto lo harás y sabrás que quienes mueren sólo pasan del estado corpóreo al etéreo. Por eso les pido que me entiendan y lloren en estos instantes, pero al traspasar el umbral de la biblioteca abandonarán su llanto y pensarán que ya estoy muerto y sólo soy un fantasma, y como tal me tratarán.

Blanca se levantó de su silla, abrazó tiernamente a Erasmo y lo besó en la frente.

—Aunque por dentro se destroce mi corazón, papá, cumpliré tu deseo. Es triste que te vayas, lo sé, pero más desgarrador será que te quedes con una calidad de vida deplorable. Siempre has sido activo, dinámico, lleno de optimismo; tal vez el más grande romántico y bohemio que yo haya conocido. Tu vida, vista desde cualquier ángulo, ha sido un poemario: eres capaz de encontrar la belleza en un inmundo muladar; y lo horrible donde todo aparentemente es hermoso. Ésa es la fórmula de los elegidos, de los soñadores. ¡Así es como te quiero! Y yo, papá, aunque me duela el corazón, te prefiero muerto que sufriendo dolores y pesares. ¡No quiero verte con vida vegetativa y atado a sueros, transfusiones y sondas! Tú eres mi padre, no un conejo de las Indias.

—Estoy orgulloso de ustedes —resumió Erasmo—. Sabía que al final me comprenderían. Mi vida, si a estos terribles dolores podemos llamarles así, será controlada con analgésicos y sedantes —se levantó de su mecedora, dio unos pasos a lo largo de su biblioteca, se paró frente al ventanal que daba al jardín, y desde ahí miró al cielo—. En estos pocos días que me quedan he decidido hacer exclusivamente lo que me gusta; y uno de mis más grandes deseos es reunirme por última vez con mis inseparables Apóstoles; y para que esto sea posible es preciso comunicarse con ellos. Se aproxima el 17 de agosto, aniversario de aquella lejana promesa que más parece mito que realidad —suspiró—. Na-

die podrá olvidar la jornada de errores médicos con la que conmemoramos nuestros primeros veinte años de vida profesional —calló pensativo—. Cuando hablen con mis amigos, díganles la verdad: que tengo cáncer, voy a morir pronto y anhelo despedirme de ellos —secó el llanto de sus ojos—. Ah, olvidaba dictar mis últimas recomendaciones: mi velorio será íntimo: sólo ustedes asistirán; si alguno de los Apóstoles viniese, que me vea y se retire; no quiero llantos, porque ya me están llorando; ni flores, porque no habrá entierro, sino incineración: ¡ansío convertirme en polvo y no ser festín de gusanos!; en lugar de novenarios, prefiero que eleven una plegaria a Dios, pidiéndole resignación, y para mí, su perdón; mis cenizas serán esparcidas en los patios de la vieja Escuela de Medicina, en el atrio de la iglesia de Santo Domingo; en los jardines del viejo Hospital Juárez y, el resto, en el mar abierto del puerto de Acapulco —respiró agitado—. ¡Es todo lo que les pido!

Dora y sus hijos bajaron la vista; los tres lloraban en silencio.

—Se cumplirán tus deseos, Erasmo: vendrán tus Apóstoles. También prometemos que al salir de aquí no volverás a ver lágrimas en nuestros ojos —dijo Dora y lo abrazó fuertemente.

Los preparativos

Dora y sus hijos se movilizaron para reunir a los once Apóstoles en la fecha indicada; la misión fue ardua y tenaz, ya que el doctor Roberto Bojar, que recientemente había sufrido un accidente en el que perdió la pierna derecha, y José Nuncio, cuya diabetes lo tenía al borde de la ceguera, estuvieron a punto de hacerla fracasar; sin embargo, el patético llamado de Erasmo, desde su lecho de dolor, pudo más y finalmente aceptaron.

—Casi todos los Apóstoles originales están enfermos o imposibilitados, hijo —exclamó con tristeza Dora—; no obstante, y a pesar de sus achaques y avanzada edad, ninguno declinó la invitación —sonrió—; quieren mucho a tu papá —pensativa—. Con los suplentes no hubo problema, rápidamente aceptaron.

—Lógico —sonrió Pedro Luis—: todavía están fuertes. Lo increíble de los otros, mamá, es que aún conserven agallas para no fallarle —suspiró—: ¡el menor rebasa los setenta años!

—¡Qué triste es la vida!, hijo: después de ser fuerte, inteligente, activo y tenaz, los años te convierten en débil, precavido y has-

ta inútil. ¡Ésa es la venganza del tiempo sobre la vanidad humana!

—Es el precio, diría yo: ¡nadie es inmune!

—Así es. Los Apóstoles fundadores tienen cincuenta y tantos años de haberse titulado; tres de ellos ya murieron; otros están retirados; sólo los suplentes ejercen; sin embargo, todos conservan genio, carácter y fuerza para continuar reuniéndose —sonrió meditabunda—. Tu padre me pidió que hiciera reservaciones en un solo hotel, quiere que ahí se concentren para que escarben el pasado y desentierren los recuerdos. ¿Te gustaría estar con ellos antes de que vinieran a casa?

—¡Claro! Yo seguiré la tradición, mamá. Siempre he sido ferviente enamorado de las viejas costumbres y las promesas. Lo que ha hecho ese grupo ¡es escuela! Sé de muchas generaciones, no sólo médicas, sino de otras profesiones, que han prometido reunirse al cabo de veinte años para confesar sus metidas de pata. Y eso me gusta: ¡huele a tradición!, ¡igual que los viejos vinos! ¡En cada una de esas sesiones estará como invitado de honor el espíritu de mi padre! Por eso estoy entusiasmado en reunir a sus amigos.

—¡Qué maravilloso, hijo! —preocupada— Aunque yo, simple espectadora, no comulgo con esas tradiciones; es más, presiento que tu padre está perdiendo la razón. ¡Sólo a un loco se le ocurren semejantes disparates!

—No, mamá, estás mal —refunfuñó sorprendido—. Mi papá tiene su forma de pensar y hay que respetarla. Sus geniales ideas van acordes con su filosofía. Él ha sido la bujía de los Doce Apóstoles; gracias a él se realizaron las dos jornadas anteriores: la que se gestó en la taberna de don Hipólito, cuando se recibió el doctor Felipe Orzuela, y se efectuó en el puerto de Acapulco, y la que se hizo alrededor del féretro del doctor Luis Dondé. Mi papá es extraño, de eso no cabe la menor duda; no obstante, la proximidad de su muerte la ha tomado con mucha entereza —pensativo—; en el fondo está triste, pero consciente: sabe que morir es un paso que todos algún día tendremos que dar —tomó un vaso

y lo llenó de agua—. ¿Sabes qué, mamá? Estoy orgulloso de él; después de todo, esa orden que nos dio de portarnos ecuánimes hasta el final de sus días es un portento de belleza. ¡Ponte en su lugar!: desahuciado, con los días contados y presa de agudos dolores. Y a eso agrégale ver a sus seres queridos llorar los preludios de su muerte: ¡peor que la Inquisición! Hizo bien en pedirnos deponer nuestra actitud compasiva. Él desea una muerte digna. Y la tendrá. De nosotros depende.

—Tienes razón, hijo. Tal vez lo esté juzgando mal; pero el enorme cariño que le tengo me obliga a decir barbaridades. Tu padre es un santo: ¡romántico hasta el final de su vida! —exclamó melancólica Dora— Ése ha sido su más grave defecto, o cualidad. Siempre viviendo del ayer, de lo que hizo de joven, de lo que logró como médico y político, de sus sueños que no realizó... en fin, tu padre es un libro en el que se encuentran atrapadas en sus páginas un sinfín de anécdotas y que se niega a cerrar por temor a destruirlas.

—Lo que más me llama la atención es su fortaleza. Sabe que va a morir y lo ha tomado con una filosofía genial: ¡parece que se prepara a un largo viaje! ¡Quiere despedirse de todos!

—Insisto hijo, Erasmo es de hierro; y espera que sigas su ejemplo. Desea fervientemente integrarte a su grupo; serías el primero en heredar algo tan hermoso como es la silla apostólica de su propio padre; ninguno de los actuales discípulos es hijo de ellos, sino alumnos sobresalientes... ¡tú serás el primero!

—He seguido paso a paso su historia, mamá, y créeme que desde pequeño, al escuchar sus conversaciones y comentarios, soñé pertenecer a su gremio: ¡y ese día ha llegado!

—La reunión será el 17 de agosto. Fecha sagrada para ellos, porque fue el día que hicieron su promesa. ¡Hasta en eso tuvo suerte Erasmo. Conmemorará un año más de su legendaria junta!

—Un día antes, mamá, seré su anfitrión; les tengo preparada una suculenta cena en un restaurante inolvidable para ellos: ¡"El Taquito"!; ahí los pondré al tanto de la enfermedad y últimos deseos de su gran amigo.

Fantasmas del ayer

Sentados en el comedor de céntrico hotel los doctores Luis Parnel y Federico Gambín, discípulos de los finados galenos Luis Dondé y Arnulfo Lagos, miraban fascinados la llegada del doctor Víctor Aguar Huri, el brillante sucesor de Dionisio Goprez, que después de darles un fuerte abrazo y apretón de manos tomó asiento junto a ellos.

—¡Estos Apóstoles nos van a volver locos! —exclamó el recién llegado— A veces me dan ganas de renunciar a sus caprichos.

—Y harías mal; recuerda que ya pertenecemos a ellos y no podemos deshacernos tan fácilmente de sus ritos; además, hemos sido muy bien recibidos —repuso Federico Gambín, al tiempo que tomaba asiento.

—Es verdad —contestó Víctor, en forma festiva—. ¡Ya me siento Apóstol!; y lo que es más, presumo serlo.

—Somos de la segunda generación —agregó Luis Parnel con cierta presunción— y, por tanto, los jóvenes del grupo.

—Hemos sido partícipes de sus excentricidades, como aquella reunión en Acapulco para festejar sus veinte años de titulados y que transmutaron en un dramático confesionario de errores médicos cometidos a lo largo de su peregrinar profesional —dijo Víctor, visiblemente emocionado—; aunque, para nuestra desgracia, nos prohibieron relatar los propios; ¡como si fuéramos perfectos! —sonrió sarcástico—: tuvimos que conformarnos con delatar a nuestros fallecidos o imposibilitados maestros: ¡nos convirtieron en viles soplones!

—¡En eso tienes razón! ¡Nos portamos como delatores!; aunque yo tengo sobre ustedes un poderoso atenuante: la autorización verbal de mi maestro. Pero la segunda reunión, la que se hizo alrededor de su cadáver, en pleno velorio —añoró Luis Parnel— me impresionó terriblemente: ¡jamás imaginé que el doctor Erasmo se alcanzara esa supergenial idea de sesionar en una capilla ardiente y bajar el féretro al suelo! Casi sacó a empellones a los deudos. Fue hermosa la experiencia. Se habló claro y sin ambages. Las anécdotas afloraron amenas e ilustrativas. Es el único velorio sincero al que he asistido. ¡No hubo hipocresías ni lágrimas falsas!

—Esta reunión que nos aguarda me parece una página arrancada de algún cuento de *Las mil y una noches:* ¡misteriosa y llena de sorpresas! —sonrió suspicaz Federico Gambín— Según me informó su esposa, el doctor Vidal está sentenciado a morir y nos ha mandado llamar para despedirse de nosotros. ¿No es raro que esto suceda? ¿No es fuera de serie este capricho? — inquirió sorprendido.

—Lo es —comentó Víctor, pensativo—. Y aprovechando que los tres pertenecemos al nivel de suplentes, voy a proponer que de hoy en adelante todas las experiencias, anécdotas, errores y aciertos que salgan a luz por nuestra boca sean de nosotros. ¡Es tiempo de independizarnos!, ¡de ser nosotros mismos! ¿Saben por qué?; porque quienes fueron nuestros maestros, que murieron o se retiraron muy jóvenes, bien podrían ser ahora nuestros

discípulos —afirmó dando un golpe sobre la mesa con el puño cerrado para dar más énfasis a su inteligente proposición—. ¡Ya estoy cansado de ser títere de un fantasma inexistente!; porque si él cometió errores garrafales en el ejercicio de su profesión, yo no me quedo atrás. No es jactancia, pero tal vez los míos sean superiores —remató con sonora carcajada.

—En eso tienes sobrada razón, Víctor. Hasta este momento hemos sido peleles de esos Apóstoles que ya se fueron. Justo es que ocupemos sus sitios. Somos tan dignos como ellos. Después de todo, ya cumplimos con sus promesas. Es el momento de ser libres y hablar de nuestras propias experiencias. ¡Ya no necesitamos vejigas para nadar! —remató Federico— ¡Somos adultos y tenemos muchas cosas que decir, confesar y analizar! ¡Hace tiempo que los recuerdos de quienes se fueron se los llevó el viento! ¡Hay que vivir el presente y proyectarse al futuro!

—Estoy de acuerdo contigo, Federico. Porque si vamos a seguir la tradición de reunirnos, no sé hasta cuándo, debemos cambiar la ruta de los acontecimientos. Sería estúpido que dentro de cien años todavía estuviéramos buscando con lupa y exprimiendo los sesos para seguir relatando los secretos de quienes fueron nuestros maestros. Es tiempo de exponer las experiencias que hemos vivido para que reconozcan nuestros méritos o desaciertos —recalcó Luis.

—La vez que nos reunimos alrededor del ataúd del doctor Luis Dondé —dijo Federico visiblemente emocionado— y relaté aquella anécdota de cómo don Perfecto, un alcohólico consumado, se las ingenió para pagarle a mi maestro mandándole revistas y periódicos a su casa, me sentí mal; de pronto me imaginé ser un profanador de tumbas del recuerdo, como si el doctor Arnulfo Lagos desde el Más Allá me hubiera dicho: “Pinche chismoso”, por haber exhumado secretos que se llevó a la tumba. Por eso estoy decidido a rebelarme si ellos insisten en que escarbe el pasado de quienes se fueron. Si el doctor Vidal y Rojas me pide que recuerde algo de mi maestro, me negaré rotundamente y le diré que

nunca más hablaré de él, porque ya me salieron espolones y me considero un Apóstol, no un médico pelele que sólo sabe alabar a su maestro, hacerle caravanas, reírse de sus chistes y platicar sus incomparables proezas.

Luis y Víctor rieron de buena gana, pero pronto callaron cuando Roberto Bojar, enseñando la pérdida de la pierna derecha con su consabida prótesis, y ayudado por dos muletas que llevaba bajo las axilas, se acercó a ellos.

—Buenas noches, caballeros —dijo con voz cansada, mientras los tres médicos se levantaban para ayudarlo a tomar asiento.

—Siéntese aquí, doctor Bojar —indicó Federico.

El recién llegado dejó sus muletas a un lado, aspiró y se sentó.

—Ya no estoy para estos trotes, mis queridos doctores —dijo agitado—. Pero esa bendita palabra que se llama amistad me obligó a venir. Yo también estuve al borde de la muerte, y mis pensamientos se concentraron en mi familia y mis amigos; por eso vine, para no dejar solo a Erasmo: su cáncer del hígado es mortal. Y si él desea despedirse de nosotros, cumpliremos su capricho —suspiró nostálgico—; no importa que mi verdadero sitio esté en el jardín de mi casa, cerca de un perro que a todos ladra, menos a mí; el pobre está tan viejo que también necesita muletas.

—¿Qué le pasó, doctor Bojar? —preguntó intrigado Federico, mirando la prótesis de la pierna.

—¡Es el tributo a la vida! —exclamó Roberto— ¡Y la paradoja de mi especialidad! Yo, que he amputado piernas, brazos, dedos y qué sé yo... ¡tuve que aceptar el terrible suplicio de perder mi pierna!; porque en el accidente que tuve, ella fue la única que murió al quedar prensada y triturada por una tonelada de varilla retorcida.

—Lo siento —repuso afligido Federico.

—Me da gusto que ustedes —prosiguió Roberto— hayan tomado como propio el juramento que hicimos en aquella inmunda taberna de don Hipólito; de no haber sido así, la reunión de ahora tendría varias curules vacías.

—Y lo que es más —terció Luis Parnel—, estamos tan compenetrados con esa promesa que jamás de los jamases nos atreveríamos a romperla... aunque... ¿No cree, doctor Bojar, que a estas alturas ya deberían tomarnos en cuenta?

—Siempre lo hemos hecho —repuso Roberto confundido—. No sé por qué lo dice. ¿A qué se refiere, doctor Parnel?

—A que se nos trate como miembros y no suplentes. Hemos asistido a todas sus reuniones y sólo se nos permite hablar de nuestros maestros. Ya es justo que hablemos de nuestras propias experiencias. ¡Nosotros también somos médicos, hemos cometido errores y tenemos un sinnúmero de anécdotas inéditas!

Roberto sonrió. Movió la cabeza afirmativamente, y dijo:

—Es verdad. Tienen derecho a exigir su titularidad. Ustedes pertenecen a un grupo selecto, es cierto, pero ya creció: ya no son suplentes del apostolado de sus maestros, sino propietarios. No se preocupen, desde la próxima reunión se les considerará dueños de esas curules que, en honor a la verdad, siempre han sido suyas.

—Gracias por sus conceptos, doctor Bojar. Eso nos impulsa a seguir adelante —repuso Víctor, con un gesto de agradecimiento.

No bien se había acomodado Roberto en su silla cuando Gerardo Aldape, que intempestivamente había hecho su aparición, dejó en el piso sus maletas, abrió desmesuradamente los brazos y con una sonrisa radiante de felicidad se le acercó.

—Ven a mi pecho, mi viejo Roberto —gritó eufórico sin dejar de mirar su pierna postiza—. Te diré, como hace tiempo el Cristo a Lázaro, levántate y anda —sonrió—. Supe de tu accidente y me moría de ganas por estrecharte en mis brazos.

Con bastante trabajo, y ayudado por Luis y Federico, Roberto se puso de pie y abrazó emocionado a su querido amigo.

—¡Cada día estamos más viejos e inservibles! —exclamó con tristeza—. Parecemos marionetas movidas por titiriteros.

—Lo bueno es que tú te estás muriendo poco a poco. Ya enterraste un pedazo de tu pierna; al rato sepultarás un brazo; luego,

un dedo; después, otra pierna, hasta que, finalmente, entierres tu cuerpo —bromeó Gerardo y se soltó la carcajada.

—Tú no cambias, Gerardo —respondió Roberto—, por ti no pasan los años, sigues igual a la última vez que nos vimos.

—¿De veras?, ¿no he cambiado? —repuso el aludido con aires presuntuosos—. ¿No estoy más viejo?

—¡Claro que no! —exclamó Roberto— ¡No has cambiado para nada! Sigues siendo el mismo, pero el mismo pinche cabrón de siempre... ¡genio y figura, hasta la sepultura!

Ambos soltaron la carcajada y tomaron asiento junto a la segunda generación de médicos.

—¿Qué opina de esta reunión, doctor Gerardo Aldape? —inquirió preocupado Federico.

—¡Extraña! Como todo lo que piensa y organiza Erasmo. No sé qué se le ocurra cuando todos estemos a su lado. Lo he analizado y he llegado a la conclusión de que nos ha reunido para leer su testamento. Tal y como lo hizo don Quijote de la Mancha. Sólo así explico su patético llamado, que, por otra parte, lo considero excepcional.

—Lo mismo pienso —interrumpió Roberto—. Pero ahora se me antoja que será la postrera vez que las "momias del grupo" nos reunamos. Debemos aceptar —suspiró— que ya estamos viejos, apolillados, cansados y enfermos. Para mí fue un verdadero suplicio trasladarme a este sitio... ¡Y más con mi pata mochada!

—Eso es muy cierto, Roberto —respondió melancólico Gerardo—. Hace poco tuve oportunidad de hablar con José Nuncio, y me enteré de su destructiva enfermedad: ¡está diabético y a punto de perder completamente la vista! Dudo que venga, a menos que haya comprado un perro para que le sirva de lazarillo.

Roberto volteó nervioso hacia la puerta y fijó su mirada en un hombre que traía puestos unos gruesos anteojos, caminaba titubeante hacia ellos y llevaba en la diestra un bastón.

—¡Te equivocas! —exclamó con viva voz Roberto— ¡José Nuncio está detrás de ti! ¡Y no trae ningún perro! Esto confirma

mi tesis: ¡sigues siendo el mismo hocicón de toda la vida! ¡No eres de los que cambian! ¡Y eso habla muy bien de ti, porque eres constante! —sonrió—: ¡Fuiste, eres y seguirás siendo un perfecto cabrón! ¡No cabe la menor duda!

Gerardo, como herido por un rayo, volteó hacia donde estaba José y de inmediato se levantó a darle la bienvenida.

—No te vas a morir pronto, mi querido y nunca bien ponderado otorrinolaringólogo, estábamos hablando mal de ti.

—¡Los escuché! —exclamó José con franca sonrisa—; porque desde que mis ojos se están cubriendo de tinieblas, mi oído se ha desarrollado en tal forma que fácilmente puedo escuchar el vuelo de un mosco, así como las lenguas viperinas de quienes dicen estimarme y me recomiendan un perro... ¡eres un desgraciado, Gerardo, ojalá nunca vayas a necesitar uno!

El encuentro de estos Apóstoles fue emotivo, sobre todo cuando Roberto, ayudado por los médicos, se levantó a darle el abrazo a José.

—Ya sólo somos fantasmas que rondan por la tierra y se resisten a abandonarla —dijo Roberto melancólico—. Somos ruinas de lo que fuimos. Ahora más que nunca le doy la razón al compositor de aquel tango que después de diez años vio convertida en un guiñapo al amor de su vida y exclamó visiblemente conmovido: "¡Fiera venganza la del tiempo que le hace ver destruido lo que uno amó!" Qué bueno que ese poeta no nos ha visto, porque seguramente habría dicho que no parecemos guiñapos, sino ya estamos muertos.

—Sí —añadió Gerardo—. Eso es exactamente lo que parecemos... ¡ruinas de lo que fuimos!, ¡muertos vivientes! Yo, cuando veo en el espejo mi ridícula figura, me río, ¡y mis carcajadas son tan estridentes que mi corazón las escucha pero se hace el sordo!

—Dejemos a un lado la ironía, pues nunca acabaríamos de ridiculizarnos —propuso José—. ¿Hoy es la reunión?

—No sé. Todavía no han dicho nada —contestó Luis—. Parece que el hijo de Erasmo nos espera en el restaurante "El Taquito"

para darnos una cena y ponernos al tanto de todo. Obviamente no va a estar Erasmo; eso es lo que me informaron.

Con paso titubeante, el doctor Adán Calzada, en medio de Felipe Orzuela, cuya artritis deformarte lo obligaba a caminar con lentitud, y de Juan Sortrés, que llevaba amarrada al muslo derecho una bolsa recolectora de orina unida a un catéter indicativo de reciente operación prostática, se adelantó emocionado a saludar al grupo, que de inmediato se movilizó para proveer a los recién llegados de sillas y comodidades.

—¡Cómo se ve que el padre tiempo los ha dejado peor que las chatarras de los deshuesaderos! —exclamó Adán mientras saludaba a todos y tomaba estratégico asiento para seguir criticándolos con tranquilidad— ¡Todos ustedes denotan no sólo el paso de los años, sino los estragos que les han causado! —sonrió cáustico— ¡Esta reunión parece resurrección de fantasmas escapados del panteón, o un desfile de minusválidos! Díganme la verdad —inquirió burlón—: ¿todavía estamos vivos? ¿Somos nosotros, o estamos en un centro espiritista rodeados de almas en pena?

Todos rieron con un toque de amargura.

—¡Lo malo de tu apreciación es que no parece una resurrección, mi querido Adán, sino lo es! —respondió mordaz Gerardo— Somos fugitivos de los más disímiles nosocomios. O quizá soldados lisiados de la eterna batalla que durante tantos años hemos librado en los diferentes frentes hospitalarios curando enfermos y ayudando a nuestro corazón a que se infarte más pronto. ¡Somos fantasmas! —susurró— ¡al igual que tú!; ¡pero chocarreros!

—Perdón, Gerardo, no escuché bien lo último que dijiste —inquirió Adán acercando su oreja y sintonizando su aparato auditivo para escuchar con más nitidez—. ¿Quieres repetirlo por favor?

—¡Dije que todos los sordos son maricones! —contestó Gerardo con una sonora y triunfal carcajada que halló eco en el grupo— Por un momento pensé que eras el único sano —agregó

cáustico—, hasta me dio envidia; pero, por lo visto, estás más sordo que Beethoven en sus peores días. Con razón tus pacientes se han ido muriendo poco a poco, debido a que tu enfermedad compone síntomas inexistentes y escucha palabras que por conveniencia tergiversa con la magia de tu sordera. ¡Ya me imagino tus consultas!: cuando la enferma te dice que tiene gingivitis tú escuchas vaginitis, y en lugar de buches de bicarbonato le mandas duchas de benzal.

Adán, sin dejar de reír, abrazó a Gerardo.

—¡Me has aplastado, te felicito! Y no me voy a defender, porque aumentaría tu burla. ¿Y tus cigarros? —le inquirió con sorna—, hoy no te he visto fumar. ¿Hiciste alguna manda?

—Me lo prohibieron totalmente —respondió Gerardo a la defensiva—; un maldito enfisema fue el precio de mi estúpido vicio: ¡ya puedes vengarte! —añadió sonriendo.

—¡Lo dicho! —exclamó Adán satisfecho de tomar inmediata revancha— ¡Todos estamos al borde del sepulcro! Tu enfisema equivale a la medalla de oro con que premian a los campeones del más imbécil de los vicios: ¡el tabaco! Bien dicen los sabios que un cigarro es un cilindro relleno de tabaco que en un extremo tiene lumbre y en el otro, invariablemente, a un ¡idiota!

—¡Pretextos busca la muerte para llevarse al difunto! —intervino Felipe dejando ver las manos con sus dedos deformes— Si no es el cigarro, es el alcohol; si no es éste, el abuso en la comida; a falta de eso, el exceso de ácido úrico; si no, la diabetes; en fin, toda la patología contra la raza humana, y siempre, a la corta o a la larga, triunfa la muerte —suspiró—. Lo importante es que todavía tenemos ánimos para seguir reuniéndonos a recordar nuestros días juveniles y las tarugadas que hacíamos. Yo estoy retirado, esta condenada artritis me obligó a dejar lo que más amo en mi vida: ¡mi profesión! ¡Pero hay algo más terrible que me está asesinando! Me siento mutilado, degradado, inútil, en síntesis: ¡desesperado! Después de ser un respetado pediatra, estoy convertido en una miserable bazofia; y lo malo no es serlo, herma-

nos, sino sentirse; por eso vine a despedir al amigo; porque al estar con ustedes siento que mis pesares, tanto del cuerpo como espirituales, sufren una positiva metamorfosis: ¡me siento otro!

—Estamos tratando a la vida, a pesar de nuestras ironías —interrumpió Juan Sortrés—, como siempre lo hemos hecho, con esa fina filosofía acuñada en las cantinas, quirófanos, mesas de café, billar y bibliotecas que frecuentábamos en nuestra época estudiantil; es decir, con el arma que ha sido nuestro mortal ataque y nuestra máxima defensa: la carcajada, o su hermana menor, la sonrisa, que equivale a un enigmático desdén: ¡así es como debemos verla!; porque es así como ella nos ve —calló y tomó aliento—; aclarado este punto, y cambiando el tema, podría asegurarles que esa reunión será la última que hagamos; pues de hacer otra, la tendríamos que organizar en el panteón, en el infierno, en el manicomio o en el mismo paraíso, si es que Dios se apiada de nuestros pecados.

—Si Dios nos mide con la vara con la que nosotros hemos medido, ten la seguridad de que ninguno irá al cielo —respondió Gerardo mientras trataba de buscar al resto de sus amigos—. ¿Dónde están Pedro Berlán y Manuel Cazzas? —preguntó intrigado— No me vayan a salir con que ya se murieron —añadió sarcástico.

—El avión de Pedro llega aproximadamente a las ocho de la noche —contestó Luis Parnel—, y Manuel Cazzas avisó que no podrá venir; sin embargo, su hijo Rafael estará con nosotros. Llegará más tarde, quizá nos alcance en la cena.

—¿Cena? —inquirió Gerardo.

—Sí. El hijo de Erasmo nos espera en "El Taquito" a las diez de la noche —contestó Pedro—; ¿no te dice nada el nombre de ese restaurante ni la fecha de hoy?

—¡Por supuesto! ¡Estamos en vísperas del aniversario de aquel juramento —dijo Gerardo cerrando los ojos como tratando de recordar—. Cada vez que vengo a México las añoranzas me asaltan. Hay lugares que todavía conservan el embrujo y olor *sui generis* que tenían cuando los visitábamos. Hoy en la mañana,

por ejemplo, fui a la iglesia de Santo Domingo, y desde que pisé su atrio sentí la nostálgica presencia de sus palomas, y me pregunté: ¿cuántas generaciones atrás corresponderán a las que personalmente les dábamos de comer migajas de nuestras miserables tortas compuestas con que nos alimentábamos cuando éramos estudiantes?, y luego, con esa emoción que produce estar cerca del sitio que fue refugio de los días difíciles de nuestra lejana adolescencia, entré a la iglesia y aspiré el suave aroma del ardiente incienso y el asfixiante humo que despiden las veladoras que los creyentes llevan a los pies de los santos de su devoción. Y cuando estuve frente a mi Virgen preferida, me postré ante ella y le miré los pies con la sencillez y candidez de aquellos venturosos días; no obstante, me invadió una enorme tristeza y me dieron ganas de llorar, porque, a pesar de tanto tiempo de no verla, ¡no supe qué decirle, ni qué pedirle! Me sentí hipócrita y noté que mi rostro se encendía de vergüenza: ¡no sabía qué implorarle! ¡Qué tristes instantes! Yo, de hinojos, y sin saber qué hacer. Parecía un estúpido mirando cómo se mueve la maquinaria de un reloj —afirmó tajante—. ¡Ya no tengo qué pedirle!, pensé horrorizado, ¡se acabaron mis días poéticos!; esos días en que trémulo de emoción le rogaba que intercediera para que mi amada me quisiera; o que mis maestros fueran benévolos y no me reprobaran; o que sacara diez en anatomía; en fin, en ese entonces no me faltaba qué suplicar. ¿Pero ahora? ¡Ya nada me interesaba solicitarle! Y cuando alcé la vista para mirar a mi adorada Virgen, vi en su rostro una sonrisa de comprensión: ¡entendió que si todo me había dado, ya nada me podía otorgar! Fue entonces cuando intuí que a nuestra edad sólo queda pedir y rezar por los demás, por nuestros hijos... nietos... o qué sé yo... ¡pero ya no por nosotros!... ¿para qué?

—¡Recordar es vivir! —interrumpió Víctor al notar que la tristeza empezaba a enseñorearse de los Apóstoles— Y me da gusto escuchar evocaciones del pasado salpicadas de dramatismo. Pero ya es tarde y debemos descansar. Propongo un receso. Hay que prepararse para el banquete de la noche.

La moción fue aceptada. En unos cuantos segundos el recinto del hotel quedó vacío. Todos lo abandonaron con pasos taciturnos y la esperanza de verse lo más pronto posible en la cena.

La cena

Eran las nueve de la noche del 16 de agosto. Las calles del Carmen, allá en el centro, estaban empapadas por la tenaz lluvia que desde hacía más de tres horas caía en esa zona de la ciudad. Era la noche de la cena que daba en el restaurante “El Taquito” el hijo del doctor Erasmo Vidal y Rojas a los Apóstoles.

No faltaba nadie. Las doce sillas estaban ocupadas por siete sobrevivientes del juramento de aquella reunión del 17 de agosto, hacía ya más de cincuenta años, en la taberna de don Hipólito: Roberto Bojar, José Nuncio, Gerardo Aldape, Felipe Orzuela, Adán Calzada, Juan Sortrés y Pedro Berlán; por tres médicos de la segunda generación: Federico Gambín, sucesor de Arnulfo Lagos; Luis Parnel, discípulo de Luis Dondé, y Víctor Aguar Huri, alumno de Dionisio Goprez; y por dos médicos de la tercera generación, Rafael Cazzas, hijo de Manuel, el cirujano general, y Pedro Luis Vidal, hijo de Erasmo.

Todos hablaban de diferentes temas: algunos, de los toros; otros, de política; unos más, de arte; hasta que Pedro Luis, bastan-

te nervioso, se levantó y alzó las manos para pedir silencio y tomar la palabra:

—Agradezco la gentileza que han tenido al venir para despedirse de mi padre —dijo emocionado—; en efecto, doctores, el "senador", como cariñosamente le llamo, está sentenciado a morir en corto plazo; un agresivo cáncer primario en el hígado, con invasión al abdomen y metástasis en tórax, lo tiene postrado en cama, esperando impaciente que ustedes vayan a darle el último adiós. La reunión —añadió con tono melancólico— se hará en torno de su cama, porque él ya casi no puede sostenerse de pie. He organizado esta cena para incorporarme físicamente a su selecto grupo, que ha sido inspiración y ejemplo durante toda mi carrera, y para exponerles el patético estado físico y anímico de mi padre. La cena, servida precisamente en este restaurante, en el que ustedes fueron bautizados como los Doce Apóstoles por aquel legislador hidalguense, que por cierto llegó a encumbrarse gobernador de ese estado, la hice con el objeto de que departieran con las nuevas generaciones, hicieran recuerdos de su vida estudiantil y, básicamente, para rogarles que cuando estén con mi padre lo traten como siempre, con esas bromas que tan maravillosamente manejan y a las que ustedes están acostumbrados; ésa será su mejor medicina —calló momentáneamente, tomó una copa de vino, la levantó en señal de brindis y sonrió—: ¡Salud!

Los once médicos se levantaron de sus asientos, alzaron su copa y contestaron el brindis apurando con avidez su contenido. Adán Calzada, que había estado sintonizando su aparato auditivo para escucharlos con más claridad, miró al grupo con infinita delicadeza y dijo:

—A nuestra edad, cualquier remembranza de los ayeres estudiantiles aviva cenizas y las actualiza. Hoy, sin ir lejos, al entrar a este restaurante, al que hacía más de medio siglo que no visitaba, sentí los espíritus jóvenes de quienes estuvimos aquella memorable noche, incluso el del legislador hidalguense que nos inmortalizó con el sobrenombre de los Doce Apóstoles, y que por

este simple hecho el pueblo —sonrió— por lo que acabo de escuchar, lo premió con la gubernatura de su estado, y me dieron ganas de llorar. ¡Estamos viejos!, de eso no hay la menor duda. De aquella docena de jóvenes médicos que se lanzaron a la conquista de lo desconocido, no queda sino el recuerdo y un puñado de sobrevivientes que arrastran sus despojos en un desesperado intento por no morir. Todos tenemos que pagar tributo a la madre tierra: es la ley infalible de Dios. Tres de nosotros ya partieron. Erasmo está al borde del sepulcro. Manuel Cazzas, según me he enterado por su hijo Rafael, está clavado en una silla de ruedas víctima de una embolia; es decir, muerto en vida —miró al grupo con tristeza—. Sólo siete quedamos, y ninguno con el ánimo que nos acompañó en la juventud para seguir adelante. Todos estamos conscientes de que esta próxima reunión será la última. Ya no estamos en condiciones de viajar; es triste reconocerlo, pero nuestros cuerpos se niegan a obedecer. Sólo el espíritu de aquel grupo, y que es indivisible, nos ha mantenido unidos. Pero hoy, insisto, mis queridos viejos y nuevos Apóstoles, no solamente nos vamos a despedir de Erasmo, que fue nuestra bujía, sino de todos y cada uno de nosotros. ¡Es el adiós definitivo! ¡La muerte colectiva! ¡El tributo a la madre tierra!

Adán, con los ojos inundados de lágrimas y sumamente emocionado, dejó la copa sobre la mesa y cayó abatido sobre su silla. Se hizo un profundo silencio, que fue aprovechado por los comensales para sentarse. Víctor Aguar Huri, médico suplente de Dionisio Goprez, se quedó pensativo unos segundos y luego se volvió a levantar.

—Tal vez —dijo confuso—, yo sea el menos indicado para tomar la palabra; sin embargo, y a lo largo de las reuniones que he tenido con ustedes, me siento ya un Apóstol, al igual que Luis Parnel y Federico Gambín y, por tanto, con derecho a opinar. Bien, a fuerza de ser sincero, veo, con tristeza, que el grupo está a punto de morir, y que, sin miramientos ni respeto, ustedes siete, sobrevivientes del famoso juramento, lo están asesinando, le

están dando el golpe final: ¡la puntilla!; y si algún día aquí se reunieron y fueron bautizados con el nombre de los Doce Apóstoles, ahora, insisto, están firmando su certificado de defunción; pero, tomando en consideración lo que el doctor Adán Calzada ha manifestado, y aprovechando la situación que se vislumbra para el futuro, quiero, con el respeto que me merecen, que por fin al grupo de médicos suplentes, o sea, los que pertenecemos a la segunda generación, ya no se nos asigne el nombre de suplentes, sino propietarios; es decir, nos otorguen la membresía —miró a todos con gesto adusto—. ¿Cuál es la finalidad de mi petición? ¡Que luchemos para que el grupo no muera!

Y mientras Víctor tomaba asiento, Federico Gambín, impulsado por el tema, y dispuesto a profundizarlo, tomó la palabra.

—Estoy de acuerdo con mi colega. Hace rato, allá en el hotel, tuvimos una plática y acordamos tomar las riendas de esta cofradía, para seguir con la tradición. Yo fui discípulo de Dionisio Goprez, y lo admiré e idealicé, como se hace con quienes han sido nuestros maestros; pero los años han pasado y, en la actualidad, sólo un hermoso recuerdo de su grandeza queda en mi memoria; es más, me niego a seguir siendo el crítico de sus errores y aciertos. He crecido y tengo mis propias experiencias que, por otra parte, quisiera dar a conocer. Por lo pronto, me inclino a la idea de conservar el grupo; claro, con sus debidos ajustes.

—Quiero subrayar —interrumpió Luis Parnel— que estoy decidido a que ésta no sea nuestra última reunión, como insinuó el doctor Adán Calzada, pues ahora el grupo de la segunda generación se encargará de reclutar médicos que los suplan, tal como ya lo hicieron con sus hijos el doctor Manuel Cazzas y nuestro anfitrión, el doctor Erasmo Vidal y Rojas.

El doctor Rafael Cazzas, hijo de Manuel, se levantó y se dirigió a los comensales.

—Escuchando a mi padre hablar del grupo, de sus hazañas y reuniones, los he llegado a admirar a tal grado que, cuando me recibí, mi grupo, inspirado en ustedes, hizo el juramento de vol-

ver a reunirse al cabo de veinte años para confesar nuestros errores. Por eso, mis ilustres maestros, no estoy de acuerdo en pertenecer a su gremio, porque debe ser requisito de cada generación tener el propio. Comulgo con el doctor Adán Calzada en que ésta debe ser la última reunión, y espero que así sea. Ustedes han sido maestros de maestros; su tradición, su promesa y sus jornadas, han sido y seguirán siendo ejemplo a seguir; pero, como sucede en la vida, todo principio tiene su fin, y su reinado, desgraciadamente, ha terminado. Sólo espero la reunión con el doctor Erasmo Vidal y Rojas para regresar a casa y notificarle a mi padre lo que se temía: ¡que la cofradía de los Doce Apóstoles... *consummatum est!*

Con mucha dificultad, Roberto Bojar, haciendo a un lado sus muletas, se levantó y bañó al grupo con una mirada majestuosa.

—Le doy la razón al joven Cazzas —exclamó con firmeza—. Todos tienen derecho a vivir su propia generación. Debemos ser francos. Nuestra comunidad, hay que aceptarlo, debe rendir tributo a la madre tierra, como hace rato dijo Adán. Me gusta la idea de las nuevas generaciones, de los nuevos cerebros, ellos tienen que fundar las suyas, porque es lo justo. También comparto la idea de que nuestra próxima reunión sea la última: ¡la despedida de quienes fundamos una nueva etapa en la vida profesional de los médicos: confesar los errores que se cometen! Si alguno de mis compañeros quiere opinar, que lo haga ahora, o, como dicen los sacerdotes, que calle para siempre.

Pedro Berlán, con visible lentitud, se levantó de la silla y se encaró a sus colegas; luego, con infinita tristeza, se dirigió a Pedro Luis Vidal y dijo:

—Estoy de acuerdo con Roberto, y lo estoy, porque es una opinión justa y verdadera. Hace años, allá en la cavernícola taberna de don Hipólito, donde hacían preciosa combinación los mugrosos tarros de licor con nuestra pobreza, Arnulfo Lagos, uno de los primeros del grupo en partir al Más Allá, dijo con tono profético: "quiero resaltar tres factores que han sido definitivos en nuestra

amistad: comprensión, cariño y estudio, el auténtico triángulo de esta fraternidad”; hoy, a más de cincuenta años de distancia, ese triángulo sigue vigente, porque el mismo cariño que nos profesamos, el profundo estudio que siempre nos enalteció y la comprensión que ha sido nuestro emblema, nos dictan una sombría, cruel y cruda sentencia: ¡reconocer que nuestra hermandad ya no es la misma! ¡Que la muerte y las enfermedades la han devorado! —suspiró profundo— Quizá nos volvamos a reunir, es posible, pero seremos exclusivamente los que restamos de la vieja guardia. No tenemos por qué arrastrar a la segunda ni a la tercera generaciones. Hay que ser razonables: ya no somos todos los que estamos, ni estamos todos los que somos. Los Doce Apóstoles... ¡se están extinguiendo! ¡Y nadie ni nada podrá evitarlo!

Pedro tomó asiento al mismo tiempo que Gerardo Aldape levantaba su copa y se dirigía al grupo.

—Pedro ha hablado como un profeta. Es muy duro reconocerlo, pero la verdad ha sido expuesta en toda su crudeza. Nuestro querido grupo está agonizando; por eso mismo, voy a pedir un favor especial: que todos nos pongamos de pie y guardemos un minuto de silencio por los hermanos que se fueron. Arnulfo Lagos, Dionisio Goprez y Luis Dondé.

Todos se pusieron de pie y guardaron respetuosamente el minuto de silencio. Al terminar, Gerardo volvió a tomar la palabra:

—Y ahora, creyentes y no creyentes, oremos por que los Apóstoles enfermos encuentren pronto el camino que Dios les ha asignado.

El grupo rezó con devoción. El silencio era imponente. Si acaso el ruido de las voces de otras mesas lo profanaba. Luego, cuando todos habían terminado de rezar, Pedro Berlán volvió a tomar la palabra.

—Y ya que todos nos hemos puesto de acuerdo en que la reunión con Erasmo sea la última de nuestra existencia, quiero que emulemos a los Constituyentes de 1917 en una de sus inolvidables ideas —calló respetuoso— y que los nueve Apóstoles que

quedamos firmemos con tinta roja una botella de champán, que será depositada en un lugar seguro, tal vez un banco, para que los dos últimos sobrevivientes la destapen y se la beban precisamente en el atrio de la iglesia de Santo Domingo, centro de nuestras promesas, tanto amorosas como de estudio, un diecisiete de agosto o, en caso necesario, la tarde más cercana a ese día.

—¡Bravo! —exclamó emocionado Pedro Luis Vidal— Y ya que de tradiciones se trata, propongo que los jóvenes de esta reunión, como un tributo a ustedes... ¡paguemos la botella!

—¡A ver, mesero! —gritó eufórico Rafael Cazzas—, tráiganos una botella de champán... ¡la más cara!

—¡Y un crayón rojo! —ordenó Federico Gambín.

El mesero, sorprendido, obedeció el mandato. Quince minutos después, los siete Apóstoles, con los ojos impregnados de lágrimas y sumamente emocionados, firmaban temblorosos con tinta roja su botella de champán.

—¡Faltan Manuel y Erasmo! —dijo Felipe Orzuela.

—No se preocupen —contestó Pedro Luis—. Cuenten con esas firmas. Personalmente iré por ellas. Y ya que las tenga, depositaré la botella en un banco. Los médicos de la segunda y tercera generaciones nos comprometemos a que esta promesa se cumpla. ¡Se lo juramos!

La gran reunión

Conforme lo saludaban y recibían su copa de champán, los Apóstoles eran conducidos por Dora a las sillas colocadas a los lados de la cama donde Erasmo, recargado en grandes almohadones y con visibles huellas de fatiga y dolor, los pudiera ver sin esforzarse. Cuando todos ocuparon sus curules, y después de abandonar Dora la reunión, Pedro Luis, bastante angustiado y preocupado, pidió silencio para que su padre, que miraba conmovido al grupo, tomara la palabra.

—Gracias, hermanos, agradezco de todo corazón —dijo Erasmo con voz suave y pausada— que hayan acudido a la cita que con tanta ilusión esperé —sonrió confuso y nervioso—. Ya se habrán enterado de que tengo cáncer primario en el hígado, equivalente a muerte a corto plazo, y que mis días están por terminar —suspiró profundo—: ¡ha empezado mi conteo regresivo!; pero no pude sustraerme a la dicha de volver a estar con ustedes y escuchar sus voces, cuchufletas, bromas y sus inevitables arranques de sinceridad; tal vez estos ingredientes sirvan de bálsamo a mi

deprimido espíritu; o equivalgan al último deseo a que tiene derecho un condenado al patíbulo —tomó aire con cierta dificultad—. Desde el velorio de Luis Dondé, no nos habíamos reunido; justo es que lo hiciéramos; aunque, esto es lo dramático, por última vez. El tiempo no perdona, sigue su curso inexorable, por algo los poetas piensan que no poseen alma: ¡y tienen razón! —suspiró con gesto doloroso— Quiero aprovechar la oportunidad, antes de seguir adelante, para decir a los Apóstoles de la segunda generación que hablé con mi hijo y quedé fascinado con la idea de que formen su cofradía de acuerdo a la camada a la que pertenecen. Desde ahora esos excelentes discípulos que nos han acompañado en nuestras reuniones, y que ya son excepcionales maestros, tienen absoluta libertad para que físicamente se separen a fundar sus propias hermandades. Ya no les une ningún lazo con nosotros: sólo el cariño y la amistad que a lo largo de los años convividos se han ganado —tosió ligeramente y se quedó pensativo—. Recuerdo que hace más de medio siglo, un día como el de hoy, diecisiete de agosto, allá en la tantas veces mencionada taberna de don Hipólito, en la que llamamos "La última cena", me trepé en una destartalada mesa y les dije que con esa reunión cerrábamos el capítulo más bello de nuestra juventud, como lo fue la vida de estudiantes, y que al día siguiente nos desprenderíamos en doce haces luminosos por diferentes caminos sin más compañía que los conocimientos adquiridos a través de muchos años de estudio —tomó aliento y suspiró—. Hoy, después de tantos ayeres, todo ha cambiado; el viento del tiempo apagó su brillo a tres haces; y al resto no tardará en extinguírselo. Yo, por lo pronto, dejaré este mundo, y ustedes, por lo que veo —sonrió con tristeza—, no demorarán en acompañarme —hizo una pausa—. El motivo de mi súplica para que vinieran a esta casa es sencillo: ¡verme rodeado de ustedes para darnos el adiós eterno! —hizo una pausa— Siempre he sido filósofo; la vida me enseñó a pensar profundo, especialmente con temas como el de la muerte; y es lógico, porque los médicos nos hablamos de tú con ella y en oca-

siones la desafiamos, aunque en otras no tenemos más remedio que inclinar la testa y admirarla. Cada uno de nosotros, en alguna etapa de la vida, se ha preguntado qué hay más allá de ella; y nadie, hasta la fecha, ha podido, ni podrá, descifrar ese ancestral enigma. Es precisamente el miedo, la angustia y desesperación de ignorar lo que pasará después de morir lo que ha servido de negocio, y que me perdonen justos y pecadores, a los vivales para inventar iglesias, templos, casas de espíritus y qué sé yo. Algo interesante debe existir en el Más Allá que siempre está vigente la curiosidad por conocerlo sin haber traspasado la barrera de la vida —suspiró con dificultad—. Hemos tenido grandes sesiones y discusiones, tanto de estudiantes como en el terreno profesional. En la taberna de don Hipólito, cuna de esta hermandad, soñábamos ser grandes eminencias; en la inolvidable jornada de Acapulco, conmocionamos a propios y extraños al pasar a la silla confesionaria a relatar los errores más grandes de nuestra vida profesional; y, para terminar, en el velorio de nuestro añorado amigo Luis Dondé nos reinvindicamos al revelar aciertos y anécdotas —hizo un gesto de dolor y calló por unos instantes para luego proseguir—. Esas jornadas médicas hicieron época; jamás las he olvidado; en mis ratos de soledad las evoco con cariño —y sonrió melancólico—. Ahora, mis doctos Apóstoles, y médicos de las nuevas generaciones, la reunión es diferente —pensativo—. Siempre me han tildado de orate y quizá tengan razón; pero la idea que ha brotado de mi mente, valiosa como el diamante en bruto, despejará sus dudas. Antes que nada, siento honda tristeza porque tres de la cofradía se nos adelantaron: Luis, Arnulfo y Dionisio. Manuel, como me lo ha hecho saber su hijo Rafael, está delicado y temen por su vida; y yo, esclavo de esta cama, espero ilusionado a la muerte para reunirme con mis seres queridos en el Más Allá —hizo una pausa—. Estos temas me fascinan. Por eso, propongo que el material de esta despedida verse sobre estragos causados por los años en nuestra humanidad y anécdotas donde la muerte sea la principal protagonista. Se preguntarán por

qué ese interés en conocer sus conceptos; quiero empezar a familiarizarme con quien será mi eterna y solitaria compañera por los siglos de los siglos —aspiró aire con fuerza—. Ah, olvidaba otro tema maravilloso: ¡la gratitud humana!, ese valor que olvidaron aquellos feligreses a los que Jesucristo les devolvió la vista, el oído, el habla y hasta la vida, cuando el Redentor era vejado y golpeado camino al Monte Calvario y no lo defendieron: ¿se escondieron?, ¿tuvieron miedo?, ¿o se hicieron los desentendidos? ¡Fueron unos ingratos!, ¡unos desgraciados! ¡Eso es lo que fueron! —exclamó exaltado y volvió a toser, ahora con más intensidad, pero pronto se recuperó al aspirar oxígeno— Perdonen las interrupciones, son parte de mi mal, mis pulmones también están invadidos por el cáncer —calló unos segundos—; empecemos, pues, la que será nuestra última jornada médica. Como preámbulo, relataré una página negra dentro de la ingratitud, y que a mí, en lo personal, me conmovió: doña María Luisa, allá por la época en que yo era senador, llegó en camilla a mi consultorio con el rostro amoratado, ojos semicerrados y labios sangrantes; daba la impresión de haber sido atropellada. Al interrogarla su sobrina nieta dijo que la habían asaltado; pero la viejita, de aproximados ochenta años, se soltó a llorar y con voz apagada no solamente la desmintió, sino confesó que su hija y el novio de ésta la habían golpeado y lanzado de su propia casa —tosió por varios segundos, y nuevamente Pedro Luis le administró oxígeno y le aplicó una inyección—. La pobre anciana se quejaba de fuertes dolores pélvicos, por lo que la referí al doctor Almanza, ortopedista de mi absoluta confianza, que le descubrió ¡fractura en la cabeza del fémur! Fue tanto mi coraje, que mandé aprehender tanto a la hija como al novio: ¡fue inútil!; cuando interrogaron a la anciana, lo negó todo, me tildó de mentiroso y mi acusación no prosperó. La anciana se agravó y a los pocos días murió a consecuencia de la golpiza; ¡pero ni en su agonía volvió a acusar a su hija, es más, la eximió de toda culpa! —hizo una pausa—. Pensé que este crimen permanecería impune; no fue así: ¡la mano del destino inter-

vino para castigar a los culpables!; tres meses después de sepultar a la anciana su hija era cruelmente torturada y asesinada por su cómplice; éste, tras confesar los dos crímenes, ingresó al reclusorio donde a los pocos días encontró la muerte al ser masacrado salvajemente por un maniaco que le introdujo por el ano un bate de béisbol. He aquí un caso donde la ingratitud y el perdón encuentran su máxima expresión en una malvada hija y en una adorable madre; y también donde la mano misteriosa de un ser invisible toma debida venganza —Pedro Luis acomodó a su papá y nuevamente le dio oxígeno—. Finalmente, quiero recomendar que cuando tomen la palabra permanezcan sentados, cómodos, sin presiones, relajados y tranquilos; y si por desgracia me viene un acceso de tos, o me administran medicamentos, suspendan momentáneamente su relato. Asimismo, los felicito por la genial idea de firmar una botella de champán para que los dos últimos sobrevivientes de nuestra hermandad se la beban en el atrio de Santo Domingo. ¡Ya la firmé!, ¡ya soy cómplice de ese juramento!; aunque, de antemano, sé que no seré yo quien comparta con alguno de ustedes esa exquisita bebida.

El ex senador, bastante extenuado y con gesto de espera, se recargó en su almohada, mientras su hijo, que ya tenía la jeringa preparada, lo inyectaba.

—¿Quién empieza, Erasmo? —inquirió Gerardo Aldape.

El ex senador sonrió, levantó ligeramente la mirada, vio al doctor Pedro Berlán, que estaba hasta su extremo izquierdo, y lo señaló.

—Él —dijo al tiempo que cerraba los ojos—: Pedro, nuestro radiólogo, y después, el que está a su izquierda, y así sucesivamente.

El radiólogo

Con la tétrica amalgama del peso de los años y los estragos de alopecia y manchas en la piel, producidos por cuarenta años de radiólogo activo, Pedro Berlán, el otrora atlético Apóstol, se levantó de su silla, esbozó una sonrisa que más bien pareció gesto desdeñoso hacia la vida, dio un pequeño sorbo a su copa de champán, se dirigió al grupo y se volvió a sentar.

—No hay necesidad de presentarme, me conocen bien, aunque ahora mi estampa dista mucho de ser la que poseía aquella noche del juramento allá con don Hipólito —tragó saliva—. Mi especialidad en radiología me ha derrotado. Creo, a cincuenta años de distancia, que he sido víctima de mi propia profesión —sonrió irónico—. Hace días me contemplé desnudo ante un espejo, ¡y me dio horror verme convertido en una piltrafa humana! Yo tenía vellos, mi cabellera era abundante, mi piel lucía lozana y sin máculas; hoy parezco espectro, sombra o quizá, como alguien dijo, horrenda caricatura de lo que fui —sonrió con tristeza—; ¡todo eso no me hubiera importado, se lo juro, si al final de la jornada

hubiese obtenido un triunfo, una recompensa, un aliento o una indulgencia, como claman los católicos!; no, mi premio fue espantoso, queridos hermanos, más que doloroso: criminal —Pedro apuró de un solo trago el contenido de su copa—. Si aquella noche en Acapulco, hace treinta años, todavía lucíamos fuertes, briosos y con ansias ejemplares para seguir adelante, hoy es el reverso de la medalla: todos, me refiero exclusivamente a los que firmamos la botella de champán, estamos derrotados, semejamos fantasmas que rondan sus propios sepulcros. Somos, como hace rato señalé con índice de fuego, remedos burdos, toscos, de lo que un día fuimos —suspiró—. Nos hemos vuelto a reunir y, al contemplarnos los unos a los otros, en lo más recóndito de nuestra franqueza ¡nos hemos dado lástima!; nuestra poderosa complexión atlética de antaño se ha convertido en andrajoso y enfermizo espectro —miró fijamente al ex senador—. No, mi querido Erasmo, no estás solo en tu pesar, yo te acompaño: ¡también estoy sentenciado a morir! ¡Tengo leucemia! —hizo una pausa— Ése ha sido el galardón obtenido en cuarenta años de estar en contacto indirecto con los rayos X —sonrió—; un radiólogo no está tan cerca de la muerte en el ejercicio de su profesión como ustedes, lo sé; nosotros, no lo olviden, somos soldados de quienes nos confían sus enfermos para que cooperemos a su estudio, mas no para compartir las angustias de sus tratamientos; somos con ellos fríos como el témpano; les tomamos sus placas y jamás los volvemos a ver; por eso nos consideran simples ayudantes; no obstante, hay algo que ustedes ignoran o, tal vez, pasen inadvertido: esos pacientes que inocentemente se colocan en las mesas radiológicas nos dejan una gota, un átomo, una migaja, si así prefieren llamarle, de radiaciones; algo así como un pequeño *souvenir:* ¡y miren cómo me han dejado! —enseñó patéticamente sus manos y su cabellera—: ¡sin pelo, sin vellos y con manchas... amén de una irreversible leucemia! —llenó su copa de champán, miró a Erasmo y luego a los demás— Hermanos, yo también estoy en la antesala de la muerte; también tengo mis días contados, por eso

comprendo perfectamente el conflicto moral que nuestro líder está sosteniendo dentro de su endeble cuerpo y lo compadezco. Es brutal saber que dentro de poco tiempo seremos cenizas; después, un recuerdo, y al final, el total olvido —tomó otro sorbo de su copa de champán—. Lo que viví al enterarme del maldito cáncer que corría en mi sangre fue espantoso: esa tarde estaba recargado sobre la mesa de radiología, cuando el doctor Gerardo Morales Pérez, que esa vez no lucía su clásica mirada irónica, sino compasiva, me extendió el resultado de la biometría hemática y me dijo: "no puedo engañarte, tienes leucemia". En ese preciso instante me dieron ganas de golpear el aparato de radiología, destruirlo, pues en parte ese monstruo silencioso era el culpable de mi mal. Mis ojos se llenaron de lágrimas, el corazón de tristeza y mi cerebro quedó saturado de tinieblas e impotencia. No tenía remedio. Estaba condenado a morir. Ése era mi destino. Me sentí en el pellejo de aquellos criminales que atónitos escuchan su sentencia de muerte. Mi vista se nubló, tomé asiento y quedé ahí, sin aliento, pensando en mil tonterías. Le pedí al doctor Morales que me dejara solo, y me encerré en el gabinete. Así estuve, amigos, más de cuatro horas llorando mi propia muerte; luego, con fingida serenidad, me dirigí a la casa y hablé con mi mujer para exponerle la siniestra realidad. Me escuchó callada, con los ojos cerrados que apretaba con fuerza para evitar la fuga de sus lágrimas. No dijo nada, guardó silencio; pero me entendió. Desde ese día ha sido mi fiel compañera y desde ese día empecé a tener diálogo permanente con la muerte —pensativo—; Erasmo fue conciso en su deseo de que cada uno de nosotros habláramos de ella y confesáramos nuestros temores. Me gusta el reto, para mí, la muerte es el final de todo; después de ella: ¡no hay nada! Dioses y fuerzas superiores, son mentiras: ¡fantasmas creados por la imaginación o la ignorancia del hombre!... ¡Eso es lo que son! Morir quiere decir acabar para siempre: ¡son sinónimos! Tampoco soy partidario de la reencarnación y mucho menos de espíritus: ¡fantasías de los poetas! Tan pronto traspase la temida línea divisoria... ¡se

acabó todo! ¡El Más Allá es un mito! Todo está acá, en la tierra. Mi cuerpo será pasto del fuego, o alimento de gusanos, dependiendo de si me incineran o entierran. Para mí, y que me perdonen quienes no compartan mi modo de pensar, no existen santos, demonios o vírgenes... ¡No soy católico ni protestante!; mucho menos budista, Testigo de Jehová o idólatra; simplemente no creo en nada de eso, más que en la vida, y lo creo, porque estoy viviendo —sonrió con un dejo de amargura que contagió a todos—; sin embargo, estoy orgulloso de mi pasado y puedo alzar la frente con dignidad, aunque por dentro el alma y mi razón lancen gemidos de protesta. Soy sólo un títere que se apresta a morir; mi mujer tiene tres años de no hablar, está encadenada a la cama víctima de una parálisis total producida por una embolia; mis dos hijos murieron de padecimientos parecidos, uno de diez años, afectado por parálisis cerebral; y el otro, de cinco; ¡mongólico! —con los ojos inundados de lágrimas, tomó otro sorbo de vino— ¡Por eso no creo en Dios! Sería aberrante que segara vidas inocentes con enfermedades tan criminales que la mente humana más diabólica jamás hubiese imaginado —tomó un ligero reposo—. Tal vez hayan olvidado que una tarde, allá en la vieja Escuela de Medicina, cuando todavía me creía católico, en una de sus aulas se suscitó una discusión para elegir al Judas Iscariote de nuestra recién formada cofradía, y después de que todos se negaron a serlo, yo asumí esa personalidad con la única consigna de redimir a ese personaje tan importante en la vida de Jesucristo, que independientemente de haber sido el traidor fue un excelente tesorero. ¡Ése fue mi argumento! ¡En aquel entonces creía en toda la leyenda bíblica, en sus milagros, en sus santos, en todo lo relacionado con la religión que profesaba y hasta me persignaba cada vez que pasaba frente a una iglesia! Pero mis creencias no estaban cimentadas, creía... ¡porque así me convenía! Y ahora, cuando la vida me ha enseñado su lado oscuro, siniestro diría yo, ¡no tengo por qué seguir alimentando ideas religiosas si mi estancia en este mundo ha sido un terrible calvario! ¡Por eso se desmo-

ronaron fe, esperanza y caridad en mi espíritu! ¡No creo en nada! y, por desgracia, me hace falta creer en algo —volvió a tomar un sorbo de su copa de champán—. Como ven, mi vida ha sido un suplicio; sólo me consuela saber que fui útil a la sociedad, tuve diplomas, premios, pergaminos y felicitaciones de gente agradecida y sociedades médicas; las paredes de mi consultorio no usan tapiz, ¡porque mis pergaminos las cubren! En el mundo de la radiología se me respetó; en las conferencias científicas mi voz era autoridad; pero al llegar a mi hogar, con la pena de dos hijos incapacitados y la amargura de no tener más descendencia que ellos, me encerraba en un mutismo que ni los gritos encolerizados de mi mujer, cuando todavía no estaba entumida, rompía —absorto y melancólico—. Hermanos, mi vida ha sido triste. Hoy, cuando acaricio el sepulcro, nada me importa, no tengo ambiciones ni metas. Espero tranquilo a que la muerte me calle para siempre —miró sombrío al grupo—. Y a pesar de mi drama, nunca, amigos, nunca de los nuncas, aunque parezca absurdo pleonasmo, pensé en el suicidio, no obstante que a veces sentí volverme loco. Debo reconocer que el recuerdo de nuestra juventud, de la Escuela de Medicina y los años que pasamos juntos, han sido los instantes más encantadores que he vivido. Quiero agregar que ahora, al estar con ustedes, me vuelvo a sentir feliz y, por lógica, rejuvenecido —guardó silencio por unos segundos que aprovechó para beber de su copa y esperar a que Pedro Luis atendiera a Erasmo de una crisis tusígena—. Hay una historia que voy a relatar, porque tiene una extraña y patética semejanza con mi calvario: es la de una mujer de escasos diecisiete años que me enseñó lo que jamás aprendí en la escuela, una extraordinaria fuerza de voluntad y un carácter más poderoso que el diamante. Esta niña, porque no puedo llamarle de otra forma, se casó con un judío y desde ese momento empezaron sus problemas: la familia de éste, ebrio consuetudinario, no la aceptaba; ella, para evitar conflictos, dejó de frecuentarla. Una tarde, cuando le confesó que estaba embarazada, el judío, lleno de coraje, le dijo que no deseaba tener hijos y

le sugirió que abortara; ella, con un sentido de responsabilidad excepcional, dada su corta edad, no le hizo caso y lo tuvo —sonrió—; grande fue su felicidad al arrullarlo en sus brazos; pero más grande su tristeza cuando los pediatras le dijeron que su hijo era ¡hidrocefálico!, deformidad equivalente a un pasaporte al otro mundo; sin embargo, esto no la amilanó en nada, al contrario, se dedicó con más ahínco y fervor al bebé, y con tal de permanecer el mayor tiempo a su lado, renunció a fiestas, reuniones y vida social —dio un sorbo a su copa de champán—. El marido, cruel y malvado, siguió bebiendo con más intensidad y descaro, llegando al clímax su crueldad cuando le dijo que jamás se haría cargo ni se ataría a la miserable vida de un tarado que quizá ni hijo suyo fuera. La joven lloró, no tanto por las amenazas, sino por la realidad: madre de un niño con visibles limitaciones físicas y esposa de un alcohólico. Sufría en silencio su desgracia; todos le dieron la espalda, menos su madre, que preocupada la ayudaba en lo que podía. Una amistad, al verla tan deprimida, le ofreció, asegurando que con eso se tranquilizaría, ¡mariguana!, y ella aceptó, porque ya no soportaba las presiones a que estaba sometida. ¿Y Dios?, se preguntarán ustedes, ¡no dijo nada! Siguió a la expectativa —tomó su copa de champán y le dio otro sorbo—. La pobre se pasaba horas enteras hincada ante el crucifijo, pidiendo por su hijo, pero como la enfermedad siguió su curso tuvo que internarlo en un hospital; ahí los doctores le advirtieron que no tenía remedio; no obstante, continuaron luchando denodadamente por alargarle la agonía al hidrocefálico y aumentar los sufrimientos de la madre. El pequeño parecía un títere con hilos por todas partes: venoclisis en su antebrazo derecho, transfusión en el izquierdo, tripa que iba al estómago, y otra de oxígeno a la nariz. ¡Mil suplicios más a su incurable padecimiento! Y una noche, cuando ella estaba sola y nadie la vigilaba, vio en los ojitos de su hijo, que la miraba tiernamente: ¡dos lágrimas! Desesperada, interpretando este suceso como una súplica del infante para que lo dejara morir, arrancó todas esas “tripas” que le estaban dando vida arti-

ficial y esperó paciente a que su hijo muriera. Acto seguido tomó una navaja y se cortó las venas: ¡quería seguirlo a la otra vida! Estuvo grave, muy grave, se temió por su existencia, pero finalmente la salvaron. Nadie en el sanatorio la culpó; todos pensaron que había hecho bien en cerrar esas válvulas. Tiempo después esa mujer moría en un manicomio... ¡se había suicidado! ¿Y Dios?, se volverán a preguntar como yo estúpidamente lo hice: ¡nunca se supo de Él! —sonrió irónico—. Sin embargo, como dije al principio, estos sucesos, semejantes a la desesperación y desgracia de tener dos hijos enfermos y una mujer paralítica, me dieron una lección: ¡la misericordia de una eutanasia necesaria! Yo tengo el remordimiento de haber luchado estérilmente por prolongar la vida de mis dos hijos, a sabiendas de que jamás podrían llevar una vida normal, en lugar de haber tenido el valor de suministrar dosis de barbitúricos y evitar así sus terribles sufrimientos. Algo similar debí haber hecho con mi pareja, darle un balazo en el corazón y luego volarme la tapa de los sesos. ¡Fui un cobarde por haber tenido la paciencia de Job, lo acepto!—sonrió enigmático— ¿Qué hubiera pasado si mis hijos estuvieran sanos? ¡No lo sé!; quizá fueran hijos ejemplares; tal vez unos truhanes. ¡Eso jamás lo podría saber!; sin embargo, no puedo dejar de pensar en muchos hijos que se han portado no solamente mal, sino crueles con sus progenitores —pensativo—. Hace meses mi amigo Armando, ingeniero agrónomo de principios y costumbres tradicionalistas y extremadamente rico, fue internado de emergencia en terapia intensiva por un infarto del miocardio; la noche que lo visité quedé sumamente impresionado por lo que dijo y vi. De un hombre que difícilmente podía abordársele por la infinidad de amistades que tenía y por los cuidados que sus hijos y mujer le prodigaban, ¡no quedaba nada ni nadie!; estaba solo, abandonado y sin dinero. De aquel aguerrido y dinámico empresario no quedaba más que la sombra. Cambios y malas inversiones lo hicieron perder hasta el último centavo: por eso estaba en un centro institucional. Pero lo más triste fue que al perder su posición so-

cial y económica también perdió a su esposa y a sus hijos... ¡tal como sucede cuando un barco se hunde!: las ratas son las primeras en abandonarlo. En el hospital Armando me confesó que vivía solo, que su esposa se había ido a vivir con sus papás y que sus hijos, ya casados, lo habían olvidado. ¡Estaba grave en el hospital y sin ningún familiar! Furioso, hablé con su mujer y le dije que su esposo se estaba muriendo; ella me contestó que lo sentía mucho, pero no podía hacer nada. Me comuniqué con sus hijos, y cada uno de ellos me puso un pretexto para no asistir. ¡Qué solos se quedan los muertos!, dice un viejo poema; pero cuando un enfermo se queda solo antes de morir: ¡es peor todavía! Y así fue, porque mi amigo, después que los médicos lucharon infructuosamente por salvarle la vida, ¡murió! —tomó un trago de su copa de champán—. A pesar de la primera experiencia, volví a llamar a sus familiares... ¡y ninguno de ellos vino a reclamar el cadáver y mucho menos a darle sepultura! Yo me hice cargo del sepelio más triste y solitario al que he asistido: no había nadie, más que yo. ¡Ésa es la más cruel experiencia referente a la generosidad de los hijos! Yo, en mis adentros, y siendo un ateo como lo soy, alcé los ojos al cielo y elevé una plegaria: ¡una sincera mentada de madre a toda su prole! —sonrió— Para terminar, Erasmo, quiero que te grabes en la mente una cosa: ¡no estás solo en tu larga espera! Yo, a pesar de mi cobardía, estoy contigo.

El doctor Pedro Berlán, visiblemente nervioso, apuró el contenido de su copa, suspiró profundamente y miró con amabilidad al grupo. Erasmo, con visibles huellas de cansancio en su rostro, trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—Tus palabras y el relato, Pedro, han sido tajantes y crueles —dijo Erasmo, agitado— pero, a pesar de eso, han servido de alivio a mi espíritu; han hecho el milagro de consolarme, porque ya no me siento tan solo y desahuciado —sonrió—. Tu enfermedad complementa y acompaña a la mía. Tú has sido siempre el contraste en el grupo; te distinguiste por llevar la contra, o servir de mediador. Es inolvidable, y hasta legendaria, podría decir, la de-

fensa que hiciste del Judas Iscariote cuando decidimos designar entre nosotros a su representante. Todavía tengo frescas en mi memoria aquellas palabras donde ensalzabas su honorabilidad y honradez como tesorero de los Apóstoles, y la utópica posibilidad de que los políticos, en ese renglón, en lugar de saquear al pueblo que confió en ellos, lo imitaran. También dijiste que él se había sacrificado en beneficio de sus compañeros al aceptar el papel de traidor que las santas escrituras mencionan. ¡Días inolvidables, Pedro! —sonrió con dificultad—; pero ahora me sorprendes cuando afirmas que no existe nada en el Más Allá y que al morir se acaba todo. Por eso defiendes siniestramente la eutanasia. No discutiré tu ideología, porque ése no es el espíritu de esta reunión. Tus palabras, Pedro, son sinceras... ¡Como que son el resultado de una vida ejemplar!, aunque tú no la consideres así —dio un sorbo a su copa de champán—. Y hoy bebo, a pesar de las prohibiciones médicas, porque con vino o sin él no altero el curso de mi enfermedad y sí me permite la dicha de brindar con ustedes —miró fríamente al hijo del doctor Manuel Cazzas, que estaba a la izquierda de Pedro—. Ahora te toca a ti hablar, Rafael, hijo de Manuel, nuestro gran amigo. Sé que sigues su misma especialidad y destacas por méritos propios. Te felicito. El tema, por ser tú nuevo en esta hermandad, es libre. ¡Habla de lo que quieras!

Rafael iba a incorporarse, pero la mano firme del doctor Víctor Aguar Huri, que estaba junto a él, lo detuvo.

—No te levantes, Rafael —dijo tajante—. Habla desde aquí, para que estés cómodo, tal como te pidió Erasmo.

Rafael permaneció sentado.

El hijo del cirujano

—Vengo a cumplir con un sagrado deseo de mi padre y un espontáneo anhelo de mi parte: estar con ustedes. Antes que nada, quiero hablarles de él, explicarles su estado actual con una sola y concluyente sentencia: ¡está paralítico!; una trombosis cerebral lo dejó inútil; a pesar de eso, quería venir. Sin embargo, y contra toda su voluntad, opté por no traerlo. Es triste, pero mi padre, todo dinamismo, está preso en una silla de ruedas. Prefiero que lo recuerden como era, y no como está. ¡Es un esqueleto! —sonrió nostálgico— El accidente vascular ocurrió tan de repente que a todos nos sorprendió. El drama se inició al estar operando de vesícula a mi mamá: cortaba la cística y se aprestaba a ligarla, cuando se zafó la pinza, dejó libre la arteria y cayó pesadamente al suelo víctima de la trombosis que en ese preciso instante lo fulminó. Yo estaba de primer ayudante, y al ver por un lado a mi madre sangrando y por el otro a mi padre inconsciente en el suelo, se me cerró el mundo y no supe qué hacer, todo me daba vueltas, y estuve a punto de perder el conocimiento —suspiró profunda-

mente—; gracias al doctor Armenta, el anestesiólogo, que me ordenó seguir la operación mientras mi padre era trasladado a terapia intensiva, las cosas no se complicaron más. Esos minutos que viví fueron terribles, mi mente no podía concentrarse, pensaba en la cirugía que le practicaba a mi madre y también en la angustia de no poder auxiliar a mi padre —tomó un trago de su copa—; el estar de su ayudante desde sexto año de medicina fue suficiente para salir avante —pensativo—. Mi madre, bendito sea Dios, no tuvo complicaciones; mi padre, por desgracia, no se recuperó de ese accidente vascular, a pesar de haberse sometido a largos estudios y tratamientos. Actualmente sólo puede mover la mano derecha, con la que firmará la sagrada botella de champán —sonrió—. Ésta ha sido mi carta de presentación, doctores, la que me da el pase automático a su cofradía; pero, además de esta introducción, que ha servido para calmar mis nervios, quiero dar lectura a la epístola —la extrajo de su bolsillo y la enseñó sonriente— que les envía mi padre y que con su puño y letra escribió: “Mis queridos amigos: hice todo lo posible porque mi hijo me llevara; no lo creyó pertinente; por tanto, perdónenme que no pueda acompañarlos. Estoy imposibilitado. La última vez que nos vimos fue en el velorio de Luis; recuerdo que negué tanto la existencia del Más Allá como la posibilidad de que al morir el espíritu abandonara el cuerpo y se trasladara a regiones ignotas; sigo pensando lo mismo; pero ahora, cuando estoy tan lejos de ustedes, paralítico, desahuciado y sin alicientes, ¡quisiera morir! Ya me cansé de vivir como objeto, o perro atado a su perrera, causando lástima y compasión. Sería hermoso que alguna institución oficial construyera una colonia exclusiva para ancianos paralíticos; sólo así podríamos compartir los problemas y pasar mejor nuestros últimos días de vida. ¡Qué triste es vivir dentro de un cuerpo muerto! ¡Qué deplorable es encadenar la vida a una maldita silla o cama! ¡Qué dramático es dormirse con la ilusión de no despertar... y despertar para seguir con nuestro calvario! Esta carta es mi despedida. Sé, Erasmo, que tu enfermedad, igual que a mí, te

conducirá pronto a la tumba. No tengo palabras para expresarte mi más profunda pena. Estoy acabado, hermanos, de aquel hombre alzado, déspota y creído no queda nada; ahora soy un despojo, débil, enfermizo, humilde y descreído. Deseo que llegue la muerte y jamás vuelva a despertar: ¡ni siquiera en el tan cacareado día del juicio! Ya viví lo suficiente. No me gustaría reencarnar. El Dios que tanto mencionan los religiosos se equivocó conmigo. Si vinimos al mundo a sufrir y a pelear, más valdría no haber nacido. Yo, como cirujano que fui y tantos vientres abrí, no me queda otro camino más que levantar la cabeza al cielo para gritarle con todas mis fuerzas a ese Dios que ustedes ven y que jamás yo he visto, que se equivocó al mandarnos a este mundo lleno de enfermedades, guerras e injusticias; que debió darnos felicidad, amor y esa libertad que las bestias de la selva tienen, pero sin su instinto de matar para subsistir. Erasmo, Pedro, Víctor, Luis, Roberto, José, Gerardo, Adán, Juan, Felipe y Federico, les mando un abrazo, aunque sea en el pensamiento, pues mi enfermedad no me permite hacerlo en otra forma, y créanme que siento mucho no estar con ustedes. Mi hijo Rafael podrá contestarles todas las preguntas que sobre mi persona pudieran hacer. Adiós, hermanos, estoy seguro de que nunca más nos volveremos a ver.” —Rafael tomó su copa de champán, le dio un sorbo, dobló la carta y la guardó en su bolsillo— Ésta es la patética misiva que les envía mi padre. Si alguna pregunta me quieren hacer, con gusto la contestaré.

Rafael calló. Los ahí reunidos guardaron respetuoso silencio. Erasmo, con los ojos llenos de lágrimas, sonrió melancólico.

—Ése es el grito de rebeldía y ruego que todos los moribundos tenemos reservado en lo más profundo del corazón para lanzarlo al cielo con la esperanza de que el viento se lo lleve a Dios y nos cercene la existencia sin hacer preguntas —Erasmo alzó la voz—. ¡Qué hermoso y sensible mensaje nos ha mandado Manuel desde su silla de ruedas! Yo lo he recibido como una señal de solidaridad. Como un alivio a nuestro espíritu. Por mi parte,

no hay preguntas —miró a Rafael—. ¡Todo lo has dicho con extraordinaria claridad! Pero si tú, por tu parte, quieres añadir algo, hazlo.

Rafael se levantó, a pesar de que Víctor trató de evitarlo, y se empezó a pasear por la recámara.

—Quiero hacer patente la profunda emoción que me causa el estar presente en esta recámara con el grupo que tanto adora mi padre, y con usted, doctor Erasmo, que ha sido su guía —calló por unos instantes—. Hace rato, al ver a ustedes, los genuinos Apóstoles, vino a mi mente una frase tan hermosa como electrizante; la leí en una invitación para el veintiocho de agosto, día del anciano, que le hacía el señor Pedro Arriaga, presidente del patronato del asilo para ancianos de la ciudad de Pachuca, a mi padre, y que decía: "¡Cómo decirles que el porvenir de la juventud es la vejez!"; máxima divina, real y profética; nunca la podré olvidar —sonrió sombrío—. Tampoco puedo retirarme sin antes contar una anécdota de mi padre que a mí, cuando me la confesó, me dejó seriamente impactado por lo insólita. Es la increíble historia de una mujer que amó tanto a su marido que, después de dos años de viuda, tuvo un hijo de él —todos los reunidos soltaron la carcajada—. ¡Ésa fue precisamente la respuesta que yo le di a mi padre! —repitió con regocijo—, ¡una sonora carcajada! Él, con esa sonrisa irónica y déspota que le caracterizaba antes del accidente, me sentó en el sofá y con voz sofisticada me dijo: "No, hijo, no debes mofarte de lo que te dije, porque es la verdad: Ana María y Héctor tenían dos años de casados, pero no podían tener hijos. Preocupados, me consultaron y descubrí que la causa de esa esterilidad era provocada por la presencia en el moco cervical de anticuerpos que inmovilizaban y mataban a los espermatozoides, por lo que recomendé la inseminación artificial, es decir, aplicar semen directamente a la cavidad uterina, previa capacitación y purificación de la muestra. El matrimonio, ávido de tener un hijo, decidió tratarse. Fue aquí donde intervino el destino, pues cuando estaban listos los espermatozoides para hacer el

viaje a la cavidad uterina Héctor moría en un accidente automovilístico y la inseminación quedaba momentáneamente inconclusa. Pasaron quince meses y Ana María, que seguía obsesionada de su esposo y no lo podía olvidar, decidió tener el hijo ansiado y me pidió que le hiciera la inseminación con el semen que desde aquella ocasión se conservaba congelado en el laboratorio. Auxiliado por el doctor Ansorena, ginecólogo de gran sapiencia, realizamos la operación. Justo a los nueve meses nació el pequeño: ¡dos años después que su padre murió!" —sonrió satisfecho—. Ésa fue la explicación del caso. Cuenta mi padre que hubo problemas para registrarlo con el apellido paterno, pero como no se perseguía herencia ni nada parecido bastó con los testimonios del doctor y tres enfermeras para darle el que le correspondía. Ese hijo actualmente tiene quince años y está orgulloso de su extraordinario origen —tomó su copa de champán y le dio un sorbo—. Esta historia me fascina, porque habla de un amor tan bello y puro que ni la muerte consiguió destruirlo. Todo lo que se pueda agregar, palidece ante su extraña realidad. Podría afirmar, sin temor a equivocarme, que ni la mitología refiere algo semejante —sonrió emocionado—. Antes de sentarme quiero aclarar que no estoy de acuerdo con los conceptos de mi padre, ni de mi antecesor. Yo ¡sí creo en Dios!, a pesar de las tragedias que día a día veo y vivo. Y no es el Dios vengador ni cruel que muchos descreídos pintan, sino el benévolo y sutil que está en el cielo. Bien vale la pena superar los sacrificios que poco a poco se nos van presentando para después disfrutar de la paz que nos espera en el Más Allá. Dios es humildad, amor y esperanza; Job, el ejemplo a seguir.

Rafael regresó a su sitio y se sentó. El doctor Erasmo Vidal y Rojas, con una sonrisa en los labios, tratando de disfrazar el intenso dolor que tenía, lo miró agradecido.

—Te felicito, Rafael, por haber tenido la fineza de suplir a tu padre y deleitarnos con esa increíble y fascinante historia que ha servido de bálsamo a la serie de tragedias relatadas. Estoy de

acuerdo contigo: es bellísima. También me agradó que creas en Dios —tosió brevemente—; porque realmente existe. No podemos extendemos mucho. Quiero que todos viertan sus conceptos en esta jornada; así que prosigamos con el doctor Víctor Aguar Huri, nuevo propietario de la curul de esta comunidad.

El psiquiatra

Víctor no se levantó, desde su asiento se dirigió al doctor Erasmo, y luego miró emocionado al resto del grupo.

—Por primera vez —dijo con una sonrisa llena de satisfacción— me siento auténtico Apóstol. Por fin, después de haber sido la sombra de mi inolvidable maestro Dionisio Goprez, voy a ser yo. ¡Me lo merezco!; porque he servido fielmente durante más de treinta años a esta hermosa cofradía —hizo una pausa—. Les confieso que aquella época vivida con mi maestro ya quedó sepultada en el olvido —hizo una pausa—. Durante el ejercicio de mi profesión he tenido, al igual que todos los médicos del mundo, aciertos y desaciertos. He sufrido con mis fracasos y he gozado con mis triunfos. Yo, al igual que ustedes, he conocido a la vida y he tratado a la muerte; el doctor Erasmo Vidal y Rojas, con esa inventiva excepcional, quiere extraer de nuestra masa encefálica creencias y experiencias personales acerca de ella: ¡perfecto!, lo haré, porque al igual que ustedes, conozco hechos interesantes e insólitos de su presencia en este mundo. No pienso,

como el doctor Berlán, que todo acaba con la muerte; creo que después de esta vida existe otra, o algo semejante. Y no lo digo porque así me lo enseñaron, sino me baso en sucesos vividos, o vistos, independientemente de los que me han platicado —tomó aire—. Mi especialidad trata suicidas, paranoicos y todo tipo de personalidades deformadas o estrafalarias, como la de aquel amor enfermizo de don Isidro, albañil teporocho, que cuando murió su madre, con tal de no separarse de ella, la metió en un costal lleno de arena y cal, pensando que así no se descompondría, la subió a su cama y le introdujo pedazos de carne en la boca para que "no se muriera de hambre" —sonrió—. Comentada esta desequilibrada personalidad, relataré lo que sucedió una de tantas tardes de diciembre, época íntimamente relacionada con tristezas y alegrías, con otro sujeto de características parecidas —tosió y tomó un poco de su copa de champán—: Hugo Hernández, viudo desde hacía más de un lustro, preparó personalmente una suculenta cena para festejar su cumpleaños; invitó a sus tres hijos, con sus respectivas esposas, y a sus seis nietos. El día de la cena la mesa lucía magnífica; no faltaba un solo detalle: buenos vinos, espléndido pavo y trece sillas aguardando a los invitados. Doña Marcelina, la sirvienta de esa casa, estaba sumamente afligida y me mandó llamar, pues en los treinta años que llevaba trabajando ahí jamás había visto ni conocido esos hijos, nietos y nueras de los que tanto hablaba su patrón, sino sólo a su difunta esposa, de la que nunca, que ella supiera, tuvo hijos. La noche del onomástico de Hugo, cuando yo entré, lo vi sentado en la cabecera de la mesa: esperaba a sus invitados. Al verme se levantó a saludarme con su habitual amabilidad y cortesía. Me dijo, feliz, que por ser su cumpleaños sus hijos vendrían a cenar con él. Yo, conociendo la verdad y vislumbrando trastornos psíquicos en su personalidad, me sorprendí cuando inesperadamente, y después de consultar su reloj de pulsera, se volvió a sentar en la cabecera y se puso a llorar: "Todos me han abandonado, gritó acongojado, nadie ha venido a felicitarme." En ese instante cayó en una inten-

sa crisis depresiva que me obligó a trasladarlo al hospital de psiquiatría. Horas después, cuando su cuadro estaba aparentemente bajo control, despertó sobresaltado y me dijo que se iba a morir, porque su misión en la tierra había concluido. Me confesó que en sus horas de soledad platicaba con una señora vestida de negro, muy bella, que era su compañera y pronto vendría por él. Segundos después, con una sonrisa llena de emoción, señaló la puerta y dijo que ahí estaba su amiga, la dama de negro. Yo, por instinto, volteé hacia donde me indicaba, pero no vi nada, absolutamente nada. Hugo, con los ojos, siguió el supuesto "caminar" de su amiga hasta que la tuvo cerca. "¡Ya estoy listo, te esperaba! ", le dijo radiante de alegría y cerró los ojos. Diez minutos después, a pesar de toda la maquinaria médica de resucitación, Hugo Hernández moría. Quiero subrayar que, cuando hipotéticamente estaba la señora de negro cerca de mí, percibí un extraño escalofrío que nunca he podido olvidar. ¿Fue efectivamente la muerte quien vino por él? ¡No lo sé! No me atrevería a negarlo, porque creo en el Más Allá —tosió y se secó la frente—. Este relato encierra un juicio tal vez increíble para ustedes, pero lógico para mí: Hugo veía personas inexistentes, ruidos inaudibles y conversaba con una señora vestida de negro —sonrió enigmático—. Cualquier ser razonable podría definir estos acontecimientos con una sola palabra: ¡locura!; yo no estaría en ese escéptico grupo. Sé que el mundo a que hacía referencia Hugo sí existe; también afirmo que la dama de negro, con la que frecuentemente dialogaba, era la muerte —sonrió nervioso—. Estoy entre médicos, no con brujos, por eso mi revelación adquiere características especiales. Ustedes tienen derecho de dudar, mas no podrán negar que existen seres que "ven y escuchan" cosas que nosotros ni vemos ni oímos. Yo podría aseverar que algo existe en el Más Allá; que los cuerpos son abandonados por los espíritus; que aquéllos no son más que un vehículo para éstos; que la vida no termina donde empieza la muerte, sino se prolonga más allá de esa frontera —volvió a sonreír—. ¡Y ustedes tienen derecho a no aceptarlo! Todos he-

mos estado junto a un moribundo y lo hemos escuchado hablar con personas que ya murieron. Es notable la coincidencia de este fenómeno; por eso tiene perfil de verdadero. Los pueblos, desde los primeros habitantes hasta nuestra época, rinden pleitesía a quienes mueren, respetando y honrando sus cadáveres antes y después de ser sepultados —sonrió nuevamente—. Los espíritus, aunque a muchos les cause risa, existen: ¡de eso no hay duda! —calló prudentemente para esperar que el anfitrión dejara de toser— Doctor Erasmo Vidal y Rojas, voy a relatar un caso en el que quisieron suplantar a la muerte —fijó su mirada en el techo, como tratando de exhumar viejos recuerdos—: hacía mi servicio social en un pueblo del estado de Oaxaca, allá por la cañada, cerca de Tomellín, cuando una noche fui requerido para atender a un huarachero, don Serapio, quien había caído en un profundo sueño y todos afirmaban que estaba muerto. Cuando lo examiné y corroboré con mi estetoscopio que aún vivía nadie me lo creyó; es más, ni siquiera me tomaron en cuenta, porque don Nacho, el brujo del lugar, gritaba a los cuatro vientos que estaba muerto y ya empezaba a apestar —suspiró—. En esos rumbos la voz del hechicero es temida, respetada y obedecida, por eso no me hicieron caso. Sus familiares, mal aconsejados, lo querían sepultar lo más pronto posible para evitar que el cuerpo atrajera malos espíritus. Rogué y supliqué pero fue inútil, creyeron más en la palabra de su brujo que en la mía. El huarachero fue metido en una caja de pino para ser velado, sin que, gracias a mis súplicas, cerraran la tapa; yo, desesperado por la ignorancia de esa gente y mi impotencia, me coloqué en la cabecera, con el maletín y mi escaso equipo de urgencia que llevaba, dispuesto a intervenir tan pronto fuera necesario. Me negué a descansar, como a cada rato me lo sugerían sus familiares —sonrió satisfecho—. Y sucedió lo que tenía que suceder: cuando los deudos más rebeldes estaban a punto de quedarse dormidos, como a eso de las cuatro de la mañana, el supuesto cadáver empezó a toser y moverse, lo que originó que los ahí reunidos, impulsados por sus empíricas creencias, salie-

ran despavoridos de la sala, excepción del sacerdote y del presidente municipal, que asombrados me ayudaron a sacar a don Serapio de la caja para llevarlo a su recámara. El hombre se recuperó y me confesó que durante su aparente muerte se escapó de su cuerpo y escuchó las conversaciones que se hacían en torno de él; que por un momento caminó hacia una lejana luz, pero los gritos de su esposa e hijos, que lo llamaban angustiados, lo hicieron regresar; me dijo que dos fuerzas terribles luchaban entre sí, una lo lanzaba hacia la luz, y otra lo jalaba hacia su cuerpo; después perdió el sentido y no volvió a saber de nada, hasta que lo sacaron del ataúd. Don Nacho, el brujo del pueblo, no se dio por vencido y desplegó contra mí una campaña en la que me acusó de tener pacto con el diablo. Lo bueno fue que el presidente municipal, hombre culto y de principios rectos, cosa rara por esos lares, al igual que el señor cura, me apoyaron y dieron toda clase de garantías para terminar mi servicio sin que nadie atentara contra mi integridad —tomó champán de su copa y se quedó un gran rato pensativo—. Quiero tocar un tema que siempre ha causado polémica en nuestro medio, pero que, sin embargo, es necesario analizar con tranquilidad: hay actos en la ética de los médicos que dejan mucho que desear, sobre todo cuando de cobrar honorarios se trata, o de hacer comentarios acerca de otro colega; unos degradan y otros enaltecen; aquéllos, porque deterioran la imagen del galeno; éstos, porque la engrandecen. Voy a ser cáustico en mi discurso, pero sincero. ¡Los médicos estamos más desunidos que aquellos seres vivientes que al construir la Torre de Babel, Dios les cambió el idioma para confundirlos! Es triste, pero cierto: nos hacemos la guerra, nos ofendemos y no nos respetamos; al contrario, nos tiramos los unos a los otros —sonrió—. Aquel extraordinario legado del Juramento Hipocrático, que por siglos rigió nuestra conducta, ha sido destruido, olvidado y hasta vejado; ¡ya es histórico y obsoleto!; según rezan sus depredadores. Los médicos se han convertido en objetos manejados al antojo por los "grandes cerebros", es decir, las instituciones oficia-

les: nos pagan una miseria, y nos hacen trabajar como robots; tal vez los cirujanos se salven de esta debacle, porque no los pueden obligar a que operen apéndices a granel, aunque por ganas no queda —sonrió—. Y no conformes con este problema, todavía cavamos más nuestras tumbas al cobrarnos entre nosotros mismos. ¡Es inaceptable que los compañeros, a pesar de los ruegos de sus colegas, no disminuyan sus portentosos emolumentos! Hace poco, en un sanatorio del sur de la ciudad, un pequeño, nieto de famoso ortopedista, fue intervenido de hernia inguinal por un cirujano pediatra; se trataba de una reoperación; todo marchó de la mano mientras no se tocaron los honorarios del cirujano, que contra todos los cánones de la ética, y tal vez sospechando que el abuelo tenía mucho dinero, duplicó lo que la aseguradora pagaba y se negó rotundamente a cobrar menos. ¡Esto es lo que la juventud médica ha aprendido! ¡A pisotear los legados tradicionales de quienes fueron maestros y respetaron la jerarquía económica de los enfermos! No es lo mismo ser hijo de un millonario que nieto. La ambición mata al hombre, y si somos incapaces de considerar a los colegas, merecemos otro nombre muy parecido a mercenarios de la medicina. El abuelo pagó hasta el último centavo al joven pediatra que se negó a reducir sus honorarios. Aclaro que no se trataba de ahorrar, sino de ser caballeros. Si al voraz cirujano se le pidió bajar sus honorarios para nivelar lo que pagaba el seguro, ¡debió acceder! —suspiró— Este detalle no lo expuse para juzgar, sino simplemente para subrayar la falta de compañerismo y ética del gremio. ¡Claro que no todos los médicos proceden así!; conozco a un viejo galeno, especializado en urología y que ha sido presidente de muchas sociedades de la materia, que mantiene esa tradición y respeto y jamás de los jamases ha cobrado un centavo a los médicos; es más, cuando a mí me recetó... ¡hasta una botella de coñac me obsequió! —dio un sorbo a su champán—. Debemos ser más humanos y no pasar por alto que dentro de nuestro grupo existen médicos generales, especialistas, superespecialistas e investigadores. Justo es que nos vea-

mos como hermanos y trabajemos como tales; que el médico general llame al especialista para que lo auxilie; que éste consulte al superespecialista y que todos juntos rindan honores a quienes han inventado, descubierto o facilitado el arsenal con que contamos para curar enfermos. Debemos estar unidos. Solamente así nos podrán respetar —tomó de su copa de champán—. ¡Lo que pagan las instituciones oficiales... es para morirse de risa! Pero nosotros tenemos la culpa de esas humillaciones económicas, por aceptarlas —sonrió—. Y cuando nos encontramos en hospitales privados con un enfermo queremos cobrar lo de medio año de sueldo de aquéllas —miró fijamente al ex senador—. Doctor Vidal y Rojas, yo le prometo, hablando de otra cosa, que el espíritu del grupo de Apóstoles que usted tan atinadamente ha conducido no se extinguirá en esta última jornada. No, doctor, nunca. Por lo que a mí concierne, haré todo lo posible por reunir, dentro de mi grupo, a doce compañeros para emular la leyenda; es más, pugnaré por que cada generación integre sus cofradías; no importa que sean muchas. Y si una noche usted, allá, en la ya mitológica taberna de don Hipólito, se trepó a una destartalada mesa para advertir que al día siguiente partirían doce haces de luz por diferentes rumbos, ahora yo le aseguro, doctor, que los jóvenes de esta reunión seguiremos el ejemplo y no solamente los multiplicaremos, sino que los haremos más luminosos.

El doctor Víctor Aguar Huri calló. Erasmo, que tenía los ojos cerrados, sufrió otro molesto acceso de tos que duró más de un minuto; controlado éste, sonrió con bastante dificultad y miró a Víctor.

—Me ha gustado tu relato —respondió sin moverse—, porque es tuyo, de tu cosecha. También me agradó que pienses en otro mundo más allá de la vida. Eso, por lo menos, es un consuelo —repasó con su mirada al grupo que no dejaba de observarlo—. Respecto a tu idea de multiplicar en proporción geométrica los haces de luz, es decir, los grupos “apostólicos”, te felicito, es genial, pues de llegar a germinar, sería una fuente de sabiduría para

las futuras generaciones. Me gusta tu forma de pensar. Ojalá dentro de algunos años existan seminarios, simposios, conferencias y pláticas acerca de los errores médicos. Se ha dicho hasta el hastío que una pifia, una equivocación, un error, enseña mucho más que cien aciertos: ¡una enciclopedia de estos datos sería fabulosa! ¡Y miren que los médicos honestos tenemos material suficiente para editarla! —sonrió satisfecho, pero sofocado, al grado de que Pedro Luis tuvo que volverle a administrar oxígeno— Ahora te toca a ti, Roberto Bojar, mi queridísimo ortopedista —añadió todavía agitado—, tomar la palabra.

El ortopedista

Roberto, sin moverse de su asiento, se restregó los ojos, miró melancólico a Erasmo y dijo:

—¡Estamos pagando tributo a la vida! En reuniones pasadas hablamos, con una sinceridad que tocó los dinteles del sadismo, de fracasos, triunfos y anécdotas; pero ni por equivocación confesamos problemas ni enfermedades personales, como lo han hecho tan sorpresivamente mis antecesores: ¡y eso me da gusto y derecho a revelar el inmenso dolor que viví cuando me amputaron mi pierna derecha! —sonrió sombrío, se levantó renqueando y llenó su copa de champán—; sin embargo, debo ser ordenado para que conozcan mi calvario en toda su dramática realidad; sólo así lo sabrán aquilatar —sonrió suspicaz, bebió de su copa, y regresó a su lugar—: esa mañana transitaba en mi automóvil por la vieja carretera de Querétaro cuando de pronto, sin precaución alguna, me salió del infierno un camión de carga y se atravesó estúpidamente en el camino; ¡no hubo tiempo para nada y se produjo el impacto!: ¡me estrellé! y perdí el conocimiento —hizo

una pausa—; pasaron más de seis horas para que volviera en mí; al hacerlo, me encontré en la sala de terapia intensiva de la Cruz Roja, rodeado de varios médicos; uno de ellos, apesadumbrado, dijo que mi pierna derecha estaba hecha pedazos y sin riego sanguíneo, pues las arterias tibia y peroné estaban cercenadas, y el cirujano sólo esperaba mi anuencia para amputarla. ¿Pueden ustedes imaginarse lo que sentí en ese momento? ¡Simplemente me resistí a creerlo! "Estoy soñando", me dije temeroso, "no es posible que esto sea cierto", me repetía como enajenado. Volteé buscando un rostro conocido y me encontré con la mirada angustiada de mi mujer. "Es verdad, Roberto", me dijo con voz tan desgarradora y dolorosa que hizo el milagro de ¡consolarme! Cerré los ojos para contener el llanto. Así estuve largo rato, sin pronunciar palabra; imaginándome rengo, sin una pierna, con muletas y sin poder sostenerme de pie. Fueron minutos terribles los que viví, no podía resignarme. ¡Era el colmo de los colmos, que yo, cirujano ortopedista, que había amputado cientos de piernas, brazos, dedos, qué sé yo, ahora estuviera en la antesala de la fatalidad! ¡Qué horrible se siente tener que decidir entre la muerte y la amputación de una pierna! Esos minutos fueron agobiantes; pero tenía que decidir. Yo sé que mi fuerza de voluntad es enorme y mi optimismo va más allá de lo normal; pero también perder una extremidad es empezar a morir. ¿Qué hacer? Sólo había un camino: ¡examinarla para resolver el angustioso dilema! Le pedí a la enfermera que me la enseñara porque quería verla; ella, con ojos sorprendidos, me dijo que no estaba autorizada para hacerlo, pero cuando le expliqué mi situación y que era médico especialista en ortopedia accedió. ¡Qué impresión tan deprimente me causó ver mi pierna negra, fría e insensible! Como desesperado la toqué, la palpé, la pellizqué, la zarandeé... ¡y nada!: estaba muerta; y lo que es peor, ya empezaba a oler mal. Todavía con la ilusión de encontrar alguna pequeña arteria, algo que justificara esperar, pedí una pinza de Kelly y la volví a examinar, a escarbar y picar por todos lados, hasta convencerme de que nada ni nadie podía

salvarla, que debían cortarla y no tenía caso esperar. Desanimado, regresé la pinza, cerré los ojos y me mordí los labios de rabia para no gritar. Estuve unos minutos callado, reflexionando, sin ganas de hablar, deseando que todo fuera una pesadilla, pero nuevamente escuché la voz de mi mujer que preguntaba: "¿Hay alguna esperanza, Roberto?" No contesté, preferí no hacerlo. Pensé en morir, en negarme a la cirugía, en gritar, en volverme loco; sin embargo, la cordura y el apoyo brindado por mi esposa me hicieron reaccionar... ¡y acepté la amputación! La intervención duró más de dos horas. Me dieron anestesia epidural. Los doctores Ruiz Martínez y Alfredo Reza Ríos fueron los encargados de mochármela. Los minutos se me hicieron siglos. Yo quería que todo se acabara pronto y mi pierna mutilada la enterraran, o incineraran; pero no me la enseñaron. Cuando los médicos terminaron y me dieron una palmada en la mano, en señal de condolencia, ¡yo estaba llorando!; no sé si por el funeral de mi pierna o por la tragedia que me esperaba al cambiar mi personalidad de dandy por la de un pinche cojo —sonrió sarcástico—. No obstante, en los momentos críticos de mi problema, pensé en los dos más grandes personajes de toda religión: Dios y el Demonio. Y en un instante de franca desesperación le dije al Demonio que se llevara mi pierna al infierno, que ésa era mi contribución por los pecados que pude cometer en la Tierra. ¡Y me desahogué! —suspiró— Y cuando ya estaba tranquilo, se me vino a la cabeza una idea que aún no la contesto... ¿mi espíritu también estará rengo? —volvió a reír con ironía— Les advierto que durante mi convalecencia pensé mucho en ustedes. En los errores, en los aciertos, en las anécdotas y en la muerte. No descarté la posibilidad de que un trombo, un infarto al corazón, una embolia o un rayo pudieran ocasionar mi muerte —tomó su copa de champán, le dio un sorbo y repasó con su mirada triste a cada uno de los oyentes—. ¡Qué contrastes tiene esta perra vida! Esto lo constatamos al comparar la primera vez que nos reunimos con esta última; aquélla, llena de optimismo, sueños y ambiciones; ésta, un cúmulo de tristezas,

achaques y recuerdos; aquélla, con los bolsillos vacíos, la cabeza altiva y atisbando hacia el mañana; ésta, con los bolsillos llenos, la cabeza baja y mirando hacia el ayer —sonrió—. En mi lecho de dolor, en mis horas de amargura, cuando tenía miedo de ver mi pierna amputada, pensé en la muerte. "¿Cómo será?", me pregunté sin hallar respuesta. Yo siempre había creído que el Más Allá existía y cuando expiráramos nos transportaríamos a otro nivel, pero en ese momento dejé de creer en todo y me repetí como idiota: ¡el Más Allá es el sepulcro!; ahí termina todo, después, no existe nada —pensativo y nostálgico, hizo una pausa—. Hermanos, Apóstoles, amigos, sabemos, como médicos, que nuestro cuerpo es un complejo sistema debidamente equilibrado en el que intervienen neuronas, células, electrólitos, músculos y todo lo que ustedes manden, para dar lugar a los pensamientos, al carácter y a otros factores de igual importancia; también sabemos que cuando empieza a fallar cualquiera de esas partículas todo se viene a pique: ¡esto es ciencia, no suposiciones! —afirmó cortante— Después de lo que me ha pasado, ya no creo en nada, ni siquiera en Dios. Me he vuelto descreído. Y si por casualidad existe un Dios, debe ser con pensamientos humanos y, por tanto, cruel, vengativo y odioso. La muerte es el final de todo. Y eso es lógico. Sería incongruente que tras el calvario de la vida hubiese algo más que agregar —hizo una prolongada pausa—. Erasmo, amigos, no quiero dejar un mal sabor de boca, porque sería injusto; por tanto, les relataré lo que me pasó días antes del accidente y que a mí, en lo particular, me conmovió: recibí un telegrama de don Gregorio, viejo amigo mío que iba a ser intervenido de un tumor tuberculoso enclavado en el lóbulo parietal izquierdo, para que fuera a visitarlo, pues solamente así se dejaría operar. Yo, ante tal súplica, asistí al nosocomio y ahí lo encontré dormido y hecho una verdadera piltrafa, por lo que aproveché para examinar su expediente y cerciorarme de su diabetes, urea alta y la urgencia de una transfusión sanguínea. Desconsolado, esperé a que despertara. Le dio gusto verme; hasta se atrevió a sonreír. Luego,

en voz baja, me dijo: "Te mandé llamar para que impidas la operación. Quiero morir sin tormentos; es inútil su interés en salvarme, mis días están contados, lo sé; mi familia no debe hacer gastos infructuosos, no está en condiciones para tirar el dinero. Ayúdame, Roberto, porque si no lo haces, alguien lo hará por ti." La súplica fue tan dramática y contundente que no admitió discusión. Hablé con su familia; fue en vano, estaban empecinados en la operación; pero aquí intervino esa mano misteriosa que los optimistas llaman Dios y los pesimistas coincidencia: un día antes de la cirugía murió de un infarto. ¿Intervino Dios? ¡De ninguna manera! ¡Fue coincidencia! ¡Yo soy exageradamente pesimista, en lo que a la existencia de Dios se refiere! —tomó su copa de champán— Hermanos, estamos próximos al final; tenemos un pie en el estribo. Justo es que hagamos una más de nuestras insólitas promesas, otro pacto, juramento, o como se llame, pero es urgente finiquitarlo.

Erasmo miró sorprendido a Roberto.

—No sé de qué hablas, Roberto, pero por el tono de tu voz presiento que se trata de una magnífica propuesta. Tal vez igual al compromiso de los dos sobrevivientes de nuestra cofradía para beberse en el atrio de la iglesia de Santo Domingo la botella de champán que firmamos.

—¡Claro que es parecida! —exclamó eufórico Roberto, apurando el contenido de su copa de champán— Tú siempre nos has hecho prometer cosas inverosímiles, extrañas y hasta sádicas, si así lo prefieres; ahora me toca a mí hacerlo. Quiero —dijo con misteriosa solemnidad— que todos los aquí presentes prometamos reunirnos, pase lo que pase, dentro de cien años, en algún lugar del Más Allá.

Los Apóstoles rieron; pero Erasmo, que a pesar del tremendo dolor que le agobiaba permanecía sereno, protestó:

—¡Sería contradictorio, Roberto, porque tú no crees en el Más Allá y nos estás citando en ese sitio... ¡eso no es válido!

—La junta para esa fecha es por las dudas —terció Felipe Orzuela conteniendo la risa—; porque si Roberto está equivocado

entonces asistirá; ahora, si tiene razón, nadie estará presente ese día. Vale la pena arriesgarse... ¿no lo crees? —miró irónico a Roberto—. Cuenta conmigo —gritó en tono festivo—. Te juro que no faltaré, a menos que para ese entonces mis malditos males no me hayan matado y todavía esté buscando desesperadamente el elixir de la vida.

—Muy buena proposición —sentenció Juan Sortrés con sonora carcajada— pero sería conveniente que Erasmo, cuando ya esté "allá", se comunique con los que ya están, para que también vayan, no sea la de malas que por no avisarles nos vayan a fallar... ¡sería fabuloso volver a reunirnos los Doce Apóstoles!... —pensativo—. Ojalá don Hipólito también vaya. Ese gachupín nos quería mucho, pero va a ser difícil comunicarse con él —sonrió sarcástico— ¡nadie sabe su domicilio!

—Creo —alzó su voz Federico Gambín— que los médicos de la segunda generación no iremos, porque para ese entonces estarán reunidos los doce auténticos Apóstoles, y nosotros pareceremos entrometidos...

—Ustedes también nos acompañarán —dijo sonriendo Erasmo—, así tendrán oportunidad de platicar con sus maestros; además, cuando ustedes hagan sus reuniones en el Más Allá, también podremos estar como invitados honorarios —sonrió—. Bien, la idea es magnífica. Y se acepta, si no me equivoco, por unanimidad de votos; pero debemos continuar nuestra última jornada —la tos volvió a interrumpir la reunión. Pedro Luis tuvo que inyectarlo y administrarle oxígeno—. Le toca hablar a nuestro pediatra, al doctor Felipe Orzuela —ordenó tan pronto dominó el acceso tusígeno.

Felipe, sin levantarse de su asiento, tomó la palabra, con tono suave, como de súplica.

El pediatra

—¡Estamos nuevamente juntos! —sonrió— ¡Como si los años pasados se hubieran convertido en un profundo suspiro! Reconozco que esta reunión *sui generis* tiene características dramáticas. Nuestra voz ha cambiado; los rostros se han tornado enjutos y marchitos; a muchos el cabello se les ha esfumado. Hace rato alguien dijo que somos caricaturas de lo que fuimos: ¡y es la verdad! Si los genios de Walt Disney nos vieran y se inspiraran en nuestras figuras, seguramente crearían nuevos personajes: ¡cómicos, por supuesto! —tomó su copa de champán y le dio un sorbo— Nuestro corazón, de granito en la ya lejana juventud, se ha agrietado. Cada uno de nosotros, al ver a los demás, ha musitado, con temor a ser escuchado: "¡Dios mío, cómo los ha ridiculizado el padre tiempo!" —suspiró—. He oído pacientemente los relatos de mis antecesores y les doy mi palabra de que han servido de consuelo a la tragedia que lacera mi vida. Ahora mismo, sin ir muy lejos, al escuchar la terrible tos que debilita a Erasmo, vino a mi memoria un caso de negligencia médica que por poco le

cuesta la vida a una pequeña de siete años que había sido examinada de un proceso tusígeno por más de cinco médicos, quienes le administraron todo tipo de antibióticos, jarabes, supositorios y qué sé yo; pero a ninguno de ellos, inexplicablemente, se le ocurrió sacarle una radiografía de tórax para confirmar su diagnóstico. Ése fue su error, porque cuando examiné la placa que le mandé tomar quedé sorprendido al descubrir en uno de sus bronquios ¡una tapa de bilet! Ésa era la causa de su tos y de la apatía de mis colegas. Claro que Erasmo está exento de cuerpos extraños en su pulmón, pero —sonrió malicioso—, no está mal que conozca esta historia —calló unos segundos que ocupó para llenar su copa de champán—. Ustedes han visto mis manos; mi forma chusca de caminar; mi rostro surcado de arrugas, y han llegado a concluir que la artritis deformante me está aniquilando. ¡Eso es lo que ven, lo que observan, mis queridos hermanos!; tal vez hasta hayan pensado que de eso voy a morir; pero, desgraciadamente, hay algo terrible que me agobia. Ustedes ignoran que mi pobre corazón y mi endeble espíritu comparten un siniestro secreto y saben que mi verdadero mal no tiene remedio: ¡estoy sentenciado a morir! Y lo que es peor: sé mi desenlace... ¡me lo he imaginado una y mil veces! —suspiró nostálgico y se frotó las manos— La vida es hermosa, cuando puede vivirse sin sobresaltos; quienes son sanos y pierden el tiempo embriagándose, drogándose, envenenando su cuerpo, o suicidándose en cualquier forma, ¡son estúpidos!, no saben aquilatar lo divina que es la vida; quienes estamos con un pie dentro del ataúd la valoramos más. Si repasan su pasado, verán que el éxito de nuestra cofradía consistió en sacarle ventaja a la vida tanto en el aspecto científico como en el espiritual. Curamos miles y miles de pacientes; convivimos con enfermos graves; estuvimos en medio de la vida y la muerte; con aquélla, cuando sonreíamos al recibir recién nacidos y los encontrábamos sanos; con ésta, cuando llorábamos de rabia al cerrar los ojos de quienes no pudimos aliviar por carecer de lo elemental o porque nuestros conocimientos médicos aún estaban

en pañales. Fuimos responsables de cada una de las etapas que nos tocó vivir: la estudiantil y la profesional. Hicimos escuela. Nos hicimos respetar. Y ahora, a muchos años de esos días de gloria, todavía tenemos la energía suficiente para pisar el umbral de la muerte con la mirada retadora que siempre nos ha caracterizado. Me da gusto que tengamos esa añeja valentía y agallas para asomarnos al misterio del Más Allá sin la cobardía con que la atisban quienes no supieron o no quisieron aprovechar su estancia en este mundo —suspiró con firmeza—. Gracias a Dios que los Apóstoles estamos dispuestos a morir con la cabeza en alto —pensativo—. Hace años, un médico, amigo mío, tuvo una muerte espantosa, terrible, tanto más triste cuanto que era sano, entusiasta y de brillante porvenir. Se había especializado en anestesiología, era muy profesional. Se casó; adoraba a su esposa, de la cual tuvo un hijo. Su vida era un paraíso de amor, trabajo y esperanza. Su felicidad contagiaba. Un día, el más negro de su existencia, cayó de la escalera y se lesionó el muslo: una herida profunda que requería anestesia para suturarla. Esto sucedió en un pueblo que él había escogido para descansar. Su esposa, al ver que la hemorragia era copiosa, lo llevó al sanatorio para que lo atendieran, sin sospechar que ahí estaba, agazapada, la muerte: ¡lo estaba esperando! Los médicos que lo recibieron, jóvenes inexpertos que hacían su servicio social, al ver la herida optaron por anestesiarlo para suturarla con más tranquilidad. Mi amigo aceptó. Sabía que no corría peligro; momentos antes había examinado el aparato de anestesia del quirófano y lo había encontrado en perfectas condiciones. Todavía preguntó cómo lo dormirían y le explicaron, tanto a él como a su mujer, que con pentotal y ciclopropano, los anestésicos de esa época. ¡No hubo negativa! ¡El muslo seguía sangrando y había que operarlo! —sonrió siniestro— ¡Aquí fue cuando la muerte, que espiaba desde su guarida, salió por su víctima! El anestesiólogo, novato en estos menesteres, administró el pentotal, mi amigo fue perdiendo poco a poco el conocimiento... ¡y también la vida!, porque un paro res-

piratorio por espasmo bronquial, del que la inexperiencia del galeno no pudo librarlo, fue la causa directa del desastre. Y yo me pregunto: ¿por qué?, ¿por qué un joven lleno de vida y entusiasmo, con un brillante porvenir, entregó su existencia en una mesa de operaciones? ¿Por qué él? —gritó furioso— ¿Por qué mejor la muerte no escogió a un drogadicto que constituye un serio peligro para la sociedad?; y sólo puedo contestarme: ¡misterios de Dios que no me arriesgaría a discutir, sino obedecer! —sonrió atribulado—; sin embargo, hermanos, esto se prestaría, dada nuestra calidad de científicos, a discutir la existencia de un Ser Supremo; o tal vez, para eludir compromisos, a doblar la cabeza y repetir la estereotipada frase: "son designios de Dios y debemos respetarlos", o para gritar a los cuatro vientos: "¡No... mil veces no! ¡Me niego a respetar un mandato de ese Dios tan cruel que los peores asesinos se avergonzarían de firmar! "; no obstante, debemos aceptar una verdad evidente: ¡Dios, a pesar de nuestras irreverencias, existe! ¡Basta con abrir los ojos para verlo en todas partes! ¡Sólo los necios se niegan a reconocerlo! —gritó emocionado— ¡Soy católico! Y he aceptado sufrir todo lo que Él me mande. Me gusta profundizar estos argumentos filosóficos, no me agrada evadirlos. Sé y sostengo que Dios existe, y que algún día lo confirmaremos. Por eso, a pesar de mi calvario, jamás me atrevería a blasfemar. Yo sí creo en ese Ser Supremo que rige nuestras existencias. No soy de los pusilánimes que prefieren dudar, simplemente, para no comprometerse. Se es creyente o no se es. ¡Creo en Dios, repito, y también en el Más Allá! Creo en la muerte y en su rival, la vida! Y si aquélla ha sido diseñada y representada por un esqueleto con su guadaña, ésta tiene que ser personificada por una hermosa mujer, vestida de blanco, cabellera larga, sonrisa divina y una vara en su diestra que simbolice la existencia —tomó un sorbo de su copa de champán—. Bien, llegó el momento de mi verdad, de confesar mi tragedia para que comprendan por qué creo en Dios. El hablar con ustedes me servirá de bálsamo, pero antes quiero hacer una pausa para relatar,

como prólogo a mi confesión, un caso que yo califico como algo misterioso, algo así como una venganza diabólica, o divina, depende de su enigmática interpretación —pensativo—. Mi sobrino César, médico intensivista de la Cruz Roja, recibió en la sala de urgencias a una joven de veintisiete años que había sido secuestrada y brutalmente violada durante una semana por cinco sujetos —furioso—. La pobre sangraba profusamente por vagina y tenía fuertes dolores en el vientre; pero lo que más llamó la atención a mi sobrino fue la eterna sonrisa de la enferma; a pesar de sus terribles dolencias, no gritaba, al contrario, parecía gozar con su sufrimiento, hecho que también sorprendió al Agente del Ministerio cuando le tomó su declaración y explicó que sus violadores eran drogadictos y tenían el más firme deseo de matarla, pero un descuido de ellos propició su escapatoria —sonrió melancólico—. Mientras ella era atendida, la policía capturaba y encarcelaba a los cinco sujetos responsables del ilícito —suspiró—. A veces el destino y la justicia divina suelen cobrar terribles venganzas, y esta vez no fue la excepción: la joven, de nombre Rufina, murió a los treinta días de haber sido internada, sin haber perdido su siniestra sonrisa: ¡tenía sida! —tomó de su copa de champán—. Los cinco sujetos fueron vigilados y sometidos a estudios por una larga temporada; finalmente se detectó a cada uno de ellos el contagio: ¡todos tenían sida! ¿Venganza del destino? ¡No sé, pero estoy seguro de que fue un merecido castigo!; dos de ellos ya murieron, los otros tres no tardarán en hacerlo —volvió a suspirar profundo—. Ahora hablaré de mi tragedia: hace veinte años empecé a sufrir los primeros síntomas de mi artritis, y también los primeros fracasos para curarme. Al principio la controlé con terapia paliativa, pero ella siguió avanzando hasta arrancarme de mi profesión: ¡no era posible ejercer!; las manos no me ayudaban y los dolores a cada rato me postraban en la cama. Gracias a mis ahorros y a otros negocios que inicié pude conservar mi nivel económico sin cambios notables. Todo marchaba tal como lo había planeado; fue entonces cuando decidí pa-

sear con mi esposa por la Unión Americana; pero la muerte, esa eterna enemiga del médico, ese espectro que en mis días profesionales estaba cerca de mí, que me miraba con ironía cuando no le soltaba la presa, también deseaba viajar conmigo. He de aclarar que con ella tengo una entrañable amistad que data desde aquella vez, en el sanatorio San Agustín, que se llevó a la nena de leucemia, a esa chiquilla que los niños pobres, al enterarse por la prensa de su mal, la colmaron de muñecas, mientras los ricos ni siquiera le enviaron una flor; ése fue el tema que relaté la noche que velamos a Luis Dondé. Aclarado esto, proseguiré mi calvario. Llegamos a Los Ángeles, íbamos camino a Disneylandia, cuando me vino una hematemesis (vómito de sangre) tremenda: ¡se me había perforado una añeja úlcera gástrica!, y me llevaron de urgencia al hospital. Ahí, después de transfundirme sangre, me operaron. Todo salió bien. Sólo que en lugar de una semana de diversión fue un mes de convalecencia y cuidados especiales. Total, optamos por regresar a México para mi completa recuperación. Mis dolencias artríticas se recrudecieron, los dedos de mis manos siguieron deformándose, mis movimientos se limitaron, y mi espíritu inició un severo proceso depresivo y apático; en mis adentros, sabía que irremediablemente me dirigía hacia la muerte; sin embargo, la fe salva al hombre, o lo termina de vencer; el caso es que me dediqué a jugar póker con mis amigos, mi entretenimiento predilecto —tomó un ligero respiro—. Y así fueron pasando los días, quizá seis meses, cuando una noche, al estar en mi casa jugando dominó, recibí un telefonema urgente del médico que me había operado en Los Ángeles, para darme la noticia más criminal que yo haya recibido en toda mi existencia: ¡Que quien me había donado sangre tenía sida!, por lo que debía presentarme al hospital lo más pronto posible; que los gastos correrían por cuenta de ellos. No hice comentarios. Quedé petrificado. Sólo acerté a decir: “mañana a primera hora estaré con ustedes”. ¿Se dan cuenta de lo trascendental de esa fatal noticia? ¡una sentencia de muerte por vía telefónica! Colgué el auricular. Mis piernas fla-

queaban, mi palidez fue tan notoria que mis amigos se dieron cuenta y prudentemente se fueron retirando, hasta dejarme solo con mi esposa. Ella, al verme tan abatido, preguntó qué me pasaba y quién me había hablado de Los Ángeles. No quise alarmarla y guardé el más riguroso secreto. Sólo contesté que me querían checar y que al día siguiente viajaríamos para allá. Esa noche no dormí. Pensé en mil cosas. En el maldito síndrome y sus consecuencias. En sus variados síntomas y en la espantosa muerte que me esperaba si estuviera ya contagiado. No concilié el sueño. Pensaba en Dios y le suplicaba que todo fuera mentira, que fuese sólo una confusión. Al día siguiente, a las once de la mañana, me encontraba en el Hospital de Los Ángeles con el doctor Smith, sometido a un minucioso interrogatorio y decenas de estudios. El cuarto que me asignaron para permanecer mientras daban su veredicto final era tétrico, semejaba la celda de un condenado al patíbulo. Las enfermeras me veían no sé si con miedo, ternura, lástima, temor o conmiseración. Mi mujer seguía preguntando el por qué de tanto misterio; y yo me oponía a confesarle mi secreto, mi pesar; pero llegó el momento de compartirlo con alguien, y la elegí a ella, a la compañera de mi vida. Le platiqué todo sin omitir detalles. Me abrazó y besó tiernamente. Me dijo que no me preocupara, que Dios era infinitamente benévolo y no iba a permitir tamaña desgracia, que ella iría a la iglesia a rezar, a pedirle que me librara de todo mal. Yo, igual que ella, lloraba; y no tanto por temor a la muerte, sino por dejarla sola. Mi mujer y yo nos amábamos profundamente. Siempre nos adoramos —tomó una copa de champán, miró al grupo y bebió—. Y mientras ella se encontraba en el templo rogando a Dios que me librara de la enfermedad, el doctor Smith, con el rostro demacrado, corroboraba mis sospechas: ¡estaba contagiado! —calló mientras contuvo la respiración unos instantes— Amigos, cuando confirmé la tragedia, ¡lloré, apreté los dientes y me mordí la lengua en un vano esfuerzo para no gritar; pero fue inútil, mi llanto fue tan desgarrador que hubo necesidad de inyectarme calmantes. Me

durmieron. Cuando mi mujer llegó yo ya estaba profundamente sedado. Al día siguiente regresó el doctor Smith, ya no con la intención de consolarme sino de darme tratamiento. Me dijo que la azidotimidina estaba dando buenos resultados, que empezara a tomarla. También me recomendó biometrías y vigilancia de la población linfocitaria. Tres días después me encontraba encerrado en mi biblioteca estudiando a ciencia y paciencia mi mal; no para curarme, sino para evitar contagios —calló momentáneamente, las lágrimas asomaban por sus ojos, y con rápido movimiento se cubrió el rostro y secó su llanto—. El ser humano se acostumbra a todo. Hasta a esperar. Eso me sucedió. Me retiré del mundo. Dejé amistades, familia y vida social. Estoy desde ese día encerrado en mi casa. Ésa es mi prisión. Mis hijos ya se casaron. Ignoran mi pesar. Mi mujer, por desgracia, ya murió. Yo pensé que ella iba a sufrir mucho, pero no fue así, porque también arrastraba una enfermedad incurable: cáncer diseminado en el vientre. Pobre, en sus últimos momentos se resistía a dejarme, pero la muerte no respeta credos, edades ni ideología. Murió en mis brazos; se aferraba a la vida, no quería abandonarme; en el momento definitivo sus manos apretaron las mías, como queriendo que yo la defendiera de la muerte; fue inútil: me dejó. Desde ese día, vegeto como paria en este mundo, esperando el final. Mis días son monótonos. Mi vigilancia hematológica es el metro que rige mi vida. Mis glóbulos rojos cada día van descendiendo, ya llevo siete transfusiones. Mis linfocitos continúan en su tétrica lucha, los T4 contra los T8, la pelea la voy perdiendo. Mis sufrimientos cada vez son más grandes; pero no voy a dejarme vencer; aunque a veces preferiría no despertar nunca —se levantó de su silla y recorrió con su mirada a uno por uno de los ahí reunidos—. No debemos estar tristes, la reunión es lógica... siete ancianos que relatan sus últimos días. Mi vida, hermanos, ya no es vida, soy un cadáver viviente: inútil, achacoso y con hermoso porvenir: el sepulcro y Dios. Tanto he pensado en mi fin que he llegado a comprender a la muerte. Ya no le temo. Porque después de haber per-

dido todo, sólo me queda la fe y esperanza de estar pronto con Dios. ¡Ahora entiendo a Job! —sonrió confiado—. Y allá en mi solitaria existencia, donde tengo Cristos, vírgenes, santos y talismanes, grabé un pensamiento: “Vivir es lo más divino que me ha pasado; morir es lo más hermoso que me puede pasar” —calló de nuevo, tratando de evitar el llanto—. Les mentiría si no confesara que albergo en mi corazón una enorme ilusión: llegar al Más Allá, porque es el sitio ideal de quienes hemos sufrido las peores calamidades. Dios nos lo tiene reservado —miró a Erasmo—. El Más Allá te va a gustar. De eso no cabe la menor duda —miró atribulado al grupo—. Cuando supe de esta reunión sentí un poderoso estímulo, una especie de resorte que me impulsó a venir. Quería proponerles, así como hicimos la jornada de errores, que hiciéramos las confesiones de quienes estamos al borde de la muerte. Pero, por lo visto, no hubo necesidad; porque ya lo estamos realizando.

Felipe volvió a tomar asiento. Cerró los ojos para contener sus lágrimas y se quedó callado. Allá, en su lecho, Erasmo también se secaba el llanto. Gerardo Aldape, que seguía en turno, inteligentemente, tomó la palabra, no sin antes hacer una larga pausa para esperar pacientemente a que Erasmo dejara de toser.

El ginecólogo

—Esta reunión, hermanos —dijo con voz apagada por la emoción—, lógica por excelencia, está resultando más dramática de lo imaginable. Venimos a visitar a Erasmo con el objeto de animarlo y hacerle pasar horas agradables, y lo único que estamos consiguiendo es avivar las llagas que cada uno de nosotros, los viejos Apóstoles, arrastramos. No vamos ni a la mitad de la jornada y ya el sabor de boca es amargo, a acíbar, a arsénico. He tomado la palabra, sin previa presentación, para romper este ambiente tenso y pesado que se respira y hacer un paréntesis, una pauta a la tristeza que nos embarga. ¡No quiero llorar, para acabar pronto! Hace rato, cuando se tocó el punto de la muerte y el Más Allá, surgió en mí un recuerdo que desde entonces lo llevo grabado en el corazón. Se refiere a la tarde en que, paradójicamente, la muerte y la vida, en extraño contraste, compartieron el mismo lecho —sonrió emocionado—; en efecto, era una calurosa tarde del mes de mayo, estábamos en urgencias del hospital de zona cuando llegó un hombre rudo, del campo, acompañado de su esposa,

que estaba a punto de dar a luz. El doctor Salazar, médico de guardia, la examinó superficialmente con su estetoscopio obstétrico, pues no había tiempo de hacerle una buena exploración, y exclamó convencido: "no tardará en nacer su bebé, viene bien". El hombre rudo, que no se apartaba para nada de ella, con una sonrisa en los labios preguntó emocionado: "¿Vive, doctor?; porque mi mujer ha tenido tres partos y los niños en todos han nacido muertos." El residente, con sonrisa amplia y seguridad absoluta, respondió: "No se preocupe, éste viene vivito y coleando. Ya escuché su corazoncito." El hombre aquel, estimulado por tan halagüeña noticia, pidió permiso para asistir al nacimiento de su vástago: quería ser el primero en verlo. El residente no vio impedimento alguno y se lo concedió —respiró profundo y sonrió—. Todo era tranquilidad en la sala; la señora continuaba con sus dolores y la rutina agitada del parto invadió el ambiente. No habían pasado diez minutos cuando un grito fuerte, seguido de un prolongado silencio y de otro grito desgarrador, anunció el nacimiento del bebé. El padre veía feliz y azorado todos y cada uno de los movimientos del suceso; el doctor Salazar, callado y muy profesional, al tomar el bebé de las extremidades inferiores y ver lacerado y maloliente el cordón umbilical se dio cuenta de que ¡estaba muerto! El padre, que no entendía nada de lo que pasaba, preguntó angustiado: "¿Vive, doctor?" Nuestro residente tragó saliva y yo, que desde un rincón atisbaba, quedé petrificado, pero Salazar, con su habitual sangre fría, respondió: "No, señor, este niño tiene más de veinticuatro horas de estar muerto." El rostro del rudo campesino sufrió cambios inmediatos, de su sonrisa amable surgió un gesto fiero y desesperado: "Usted me dijo que estaba vivo, doctorcito; me engañó. Usted mató a mi hijo; pero me las va a pagar", lo amenazó furioso. El doctor Salazar, embebido en sacar la placenta, no respondió, lo que originó que la rabia del frustrado padre lo envalentonara y le hiciera gritar fuera de sus casillas: "Asesino, usted mató a mi hijo, pero esto no se va a quedar así." En ese instante reinaba una tensión que olía a trage-

dia y que se agudizó más al avanzar amenazador el campesino hacia el residente que se encontraba dándole la espalda. Yo, que aún permanecía en el rincón, intervine de inmediato y con voz autoritaria y retadora, me dirigí adonde estaba el campesino, lo sujeté de las muñecas, y le grité: "Él no mató a nadie. Su hijo ya venía muerto, tiene más de veinticuatro horas de haber fallecido, ya se lo explicaron." Pero el tipo era testarudo y, tratando de librarse de mis manos, gritó en el mismo tono que yo le estaba hablando: "Él me dijo que estaba vivo, y por algo lo dijo; eso quiere decir que no tuvo suficiente cuidado para traerlo a este mundo y lo mató." El hombre había perdido el control de sus actos y zafándose de mis manos quiso atacar al residente, que continuaba atendiendo el alumbramiento. Yo, físicamente superior, lo pesqué nuevamente de las muñecas, lo doblé hasta obligarlo a hincarse y le dije: "Usted no tiene por qué estar en la sala. Si el doctor lo dejó fue por una atención, pero ahora mismo va a abandonarla." "¡Asesinos!", gritó con voz más suave, "ustedes son unos criminales, mataron a mi hijo, el doctorcito dijo que había escuchado el latido de su corazón; eso quiere decir que lo mató; pero les juro que este asesinato no se va a quedar sin castigo" —suspiró nostálgico—. Yo, amigos, tengo un nivel para no salir de mis casillas, pero este hombre lo rebasó —miró su copa de champán—. Cuando me encolerizo hago cosas de las que luego me arrepiento o me dan risa, que suelen ser irónicas o sádicas, pero dan resultados inesperados. Convertido en un energúmeno, solté al campesino y con voz amenazante pronuncié las palabras mágicas: "si tratas de golpear al doctor te rompo la madre"; acto seguido, y con la misma furia y violencia adoptada, tomé el cuerpecito del niño que estaba en la mesilla de la sala y se lo di: "Lo que tienes que hacer es rezar y abrazar el cadáver de tu hijito"; el efecto no se hizo esperar el campesino, sumiso y con los ojos inundados de lágrimas, lo tomó en sus brazos. Estaba triste y cabizbajo. Yo, al ver mi contundente triunfo, le grité: "¡Reza!" Y volvió a obedecer. En ese instante, cuando el campesino miraba el cuerpecito

inerte y macerado de su hijo y rezaba, surgió al aire, como una porra al residente, otro grito desgarrador de la parturienta. El doctor Salazar, que esperaba la placenta que aún no salía, se movilizó nervioso, y segundos después, como un himno divino, se escuchó el fuerte llanto de un bebé que opacó el grito de la madre. La señora había dado a luz al gemelo del anterior. Enfermeras, doctores y dos estudiantes de medicina no podían contener el llanto de alegría al ser testigos de esta página llena de dramatismo. Yo, engrandecido por los dos gritos, tomé al niño vivo y me acerqué al atribulado padre que aún tenía en sus brazos el cadáver de su otro hijo. "Déme ese niño y tome éste", le grité con voz brusca, pero emocionada, y realicé el cambio. El rostro fiero del campesino se convirtió en un gesto de felicidad y arrepentimiento. Ese hombre rudo y arrogante se transformó en dulce y apacible. Pero yo suelo gozar con la victoria, ya se lo dije, soy sádico, me vuelvo cruel y venenoso, sobre todo cuando de cobrar las angustias que nos hacen pasar los clientes se trata. Por eso, cuando el campesino, que permanecía hincado, sonreía regocijado viendo a su hijo, lo zarandeé del hombro y le grité colérico: "Ahora tendrás que pedirle perdón al doctor que tanto insultaste y tan feliz te ha hecho" —sonrió victorioso, como si en ese instante estuviera sucediendo la anécdota—. Todo se resolvió como en final de película: el campesino, cabizbajo y arrepentido, pidió perdón al doctor Salazar y le regaló tres vacas. A mí sólo me dio las gracias por haber intervenido tan oportunamente —tomó su copa de champán y bebió sonriente—. Hermanos, la muerte también tiene corazón; hay ocasiones, a pesar de las órdenes celestiales recibidas, que sabe esperar. Yo fui testigo de otro caso que también dejó honda huella en mi existencia. Algo que al recordarlo aún me llena de estupor. El hecho lo he comentado con científicos y religiosos: todos coinciden en que es extraordinario. La historia empezó cuando dos chicas, ambas cantantes de ranchero y muy amigas mías, me trajeron a su madre con un severo cuadro de vómito, deshidratación y anemia aguda. La paciente, a la que cari-

ñosamente llamaban Chelito, le diagnosticamos cáncer gástrico con metástasis a hígado y páncreas. Nada se podía hacer más que conducirla a una muerte digna y sin dolor. No tenía remedio. Hablé claro con ellas y les di la mala noticia —sonrió—: lloraron desesperadas; pero, finalmente, comprendieron que practicarle una gastrostomía (introducir una sonda al estómago por el vientre) para alimentarla y sedantes para los dolores era lo único que se le podía hacer aunque para mis adentros pensé que la mejor solución sería que Dios se la llevara lo más pronto posible, pues no valía la pena alargar una agonía de por sí siniestra. Más tarde les indiqué la conveniencia de reunir a todos sus hijos, ya que la muerte podría llegar en cualquier momento a pesar de la intervención quirúrgica y los sedantes. Una de ellas, con lágrimas en los ojos, me confesó que su hermano Sergio se había portado mal con todos, especialmente con su mamá, al grado de haberla estafado y demandado, y por ese motivo era bastante difícil que viniera a visitarla —sonrió pensativo—. Como el problema de la enferma era grave, esa misma noche se le transfundió sangre y operó, desapareciendo, como por arte de magia, los molestos vómitos —suspiró—. Todo marchaba tal como lo habíamos calculado, salvo que doña Chelito lloraba mucho y a cada rato preguntaba por su hijo Sergio, el malvado; bajo tales argumentos volví a platicar con sus hijas y les dije que lo llamaran, pues posiblemente su presencia serviría de bálsamo a la moribunda. Los días fueron pasando y el tal Sergio no visitaba a su madre, quien desconsolada de tanto llamarlo perdió el habla y parte de los movimientos de sus extremidades tanto superiores como inferiores. Ella permanecía boca arriba, sólo con sus ojos se expresaba y trataba de darse a entender. Yo, cuando la iba a ver, me llenaba de tristeza al saber que ya nada podía hacer por salvarla ni para mejorar su calidad de vida. Fue aquí cuando empezó a gestarse el milagro, el suceso increíble. Consuelo se aferraba a la vida, se negaba a morir. Clínicamente todo lo tenía en su contra: presión de cincuenta la máxima y veinte la mínima, temperatura de treinta y ocho grados centí-

grados y respiración acelerada. Llevaba cinco largos días sin cerrar los ojos, que, por otro lado, en nada se diferenciaban de los de un cadáver, pero cuando escuchaba el rechinar de la puerta volteaban hacia ella y parecían tomar vida, como si esperaran la presencia de alguien o tal vez a la muerte misma. En esos días una de sus hijas, angustiada por la prolongada vigilia, le preguntó si esperaba a Sergio, y ella, con los ojos inundados de lágrimas, hizo un esfuerzo sobrehumano y movió afirmativamente la cabeza. Médicos, enfermeras y personal del nosocomio estábamos perplejos: la enferma ya debía estar muerta, no era posible, médicamente hablando, que siguiera viva; sin embargo, su corazón seguía latiendo, se negaba a morir; ¡ella esperaba impaciente ver al mal hijo, quizá para perdonarlo! —tomó aliento— Una de las hermanas, furiosa por la tardanza de Sergio, tomó un coche y fue por él; éste, malvado de nacimiento, se negaba a visitarla, pero las lágrimas y argumentos de su hermana, que le ofreció dinero, lo convencieron —tomó un sorbo de su copa de champán y continuó el relato—. Fue en la noche, alrededor de las diez, cuando Sergio entró al cuarto de doña Chelito, quien al verlo, y en forma increíblemente milagrosa, esbozó una sonrisa llena de amor, ternura y perdón, levantó con mil trabajos su brazo aparentemente paralítico y con su mano hizo la señal de la cruz para bendecirlo; eso fue todo lo que hizo, porque de inmediato murió. Yo, desde el umbral, vi la escena, no me la platicaron. Ahí me di cuenta de que doña Consuelo, bañada en sudor, con los ojos desorbitados y sombríos, aguardaba al hijo descarriado, era lo único que la mantenía con vida; y cuando lo vio entrar, cuando lo tuvo cerca, sacó fuerzas para alzar su mano y bendecirlo; no esperó respuesta, ni el, tal vez hipócrita, beso de arrepentimiento que pudo haber recibido de labios de su hijo; no, ella se conformó con verlo para morir tranquila, lo demás no le importó. El malvado, después de esa demostración de amor tan hermosa y al verla muerta, quiso borrar en parte sus villanías y se hincó a besarle las manos y a suplicar que lo perdonara, pero era demasiado tarde. Ella sólo que-

ría verlo, no le importaba lo demás, por eso ya no lo escuchó: ¡había entregado su alma a Dios! —suspiró pensativo— Sin embargo, hay algo, relacionado con este suceso, que quiero confesarles, por lo extraño e insólito: yo tengo mis creencias perfectamente cimentadas, no soy advenedizo a ninguna religión; creo en la mía, y no porque me la hayan inculcado, sino por convicción. Cuando era joven, un espiritualista me dijo que yo poseía ciertas facultades que de llegar a desarrollarlas sería un excelente maestro de esa secta; ¡soy médico!, me dije en aquel entonces, y no di importancia al asunto. Pero el hecho de ver algo donde aparentemente no existe nada me empezó a afligir. Seré explícito. Una ocasión, cuando era residente del hospital, en la sala de gastroenterología, vi a un hombre, de capa negra y aspecto religioso, que con ternura le cerraba los ojos a un enfermo de cirrosis hepática que desde hacía dos días agonizaba. Intrigado, pregunté a la enfermera que hacía guardia conmigo quién era ese religioso; ella, extrañada, volteó hacia la cama y con una sonrisa encantadora me dijo que no había nadie, que el enfermo estaba solo, ¡a pesar de que yo lo seguía viendo! Preocupado por esta situación y pensando que el cansancio me hacía ver visiones, tomé del brazo a la enfermera y la llevé a esa cama. Lo inverosímil fue que conforme nos acercábamos al sitio, y ante mis propios ojos, el hombre se fue desvaneciendo hasta desaparecer por completo. ¡Claro que la señorita enfermera no vio nada! Al llegar a la cama comprobamos que el enfermo estaba muerto —respiró agitado—. Volví a pensar que la fatiga era la culpable de mis alucinaciones, pero el tiempo me demostró que no era así, ya que hasta la fecha las continúo viendo —sonrió con cierta suspicacia—. La noche que murió doña Chelito, cuando el malvado se acercaba a su cama, vi interponerse, en forma violenta y hasta grosera, al hombre de la capa negra: él fue quien, conmovido por la angustia de la anciana, esperó pacientemente a que viera a su hijo, pero no permitió que éste le vertiera sus hipocresías, y le cerró los ojos antes que la tocara —se levantó de su silla y se paseó por el pequeño espacio de

la recámara sin pronunciar palabra; luego, con esa sencillez que se confundía con petulancia, miró fijamente a Erasmo—. Por eso el relato de Hugo Hernández no me sorprendió: ¡efectivamente veía a la dama de negro que era su amiga! —hizo una larga pausa—. Y ya que estamos hablando de la dama de negro, justo es recordar lo sucedido una madrugada en la sala de partos de un hospital de Querétaro. Eran las dos de la mañana cuando el doctor Mario, no recuerdo su apellido, internó una paciente eclámptica, sumamente grave, que estaba a punto de dar a luz, mientras nosotros atendíamos al resto de las parturientas que afligidas lanzaban sus ayes anunciando el próximo nacimiento de sus vástagos. En ese momento, aturdido por tantos quejidos, se me ocurrió festejar el cumpleaños de la doctora Karina, y pedí a las futuras madres que se aguantaran los dolores y le cantaran las mañanitas para que las atendiéramos mejor. Y con un coro de cinco futuras madres me dirigí presuroso a socorrer al doctor Mario que nervioso esperaba el bebé de la eclámptica que en ese momento tuvo un paro respiratorio; una de las enfermeras nos auxilió y le apretó fuerte el vientre para acelerar el parto, mientras yo la intubaba para administrarle oxígeno. Y en el instante que el niño gritaba como gallo de pelea anunciado su llegada al mundo, la madre expiraba. ¡La muerte y la vida llegaron al mismo tiempo! Yo, siempre soñador, me pareció ver a la dama de negro junto a la parturienta, y a la dama de blanco junto al bebé que acababa de nacer, ¡y todo con el fondo musical del coro de parturientas que ajenas al drama seguían cantando las mañanitas a la doctora Karina! —sonrió complaciente— A veces morir es mejor que vivir. He sufrido mucho, hermanos. También estoy enfermo, y no solamente del cuerpo, sino del alma. El cigarro, mi estúpida debilidad de adolescente, produjo el enfisema que ahora me agobia; esa maldita enfermedad que asfixia especialmente a los fumadores incorregibles como protesta de los pulmones por haber sido envenenados durante tanto tiempo, y no permiten ningún tipo de ejercicio; pero lo peor, lo que no tiene madre y me tiene al borde de la deses-

peración, me lo hizo mi hijo Humberto, que era mi orgullo. Aclaro que no tuve otro hijo porque mi esposa María murió joven y no me volví a casar; su muerte me trastornó tanto que al revisar el testamento, pues nos casamos a la antigüita, es decir, con bienes mancomunados, opté, como todo padre ejemplar, por ceder la casa y todos los muebles a Humberto —llenó su copa—. Decidido a que mi hijo destacara, como todo buen padre desea, lo inscribí en los mejores colegios; sólo así tendría una estupenda preparación. Al principio sus calificaciones fueron sobresalientes; sus profesores le auguraban un futuro prometedor. Era tal la confianza que le tenía que pronto, como todo padre imbécil, dejé de pedirle calificaciones y cuentas de sus estudios: lo creí maduro y le compré coche, le obsequié tarjetas de crédito y lo consentí como todo padre imbécil y alcahuete suele hacer. Una tarde, cuando comía en un restaurante, se acercó el director de su escuela ¡y me puso al tanto de la realidad!: Humberto se había convertido en un auténtico vago, guarura y porro; no estudiaba y pertenecía al grupo de truhanes que traían asoleada a la universidad; los alumnos y maestros le tenían terror: ¡todo un gángster! El director me insinuó que nada difícil sería que hasta "drogo" fuera. ¡No lo creí!, es más, me indigné; pensé que hablaba de más, quizá porque Humberto no estaba de acuerdo con él —tomó su copa de champán y volvió a beber—. Herido por la puñalada, esa misma noche hablé con él. Humberto, con un cinismo que con el tiempo califiqué de profesional, me dijo que el director era sumamente egoísta y bandido; que los alumnos estaban inconformes y se gestaba una huelga para expulsarlo. Yo, hermanos, como todo padre imbécil, ¡estúpidamente le creí!; pero mi error no iba a durar mucho tiempo: a los pocos días lo arrestaron por estar drogado e involucrado en asaltos a camiones repartidores. Furioso, fui a la delegación y hablé con él: ¡y otra vez me vio la cara de idiota! Me aseguró ser víctima de las malas compañías con las que andaba y que contra su voluntad lo habían drogado para que ayudara a los asaltos; convencido de su inocencia, pagué la multa y lo sa-

qué. Durante unos días aparentó arrepentimiento y se portó bien —sonrió—, hasta se alcanzó la puntada de ponerse a estudiar en la noche —bebió de su copa de champán—. Al comentar el problema con un colega mío me aconsejó ir a su escuela a investigar sus calificaciones y conducta, para salir de dudas de una vez por todas. Cuando decidí hacerlo, Humberto tuvo un accidente automovilístico y quedó mal herido. Fue intervenido quirúrgicamente y durante tres meses permaneció en cama y otros tantos en rehabilitación. Por un rato estuve tranquilo, llegando a pensar que gracias al accidente se había enderezado. ¡Qué equivocado estaba! Me esperaba lo peor. Una noche Humberto me dijo que ya no quería estar en casa, pues era mayor de edad y pensaba hacer su vida, porque no podía estudiar con tantas presiones. Se despidió de mí. No traté de persuadirlo, respeté su decisión —suspiró—. Pensé que era mejor para los dos. Meses después, y por unas amistades, me enteré de sus fechorías: andaba en muy malos pasos, le gustaba tomar y jugar; ya no iba a la escuela, y lo peor: ¡se había convertido en peligroso estafador! No pasó mucho tiempo para comprobarlo. Una mañana, muy temprano, tocaron a la puerta de la casa y con lujo de violencia entraron varios hombres: ¡venían a lanzarme! Protesté; fue inútil. Un abogado demostró con documentos que mi propio hijo ¡era el responsable de este vil atraco! No discutí, comprendí la gravedad del problema y la ingratitud de Humberto. Ese día, el más triste de mi vida, fui expulsado ignominiosamente de la casa que con sacrificios y privaciones construí para que cuando yo muriera fuera el hogar de mi adorado hijo: ¡me la quitó antes! Pensativo y dolido, acepté mi derrota y me dediqué a construir otra casa y rehacer mi fortuna. ¡Lo conseguí! —miró al grupo, levantó su copa y bebió de ella— No sé, hermanos, quizá yo esté loco, porque estoy hecho de una pasta diferente a las normales; pero ese día, el más negro de mi existencia, ¡Humberto murió para mí! Los abogados me aconsejaron que revocara la cesión, pero opté por no intervenir más en su vida, y hasta la fecha lo he cumplido. Sé que le ha ido mal, que

su vicio prospera y que está convertido en una piltrafa humana. Pobre. No tiene remedio. Sus amigos lo han abandonado. El dinero prácticamente ya se lo acabó. Está derrotado. Yo le he suplicado a Dios que, si no puede redimirlo, que se lo lleve —tomó un trago de su copa—. No he tenido respuesta. Pero si algún día llegara a pedirme perdón —hizo un gesto desdeñoso—, como todo padre imbécil, ¡lo perdonaré! Por eso, Erasmo, cuando me hablaste y supe que estabas delicado, no titubeé en venir; después de todo, me dije, mi única y verdadera familia son ustedes, los que siempre me han prodigado buenos modos, buenas maneras y crueles bromas.

Gerardo tomó asiento y calló. Erasmo, muy apesadumbrado, lo miró con admiración.

—Ha hablado el hombre —dijo pausado—, el hermano, el ser humano que ha traspasado la barrera del dolor que causa la ingratitud de un hijo y aún así tiene el valor de confesar que si regresa lo perdona. Lo que has sufrido, Gerardo, no tiene paralelo. Tus sueños, ambiciones y proyectos se derrumbaron a niveles infames de la vida, como lo es ¡la decepción! Tus dolores morales, aunados a los físicos que te atormentan, no te han vencido; cualquier otra persona ya estaría refugiada en el manicomio, o en el panteón; sin embargo, tú te mantienes firme —calló momentáneamente y tomó aire—. Ésta es una reunión de desahogo, no de discusiones ni de consejos; al confesar tus tristezas ya no estás solo, a pesar de que mañana cada quien retomará el camino que finalmente lo conducirá a su propio destino.

Erasmo pronunció estas últimas palabras con bastante dificultad; estaba emocionado y antes que las lágrimas lo traicionaran calló, lo que aprovechó Pedro Luis para proporcionarle oxígeno, mientras Luis Parnel, inteligentemente, tomaba la palabra.

El médico de urgencias

—Es mi turno, mis queridos maestros —guardó respetuoso silencio—. La voz de mi antecesor nos ha dejado anonadados. El mejor de los novelistas hubiera enmudecido ante la realidad; sin embargo, no es nuevo para mí que los hijos traicionen a sus padres, aclarando que la palabra traición se refiera al mal uso que ellos hacen de la confianza que nosotros les depositamos. Lo sucedido al doctor Aldape es sólo una de tantas canalladas que suelen cometer; ahora mismo recuerdo a un acaudalado e inculto ganadero, en un pueblo cercano a Veracruz, que solía reunir cada ocho días a sus seis hijos con sus respectivas esposas y proles para departir con ellos las buenas comidas; un domingo, cuando la reunión estaba en su apogeo, doña Teresa, esposa del ganadero, exclamó llena de orgullo y felicidad: ¡Qué hermoso es convivir con la familia!" Y era verdad, esas tertulias resultaban atractivas, porque se comía, bebía, discutía y todos quedaban con ganas de regresar a los ocho días. Bien, don Francisco, que así se llamaba el ganadero, cuando creyó pertinente interrumpió la reunión y les dijo que a partir de ese día cada uno de ellos tomaría posesión de

la casa que les había construido para que disfrutaran de ella y no esperaran hasta que él muriera; los hijos se regocijaron y le dieron las gracias y lo colmaron de besos —bebió lentamente de su copa y sonrió—. Pasaron los días y esas reuniones semanales se fueron haciendo menos concurridas; siempre había pretextos para faltar; hasta que un día don Francisco y doña Teresa quedaron completamente solos y abandonados. Aquel nefasto domingo los dejaron con la comida servida. Nadie fue, ni siquiera se disculparon. Y así continuaron las demás semanas. Don Francisco, triste y desconsolado, me consultó el caso. Yo, al conocer su tragedia, solté la carcajada y le dije: "¡Solamente a un bruto, don Paco, y perdóneme usted, se le ocurre repartir la herencia antes de morir!" El ganadero puso el grito en el cielo y me dijo que sus hijos eran ejemplares y de no ser por sus múltiples negocios no se habrían ausentado. Yo no dejaba de reír, pero al ver que mi amigo no entendía razones, le hice una siniestra proposición: "¿Cuánto apuesta, don Francisco, le dije, que si usted les retira la herencia, nuevamente los domingos su mesa del comedor volverá a lucir como en sus mejores tiempos: con sus hijos, esposas y retahíla de nietos?" El acaudalado hombre me miró furioso, como tratando de mentarme la madre. Se resistía a creer que sus hijos pertenecieran al grupo de los malvados y convenencieros. Al ver que flaqueaba, me alcancé la puntada de espetarle una frase que quizá con el tiempo llegue a ser célebre: "En la familia no hay voz más poderosa, autoritaria, firme y verdadera que la voz 'metálica' del padre." Don Paco me vio asustado, no daba crédito a mi filosofía. Pensaba que estaba loco; sin embargo, después de un rato de titubeos, me preguntó: "¿Será cierto lo que me dice?" Yo volví a reír. " Claro", le contesté incisivo, "sus hijos estarán con usted si hace lo que le dije. ¡Le apuesto una comida en su casa!" —hizo una pausa—. Me costó trabajo convencerlo, pero finalmente aceptó. Cuando visitamos al notario para el cambio de escrituras, nos sorprendimos que todavía, gracias a Dios, no otorgaba a los hijos las casas ni bienes prometidos; esto facilitó

el plan. Me contó don Paco, que al día siguiente de notificarles el cambio de proyectos, sus hijos, bastante contrariados, le reclamaron en forma airada, pero él, bien asesorado por mis maquiavélicas ideas, les contestó que los negocios andaban mal y debían hacerse ciertos ajustes. Uno de sus vástagos lo amenazó con llevar el caso a los tribunales; don Paco, que ya esperaba una reacción similar, le recomendó no hacerlo, porque entonces lo desheredaría; el rebelde agachó la cabeza y calló para siempre. Doña Teresa, madre al fin, recriminó a su marido y lo tildó de injusto e inhumano, porque sus hijos no eran forajidos ni malhechores para merecer esa canallada —sonrió mordaz—. Sin embargo, Paco, convencido de su ingratitud, insistió en que era la mejor lección que podrían tener. Los pleitos con su mujer tomaron senderos siniestros, ella le pidió el divorcio y lo llamó dictador, pero don Paco no le hizo caso y continuó su plan. Grande fue mi sorpresa cuando al cabo de tres semanas recibí de mi amigo la ansiada invitación dominical a comer. Ese día llegué y vi a sus seis hijos, con sus parejas y veintena de nietos alegrando la tertulia. Don Paco, orgulloso por el éxito del plan, levantó su copa de tequila reposado, y guiñándome el ojo me preguntó: "¿Qué te parece mi familia?", yo, sonriente, con la hipocresía más disfrazada que puedan imaginarse, respondí: "Jamás había conocido otra tan unida y llena de amor." Antes que terminara la comida, don Paco me llevó al rincón de su sala y me confesó melancólico: "Me costó trabajo asimilar la lección, pero finalmente la aprendí: no hay voz más autoritaria y poderosa que la voz metálica del padre", luego, con una sonrisa llena de satisfacción y filosofía, agregó: "Y mi voz durará hasta que Dios me lleve a su lado." Y yo añadí: "Y tus hijos estarán contigo colmándote de amor, hasta ese día" —volvió a tomar su copa y después de darle un trago sonrió con inmensa ironía—. Esto, mis queridos maestros, no es sino una de tantas y tristes historias de la ingratitud filial —suspiró—; mas no es mi intención continuar con estos cánceres de los valores humanos, por lo que enfilaré mis baterías a otro aspecto cruel de la

existencia: el error, esa garrafal metida de pata en que frecuentemente caemos los médicos. Yo tengo el mío, el que, por motivos obvios, callé en Acapulco para relatar aquella pifia quirúrgica del doctor Luis Dondé, cuando en un legrado uterino sacó con la pinza de anillos un asa intestinal; fue una equivocación terrible, lo sé, pero no como la mía, que dejó en mi corazón una huella que jamás he podido borrar. Todo sucedió en un pueblo del estado de Tlaxcala. Hacía mi servicio de cuatro meses que los R3 solemos hacer antes de terminar la preparación de especialistas. Estaba en la sala de espera tomando un refresco, cuando la señorita enfermera me dijo que ya estaba lista la cirugía programada para ese día: amputación de extremidad inferior, infracondílea, por necrosis diabética —tosió ligeramente—; las operaciones que más he odiado en la vida, son precisamente ésas, las amputaciones —tomó su copa de champán y miró su contenido—. Me dirigí al quirófano, un pequeño recinto habilitado para tal, y me lavé. La señorita enfermera tenía todo listo para la intervención. El doctor Noriega Suárez, residente hábil, preparado y amable, fue mi ayudante. La anestesia fue epidural y el doctor Barranco el encargado de administrarla. La operación duró dos horas y media; la hice conforme dictan los cánones; no hubo dificultad ni contratiempos. Quedé satisfecho, al igual que mi equipo. Todo marchaba de maravilla, hasta que esa misma noche el doctor Noriega, nervioso y preocupado, fue al cuarto de médicos a comunicarme que la pierna amputada al paciente... ¡era la sana!; que la necrosada estaba ahí, continuando su destructora misión. En ese momento, cuando me enteré de la horrenda estupidez que cometí, sentí deseos vehementes de correr, huir, retirarme de la ciencia y no volver a tomar nunca más en la vida un bisturí. Me vi en el espejo y noté que había envejecido, que mis surcos eran más profundos. El doctor Noriega me observaba sin decir nada. Realmente no existían palabras ni excusas. Permanecí más de una hora sin saber qué hacer. Desesperado, y acompañado del residente, fui a ver al doctor Tagle, director de la clínica, y le relaté mi error. No lo podía creer,

pidió datos y la historia escrita de todos los movimientos que se hicieron en la sala; fue así como supo que la jefa del quirófano era nueva, nunca había dado una operación y ocupó ese sitio porque la titular tuvo un accidente y faltó. También se enteró de que jamás vi el expediente y sólo me concreté a operar. ¡Todos resultamos culpables!: la jefa de enfermeras, por no haberse enterado del tipo de cirugía; el residente, por no haber examinado al enfermo; el anestesiólogo, por prescindir del examen preanestésico, y yo, por todas las omisiones que acumulé —suspiró nostálgico—. La culpa se repartió, es verdad, pero en mi interior comprendí que el noventa y nueve por ciento de ese error había sido por mi negligencia: ¡y me sentí el peor de los cirujanos!; ese día, como penitencia a mi estúpido yerro, me pegué a la cama de mi víctima y esperé pacientemente a que la septicemia terminara de matarlo —respiró agitado—. Maestros Apóstoles, aquella jornada de errores médicos a la que asistí hace más de treinta años me ha servido de mucho. Señalar y reconocer pifias humanas es de sabios, y yo, con mi tremendo error, he contribuido para que los nuevos galenos sean más cuidadosos y no caigan en el laberinto de la rutina ni en nada parecido —tomó su copa y bebió nervioso—. Ser médico requiere tener cualidades especiales; ser cirujano, independientemente de poseer atributos de serenidad y frialdad, exige disciplina y preparación. Una omisión, un error o cualquier otra cosa que altere los pasos de una cirugía pueden ser fatales. No quiero terminar sin tocar un punto que a mí, en lo personal, siempre me ha fascinado: ¡la muerte! —suspiró profundo—. Sé que caminamos con ella por rutas paralelas: nosotros, tratando de eludirla; ella, esperando que cometamos un error, o algo parecido. No existe en el mundo una persona que jamás la haya evocado o preguntado qué hay en el Más Allá. No voy a aportar datos nuevos, porque soy católico y me baso en sus preceptos y respeto sus dogmas. Creo que nuestro comportamiento en este mundo tendrá recompensa o castigo. Sé que Jesucristo vino a la tierra a redimirnos, y su sufrimiento ha servido de ejem-

plo a las religiones que de ahí se desprenden. Es imposible que con la muerte acabe todo. Es ilógico. Existen controversias y hechos sobrenaturales inexplicables que apoyan mi tesis. Uno de ellos, que me impresionó profundamente, se lo voy a relatar —tosió y después sonrió—. Esa mañana estaba en terapia intensiva, cuando llegó un enfermo de treinta años de edad con un infarto del miocardio. En el preciso momento en que fue encamado perdió el conocimiento. El equipo de intensivistas funcionó de acuerdo con los programas creados. En un santiamén pusieron los electrodos del electrocardiógrafo y lo empezaron a monitorear. Uno de los médicos dijo que el corazón había dejado de latir; otro aseguró que estaba fibrilando; lo cierto es que le aplicaron en la parte anterior del tórax las planchas del desfibrilador y le dieron una descarga. El cardiólogo que vigilaba los trazos del electrocardiograma sonrió al comprobar que el órgano vital ya estaba funcionando. El paciente abrió los ojos y dijo: “he vuelto a la vida”, y nuevamente perdió el conocimiento. Intrigado por esas extrañas palabras, dos días después, cuando ya se había recuperado, lo visité en su cuarto. Ahí me dijo, con cierto recelo, que “había estado muerto”, porque sintió que su espíritu se desprendió de su cuerpo y vagó en las alturas; que vio claramente las maniobras que hacíamos para regresarlo; que una fuerza extraña lo impulsaba a salir de la sala, y otra, de la misma intensidad, se lo impedía; también dijo que al levantar sus ojos vio un laberinto, y al final de éste una luz y una puerta; pero que algo le obligaba a bajar la vista y observar al grupo de médicos que luchaban por “regresarlo”. Cuando le pregunté qué sentía en esos momentos, respondió que en las alturas un gran bienestar, pero conforme regresaba a su cuerpo los dolores reaparecían. Todo lo que dijo, otros moribundos ya lo han relatado, pero lo que me dejó anonadado fue cuando refirió que por unos instantes su espíritu abandonó la sala de terapia para trasladarse a donde estaba su madre hincada y rezando el rosario ante la virgen de la Soledad; también vio a su padre jugando una partida de dominó con sus amigos, a

quienes identificó plenamente; he de advertir que la distancia que lo separaba de ellos era mayor a los quinientos kilómetros —suspiró—. ¿Cómo vio a sus padres? Ése es el misterio que al corroborarlo me fascinó, pues efectivamente, a esa hora, sus padres se hallaban en el sitio que describió —hizo un ademán de brindis con su copa de champán, y tomó de ella—. Por eso creo que existe algo más allá de la oscuridad de la muerte. Hay datos que hablan de cosas maravillosas y que nosotros, por el simple hecho de ser médicos y rodearnos de una aureola de ciencia, los vemos despectivos, burlones e incrédulos. Debemos profundizar las experiencias que nos hablan de un Más Allá, porque para mí, queridos colegas, aunque ustedes lo duden, ¡sí existe!, pero está mal estudiado —calló momentáneamente—; eso es todo lo que tengo que decir. Y si algún día quieren rebatir mi teoría, háganlo con hechos, no suposiciones. Sólo así dejaré de creer en la vida más allá de la muerte.

Luis Parnel calló. Erasmo, que seguía con los ojos cerrados, como si fuera a dormir, sonrió y dijo:

—Muchos anhelamos que exista algo tras la misteriosa cortina de la muerte; pero hay otros que amargados, decepcionados y tristes, ruegan porque la vida se acabe en el mismo instante en que llegue la muerte. No vamos a discutir esos puntos, Luis, porque, repito, ésa no es el alma de nuestra reunión; cada quien lleva la cruz que ha forjado. No es justo que le impongamos otra. Hechos como los que acabas de exponer son los mejores argumentos para tener esperanza de que algo existe allá, tras la oscuridad. Sé que hay grupos privados que estudian este inquietante tema: ojalá pronto confirmen nuestras suposiciones.

Un fuerte acceso de tos, producido por prolongado broncoespasmo, sacudió dramáticamente a Erasmo e hizo que Pedro Luis y Rafael Cazzas intervinieran, aquél con la mascarilla de oxígeno y éste con violentas presiones al tórax, para que en unos cuantos segundos controlaran el cuadro y el ex senador volviera a respirar con aparente tranquilidad. José Nuncio se levantó de su silla y

aprovechó la interrupción para quitarse los anteojos y tratar de ver a sus amigos; pero al no conseguirlo, se los volvió a poner y regresó descorazonado a su sitio. Minutos más tarde Erasmo se recuperó y los médicos que lo auxiliaron regresaron a sus respectivos lugares.

—Pido mil perdones —dijo Erasmo con voz todavía afectada por el pasado acceso—. Esta tos a veces se torna imprudente. Siga la jornada. Es tu turno, José.

El otorrinolaringólogo

—Hermanos —dijo José emocionado—, mis adorados Apóstoles. Han pasado cincuenta y tantos años de aquella legendaria reunión con el tabernero don Hipólito, fiel admirador del general Franco, en la que al compás de generosas bebidas juramos volvernos a ver al cabo de veinte años, promesa que finalmente cumplimos. Esa noche, la del juramento, todos la llevamos clavada en el corazón; éramos jóvenes fuertes, entusiastas y llenos de anhelos; nuestra presión arterial marcaba ciento diez a la máxima y setenta y cinco a la mínima; el pulso llegaba a setenta y nuestra respiración, acelerada por el vino y la emoción, apenas y paraba los relojes en veintidós. ¡Qué días tan hermosos! ¡Qué vírgenes teníamos las mentes! ¡Qué raídos los pantalones y vacías sus bolsas! —suspiró nostálgico— Nuestros paupérrimos guardarropas no albergaban más de dos trajes. ¡La pobreza y humildad timbraron nuestra amistad! Después de esa bendita reunión, cada quien tomó el camino que le convino. Las especialidades las hicimos en diversos sitios y de diferente manera. Yo, sinceramente, pensé

que aquella promesa de reunirnos al cabo de veinte años había sido puntada de borrachos; pero cuando pasó el tiempo y leí la carta recordatoria de Erasmo, sentí en mis manos las vibraciones de aquel juramento y experimenté una inexplicable alegría e indescriptible nostalgia. ¡Habían pasado veinte años y por una solemne, increíble y milagrosa promesa, nos volveríamos a ver! —sonrió con un gesto de felicidad— Fue inolvidable esa junta, a pesar de la ausencia de Dionisio y Arnulfo y la enfermedad de Luis. Todos pasamos al banquillo de los acusados a confesar nuestros desaciertos; después, cada quien retomó su camino para continuar con sus obligaciones —alzó la voz—. ¡Y vino el velorio de Luis!, y con él, la segunda jornada que, por capricho de nuestro guía, la hicimos alrededor de su ataúd. En ella nos reivindicamos ante nuestros propios ojos al confesar triunfos y anécdotas de nuestro ejercicio profesional; en ese entonces todavía la vida nos sonreía y la alegría seguía emanando de nuestro espíritu, a pesar de los signos geriátricos que ya empezaban a notarse; pero hoy, hermanos, es diferente: nuestra reunión tiene tintes de tragedia y dramatismo; porque estamos al borde de la muerte; no obstante, aún tenemos ánimos de seguir retándola. Por lo que a mí concierne, ya empecé a morir: una espesa nube, una espantosa cortina negra, se ha apoderado de mi campo visual y no me deja ver. ¡Estoy a punto de quedarme ciego! La diabetes ha causado estragos irreversibles. Ya no vivo, diría yo, sino vegeto. Mi especialidad ya la abandoné. Es imposible ejercer cuando el sentido de la vista está perdido. Mi existencia se reduce a caminar por los jardines de la casa con un bastón y un perro. Ellos son mis compañeros. Hace rato, cuando Gerardo tocó el punto de los hijos, no pude contener mis lágrimas: ¡lloré!, porque sentí la puñalada en mis propias entrañas. Ustedes saben que mi matrimonio fue un rotundo fracaso. ¡Un infierno que duró once años!; finalmente, opté por divorciarme. ¡Era imposible vivir con una mujer infiel! Me engañaron, hermanos; ella decía que iba al Rosario, pero no era cierto, iba al hotel con su amante. Y mientras yo la imaginaba

santa y católica, ella, malvada y cruel, se reía de mí en las camas de los moteles. No me da pena confesarles que me hicieron tonto y se burlaron, porque son mis amigos —sonrió—. Esa situación me costó dinero y salud, pero no tenía otra opción más que el divorcio. De ese matrimonio tuve cuatro hijos, a todos les di carrera; luego, conforme se fueron casando, les regalé coche y departamento —sonrió vanidoso—. Uno es abogado, otro, dentista, y los dos últimos, contadores. ¡Todos profesionistas! Al irse, me quedé con la casa, en la que aún vivo. ¡Solo y con un mundo de recuerdos! Sin más compañía que mis perros y pájaros. El aseo lo hace el jardinero y la comida su esposa. Ellos duermen en la choza de entrada. ¿Y mis hijos? se preguntarán. No me quejo, de vez en cuando vienen, pero sólo a regañarme y a decir que no debo salir a la calle, no coma esto, no beba aquello, que no haga nada y me quede como estatua pegado en la cama, porque me puedo enfermar. Nunca tienen tiempo para mí. Están muy ocupados. Aunque hay días que se quedan más tiempo, y hasta me permiten tomar un tequila con ellos —sonrió irónico—; sí, son los días que vienen a pedirme prestado o para que les regale aquella vajilla que ya no uso, o aquel mueble que no necesito y que a ellos les hace mucha falta. Hace tres días se llevaron mi piano, porque para qué lo quería, si ya no lo tocaba y se iba a apolillar. Hay veces que nuestros vástagos nos hieren, y en qué forma: una ocasión, amanecí con terribles dolores dentales, una caries era la causante. ¡Era lo de menos! ¡Tenía quien me curara!: ¡mi hijo, el dentista! No había más que descolgar el teléfono y hablarle, ¡y lo hice!, confiado en que inmediatamente vendría, con su petaquín de urgencias, a mitigar mi dolor. En ese momento me sentí tranquilo y orgulloso de tener un odontólogo a la mano y, más todavía, que fuera mi propio hijo —sonrió melancólico—. Le hablé y supliqué, con voz dulce y amable, hermanos, que viniera a curarme el dolor que me estaba lacerando; ¡más valdría no haberlo hecho!, pues con voz áspera y cortante me dijo: "¡Tengo mi agenda llena, papá, no te preocupes, dentro de un mes tú serás el primero!"

Todavía, con la decencia que siempre me ha caracterizado, le di las gracias y colgué el teléfono. Sentí no solamente una puñalada en el corazón y ganas de llorar, sino también un deseo incontenible de gritarle con todas mis fuerzas: “¡Chinga tu puta madre, cabrón!”, y créanme, hermanos, que esa sentencia nunca hubiera estado mejor aplicada, porque, por otra parte, estaba diciendo la verdad —sonrió con más ironía que tristeza—. ¿Cómo es posible que a un hijo se le olvide que su padre le dio carrera, automóvil, departamento y pagó las estupideces cometidas en su adolescencia? Y, sin embargo, ¡lo olvidan!; pero lo que nunca pasan por alto son las veces que no se les dio permiso para irse a la playa, o dinero para comprar un tocadiscos, o un automóvil. Los hijos son así, crueles, ingratos y cabrones, es la verdad. Por eso me gustó enormemente la frase que acuñó Gerardo referente a que la voz más poderosa de la familia es la voz metálica del padre: ¡la biblia! —hizo una larga pausa—. ¡Qué hermoso y triste es recordar!... es tanto como volver a vivir; pero debemos ser realistas... ¡estamos en el umbral de la muerte! —sonrió— Se han tocado puntos interesantes. Se ha mencionado a la muerte como la principal protagonista; y hacemos bien en tomarla en cuenta, pues siempre ha sido nuestra amiga y enemiga. He de subrayar una protesta: no estoy de acuerdo con que exista algo tras la cortina de la vida. Todos esos relatos que constantemente se hacen acerca de gente que regresó, no los creo; son sueños que tuvieron, que tal vez coincidieron, pero que jamás fueron ciertos. La vida es una sinfonía de células, tejidos, órganos, sistemas, etc., que al funcionar en equilibrio producen ese hálito que llamamos espíritu, pero que al dejar de funcionar ¡viene el silencio, o sea, la muerte! Yo comparo a la vida y al cuerpo como una máquina, como un coche que si no tiene todas sus piezas en armonía y sus líquidos en equilibrio, no funciona... ¡y no me salgan con que la gasolina es el equivalente al espíritu humano! ¡Eso no lo creeré jamás! El sueño es hermano de la muerte. El ensueño, primo. Los sueños son directamente proporcionales a la inteligencia y cultura de las perso-

nas. No concibo que un idiota sueñe con átomos, neutrones y protones, ni con células y sus complejos componentes. Un idiota sueña idioteces... y nada más. Un genio en la música podrá soñar bellas composiciones; un pintor, excelentes pinturas; pero jamás brillantes cirugías o fantásticas arquitecturas. Cada quien sueña de acuerdo a sus conocimientos. Algo parecido sucede con la muerte. Nos la imaginamos de acuerdo con experiencias y estudios. Es absurdo que un analfabeta sueñe con Dante, a no ser que éste sea otro teporocho —pensativo—. Hermanos, he llegado al límite de la desesperación, amargura y depresión —hizo una larga pausa—. ¡Qué favor le debo al Sol por haberme calentado, si de chico fui a la escuela, si de grande fui soldado, si de casado cabrón y de muerto condenado! ¡Qué favor le debo al Sol! En estos versos don José Rubén Romero resume la existencia de los desheredados y todavía reduce su desprecio a la vida en una oración: ¡pobrecito del Diablo, qué lastima le tengo...! —tomó un trago de su copa— Yo, hermanos, deseo la muerte. Y pido con todas mis fuerzas, grito, si es necesario, que me dejen dormir para siempre. Quiero regresar de donde vine; a esa oscuridad en que viví antes de nacer y que ya la empiezo a extrañar; ahí quiero estar. ¿Saben por qué? Por una simple razón: si viví millones de millones de años en esa eternidad, antes de venir a este mundo, y no se me hizo mucho, ¡qué más da regresar! —pensativo— Antes de ceder la palabra a Federico Gambín quiero hacer resaltar la crueldad de Dios, o, como hubiera dicho Job, su infinito amor a mi persona. Tal vez sea incongruente mi frase, pero así la siento. Quienes traspasamos la barrera de setenta años y hemos hecho un estricto inventario de nuestra existencia vemos, con tristeza, que en la balanza de lo bueno y lo malo que nos ha pasado la aguja se inclina a lo malo; y esto es real: aquellos momentos felices que vivimos son pocos, no así los sinsabores y amarguras. Las horas que no dejaron huella en mi memoria las pasé enclaustrado en la matriz de mi madre; siguió mi lactancia, y desde ese momento hasta que me recibí, fueron los días felices, los años inolvidables,

las grandes sorpresas y satisfacciones; luego vino la cosecha, la zafra, y ahí empezó a declinar la balanza, porque me fue mal en mi matrimonio y he sufrido decepciones con mis hijos. Y no conforme con esa tragedia, me fulmina la diabetes. Empiezo una lucha terrible contra ella, trato de dominarla, dejo de ingerir refrescos y harinas, hago ejercicio, pero ella continúa su maldita destrucción, me priva del ochenta por ciento de la vista, me hace polvo los riñones, me retira de mi profesión y me envía a una prisión sin rejas, pero llena de oscuridad... ¡la soledad! Y así vivo, hermanos, solo, abandonado, y con la ilusión de morir pronto y no encontrar nada en el Más Allá: ¡quiero cerrar los ojos para siempre! Ésa es mi angustia, Erasmo, mi problema, que lo considero más grande que el tuyo, porque tú, en poco tiempo, estarás en el mundo que has labrado; y yo, descreído y abandonado, suplicando al Dios benévolo de ustedes que todo se acabe con mi muerte. Por lo menos, es mi deseo.

Guiado por su bastón, José caminó hasta su silla y se sentó. Erasmo, pálido y demacrado, transpirando por la frente, lo miró con profundo cariño y dijo:

—No es el momento de ponernos a discutir ni de votar para sacar conclusiones —tosió levemente—. Esos días ya pasaron. Pertenecen a la historia. Nuestra polémica acerca de la muerte y la posible existencia del Más Allá, jamás será aceptada por unanimidad, vaya, ni siquiera por mayoría. Cada quien tiene sus teorías, y deben respetarse. Sin embargo, hay algo que me sigue preocupando: los hijos. Debo admitir que no siempre están de acuerdo con nosotros, pero los problemas que han relatado tienen un común denominador: ¡la desunión de la pareja y el fantasma del divorcio! —sonrió y tomó un trago de su copa— Lo que me tiene desesperado y triste es la ingratitud humana, y más cuando ésta se refiere a los hijos, o a quienes consideramos nuestros amigos. Hace años un amigo me llevó a su hermano para que examinara su brazo, que había sufrido un traumatismo. Al explorarlo comprobé fractura múltiple del húmero que debía ser reducida

por un ortopedista —tomó aire y descanso un rato—. Lo llevé con un compañero que con extraordinaria destreza lo dejó casi perfecto. Yo me sentí orgulloso del resultado. Pero mi amigo, quizá aconsejado por algún abogado necesitado, ¡nos demandó por fraude!, una forma que utilizan los pillos para no pagar los honorarios. Yo, confundido por este proceder de gente malagradecida, traté de hablar con quien decía ser mi amigo, un tipo de apellido Olín, pero jamás me dio la cara. ¡Todavía yo no abrazaba la carrera de político para defenderme y obligar a pagar a esos truhanes! Tuve que perder el tiempo en los juzgados. Claro que la demanda no prosperó, pero nadie nos cubrió los honorarios de esa operación ni el tiempo que perdimos en los tribunales. Sin embargo, Dios, el Dios en el que yo creo, me dio la oportunidad de desquitarme —tosió repetidas veces y suspiró profundo. Pedro Luis le administró un poco de oxígeno—. Ya estando encumbrado en la cámara de Senadores, el pillo fue a visitarme, dijo que él no había tenido ninguna injerencia en aquel asunto, lo que me hizo recordar el aforismo de que quien se excusa se acusa; ahora me pedía de favor que lo ayudara a recuperar unos terrenos que "injustamente" le habían sido incautados. El licenciado Duarte, político bastante astuto, vio el asunto y me explicó que "mi amigo quería sorprender al gobierno y que la incautación era legal". No soy vengativo, hermanos, jamás lo había sido, pero siempre hay una primera vez; y justo, cuando el pillo fue a verme para que lo pusiera al tanto de su caso, le dije que sobre él pesaba una deuda en cierto hospital, el San Agustín, de México, y que debía pasar a cubrirla, puesto que le estaban haciendo un estudio de todas sus deudas. ¡Y fue a pagar! El señor contador, Heres Valencia, aleccionado por mí, le cobró los honorarios, con intereses moratorios y actualizados, de los médicos que intervinieron en aquella operación. Días después, el "amigo" fue a enseñarme los recibos de sus pagos. Luego, con una sonrisa de satisfacción me preguntó cómo iba su asunto. Fue entonces, hermanos, cuando mi corazón se inundó de orgullo y gozo al verter su venganza almacenada por

años en una tajante respuesta: "No hay ninguna esperanza, los terrenos, conforme a derecho, pertenecen al gobierno. El caso está totalmente perdido." Mi "amigo", con el rostro inyectado de ira, vociferó, y me dijo que había pagado demasiado por aquella operación y que era injusto que yo no le hubiera arreglado su asunto. Yo estaba feliz, y como un corolario a mi venganza, le dije con voz suave, como para que nadie nos oyera: "Vuélvenos a acusar por fraude." Y me retiré. Nunca más en la vida lo volví a ver —tosió fuerte—. Espero que esta pequeña historia les haya provocado la misma alegría que a mí; pero es una en un millón de injusticias e ingratitudes que ha tenido su castigo.

Erasmo quedó pensativo. Cerró los ojos. Se había agitado bastante, y mientras Pedro Luis le administraba oxígeno y lo inyectaba, Federico Gambín aprovechó el instante para levantarse de su asiento y tomar la palabra.

El cirujano plástico

—En la viña del Señor hay de todo: olvido, tristeza, ingratitud, prepotencia, amor, odio e indiferencia. Ésa es la verdadera salsa de la vida —miró a Erasmo—. Resumiendo las pláticas, veo que se han tocado temas muy interesantes. Sin embargo, debemos reconocer que no es lo mismo escuchar las amarguras de un hombre de setenta años que la voz experimentada de uno de cincuenta, o el desenfrenado optimismo del joven de veintisiete que ve molinos de viento donde sólo son de nixtamal. La vida hay que vivirla, eso no tiene discusión —sonrió pensativo—; pero lo que no se ha mencionado, ni por equivocación, es la prepotente actitud de los agentes judiciales cuando aprehenden a un colega acusado de haber cometido una falta en su cotidiana lucha de salvar la vida a los enfermos que se le encomiendan. Esto es lo lamentable, porque precisamente nuestra profesión está sembrada de multitud de trampas que debemos sortear para no caer en una de ellas. Al iniciar una intervención quirúrgica estamos más solos que cualquier otro profesionista. ¡Qué tristes y meditabundos nos

quedamos los cirujanos al ir abriendo poco a poco los tejidos hasta llegar al órgano que vamos a extirpar o a depurar! ¿Cuántas veces tocamos nervios, arterias, venas o tejidos vitales sin lesionarlos?, ¡infinidad!; pero no olvidemos que existen multitud de variaciones, a veces el apéndice no está en el lado derecho; hemos encontrado la vesícula en el lado izquierdo; el corazón en ocasiones ocupa el lado derecho del tórax. Hemos repetido hasta el cansancio que nosotros no somos dioses, sino simples humanos, y por lo mismo, propensos a errores; si Dios, siendo tan omnipotente —sonrió—, suele cometer pifias, ¡qué puede esperarse de nosotros! De esto se ha aprovechado gente que está atenta a cualquier titubeo nuestro para caernos como perros de presa. Hace años, cuando me encontraba de guardia en un sanatorio particular, llegaron dos pacientes que habían sufrido quemaduras de tercer grado al tocar un cable de alta tensión; venían muriéndose. Y al momento de prestarles los primeros auxilios, se abrió la puerta de la sala de curaciones y entró un pelotón de diez judiciales armados con metralletas y pistolas de alto poder; uno de ellos, el jefe, me dijo que estábamos detenidos por no haber dado parte a las autoridades del accidente. ¡Dios mío!, me dije, ¿cómo es posible que estos hombres funjan como autoridad? ¿En qué cerebro cabe que antes de darle oxígeno y atención a un moribundo tengamos que hablar por teléfono a la delegación para pedir permiso? —sonrió con sarcasmo— Fueron inútiles mis protestas: ¡me llevaron a la delegación como al peor de los delincuentes! Y lo que es todavía más triste, los enfermos se quedaron sin atención. Uno de ellos murió ese mismo día, el otro a la noche siguiente. ¡Claro que los "valientes" judiciales se cubrieron de gloria! Como complemento a esta pequeña anécdota, les diré que el dueño del edificio donde sucedió el accidente tuvo que pagar una buena dosis de monedas para que lo dejaran libre. ¡Así se guisa con estos fuertes ejemplares del orden! Y este suceso no es un guisante de a libra, sino una de tantas arbitrariedades que se cometen con nuestros colegas. ¡Cuántas veces han allanado institu-

ciones oficiales y privadas en busca de médicos que han cometido alguna falla imprudencial al intentar salvar una vida! ¡Infinidad! Y a todos los han tratado con la misma saña que se utiliza con los criminales más cotizados; no así con los narcotraficantes, a los que les tienen más consideraciones. ¿Por qué será?, es fácil explicarlo: la mayoría de estos sujetos tienen las bolsas llenas de dinero —suspiró profundo y tomó un largo trago de su copa de champán; luego, miró con ironía al grupo—. Así como mis antecesores han tenido amargas experiencias con clientes, yo me jacto de haber sido partícipe de una excepcional demostración de gratitud, tan grande, que la llevo prendida con letras de oro en mi corazón; en efecto, recién recibido, llegó al hospital una paciente embarazada que de entrada me dijo: "no tengo un solo centavo, doctor, pero ya es imposible llegar a donde no me cobren"; este gesto de sinceridad fue suficiente para echarme a cuestas la bronca de atenderla, a pesar de no ser dueño del nosocomio y sin importarme los problemas que podría acarrearme. Gracias a Dios, la administración del hospital no dijo nada, pero la parturienta sí, pues al salir pidió señas y detalles de mi persona y prometió regresar algún día a pagar. Yo, simplemente sonreí, pero me llamó la atención que mi cliente tuviera los ojos de diferente color, y de broma le dije que cuando regresara a pagar, que lo dudaba, el color de sus ojos sería la clave para reconocerla. Los años pasaron, y una tarde, cuando me encontraba en la cafetería del hospital, se acercó una señora, bien vestida, con gafas negras, que venía acompañada de un joven de veinte años, y me preguntó si la reconocía; obviamente le pedí disculpas, porque mi memoria era bastante mala y no la registraba. Ella sonrió con cierta malicia y me preguntó que si tampoco reconocía al joven que era su hijo. Mi contestación fue idéntica. No lo recordaba. Ella, que ya había tomado asiento, se quitó las gafas para dejar ver el color diferente de sus ojos; entonces me preguntó si ya me había olvidado de aquella mujer que con esos ojos un día acudió para ser atendida de parto y que al no tener dinero prometió regresar un día a pagar.

Que a eso venía, a cumplir con su palabra, y que el joven acompañante era precisamente a quien yo había traído al mundo. Hasta entonces la recordé, pero no pude reprimir una carcajada cuando sacó su chequera y me preguntó cuánto debía. Yo, sin dejar de reír, respondí que esa cuenta ya había sido saldada por el simple hecho de haber regresado. Ella también sonrió, pero sacó su pluma, llenó el cheque, me lo extendió y dijo: "¡Sabía que se negaría a cobrar! Este dinero deberá ocuparlo para cubrir la cuenta de enfermos pobres." No esperó respuesta, me apretó fuertemente la mano, y se fue. Yo quedé pensativo, pero admirado de haber conocido a una mujer que jamás olvidó el favor que le hicimos y regresó a saldarlo —sonrió—. Claro que este acto fue un verdadero antídoto a las anécdotas que se han planteado acerca de la ingratitud, defecto que, desgraciadamente, es una debilidad humana difícil de erradicar —volvió a sonreír—. Me da gusto hablar frente a ustedes. El compartir esta reunión sin la sombra de mi inolvidable maestro me obliga a redoblar esfuerzos para relatar casos en que la muerte o la ingratitud sean las cartas importantes —tosió—. Mi especialidad se presta a demandas legales, pues la cirugía plástica tiene características especiales que deben ser analizadas con cuidado; de lo contrario, las acusaciones estarían presentes todos los días. Es cómico ver a señoras sesentonas querer hacerse la ritidectomía (estiramiento dérmico de la cara para borrar arrugas) y así aparentar treinta o cuarenta años; pero más cómico es tratar viudas, que parecen ballenas, buscando con afán quitarse la grasa que por tragonas han acumulado en el vientre y tontamente sueñan con transformarse en modelos de televisión para poder casarse con ese cazafortunas que las pretende. Pero la comicidad aumenta cuando nos reclaman por no haber quedado como la mujer perfecta. Este pequeño preámbulo es necesario para comprender lo que sucedió cuando un homosexual fue para que le pusiera mamas postizas. Al principio pensé que se trataba de alguna broma del doctor Gregorio Turcio, pero cuando Gabriel, nombre de pila del maricón, me llevó las prótesis que de-

seaba ponerse, comprendí que no era ninguna vacilada, sino una realidad. Nunca he tenido aversión por este tipo de gente que por no ser comprendida sueIe ser víctima de la sociedad en la que vive —hizo una corta pausa—. Al darme cuenta de que mi cliente sí deseaba la operación, le pregunté por qué lo hacía, y él, con plena sinceridad, respondió que sólo así lograría atraer más hombres a su desolada existencia —suspiró y sonrió con ironía—. Somos médicos, sabemos que estos individuos no pueden ni podrán cambiar el curso de su vida, que son y seguirán siendo desviados, por lo que se les debe comprender y, hasta cierto punto, ayudar. ¿Es delito tatuarse? ¿Se puede demandar de fraude a una mujer porque se hizo ritidectomía, se puso prótesis mamaria, se tiñó el cabello o se colocó barba postiza? ¿Se puede demandar a un hombre porque usa bisoñé o se implantó cabello en la zona reservada a su incipiente calvicie? ¡Que yo sepa, no! ¡Todos pueden hacer de su cuerpo lo que más les convenga! Recuerden el caso de aquella persona que llegó al consultorio de mi maestro y a todos nos cautivó por su belleza y finalmente resultó ser hombre ávido de transformarse en mujer. Por eso llegué a la conclusión de que no es fraude poner prótesis a un homosexual y que este tipo de cirugía más bien se inclina a una realidad y no a una mentira; porque el homosexual tiene cuerpo de hombre y alma de mujer. Es una aberración de la naturaleza, un error, diría yo. Y quienes somos católicos no tenemos ningún derecho a reclamar los designios de Dios. Por otra parte, he buscado en los calendarios santos homosexuales, y no los he encontrado, por más que los detractores religiosos afirmen que sí existen, debido a que vivieron en el celibato. Prefiero pensar que los santos fueron mentirosos y sí ejercieron sus funciones de hombres, y no lo contrario. No me gusta inmiscuirme en estos temas, simplemente menciono que lo pienso y nada más. Con estos conceptos y sin remordimientos, operé al homosexual con resultados positivos: sus senos le quedaron estupendos, a tal grado, que el tipo me pagó más de lo acordado —sonrió—. Tres años después llegaron a mi consul-

torio cinco hermosas damas para que les hiciera pequeños retoques a sus senos; me sorprendí al descubrir en el grupo a Gabriel; en efecto, mi cliente se había colado a ese quinteto de bailarinas que hoy en día es famoso en el mundo de la farándula. Cuando hablé con él, me confesó que nadie se había dado cuenta de su sexo, y que venía a operarse para que definitivamente lo transformara en mujer. Este problema me hizo recordar otra vez el caso del hermafrodita que convirtió en mujer el doctor Lagos. No lo medité mucho y decidí ¡operarlo! Fue un éxito. Gabriel quedó transformado en Gabriela. El hombre anormal se ¡mudó! en mujer. Después, no supe lo que pasó, no la volví a ver; sin embargo, hay una bella mujer en el mundo del vodevil que tiene un extraordinario parecido a él, o a ella, como ustedes quieran, pero no lo podría afirmar, ni mucho menos negar —tomó un vaso de vino, hizo un brindis con sus colegas y bebió—; y si este caso fue hermoso, desde mi punto de vista quirúrgico, más lo será, por lo dramático, el que a continuación relataré y que ha sido mi orgullo, por haberlo solucionado con lógica elemental que me hizo sentir el ayudante predilecto de Dios: todo empezó en un partido de fútbol femenil; era yo todavía estudiante de medicina, jugaban las "Canarias" contra las "Golondrinas", y María del Carmen, portera de estas últimas, resultó lesionada del tobillo y tuve que atenderla; ahí me confesó su inevitable inclinación hacia las mujeres, lo que para mí, en ese entonces, era sobrenatural. Los años pasaron, me recibí de médico, hice mi especialidad y a los pocos días, María del Carmen fue al consultorio. Me dijo que había cometido el error de casarse y tener una nena; sin embargo, me reveló su aversión hacia su marido y el asco que le provocaba; asimismo, me confesó su enorme deseo de convertirse en ¡hombre!; porque le gustaban las mujeres; en síntesis, me pidió ayuda. Reí, como me pasa al escuchar algo insólito, pero mi risa se volvió sorpresa cuando me dijo que deseaba operarse de los senos porque le estorbaban; ¡que se los quitara!; que odiaba ser mujer y no estaba dispuesta a amargarse de por vida, que por favor la entendiera,

que Dios le había jugado una broma muy pesada y ya estaba cansada de ser su burla. Después de consultarlo con mi almohada y estudiarlo en los libros, accedí: comprendí que ella quería ser Carmelo y dejar de ser lo que, por un error genético, nunca debió ser: mujer. Con estos argumentos, ¡la operé!; y María del Carmen perdió sus senos para dejar lucir un tórax de hombre. "¡A una le quité los senos y a otro se los puse!", me dije sin ocultar una sonrisa de satisfacción. Pasaron dos lustros, cuando una tarde entró a mi consultorio un hombre de treinta y dos años, barba abundante y bigote bien cortado, que me abrazó amablemente y preguntó si lo reconocía: ¡era María del Carmen!, quien se había sometido a dosis masivas de hormonas y que ¡hablaba como hombre! Este encuentro, sinceramente, me conmovió, me hizo sentir cómplice de una transformación extraordinaria, algo así como un reto a la naturaleza. El hombre aquel venía a pedir que lo operara del vientre, ¡no quería matriz, ni ovarios, ni trompas ni nada que le recordara su estigma de ser mujer! Yo, como lo he dicho y repito, respeto a la naturaleza siempre y cuando no esté equivocada, y como en este caso lo estaba, le hablé al doctor Buenrostro, ginecólogo, y la operamos... ¡todo resultó de maravilla!: la inquieta María del Carmen, aquella chiquilla que desde señorita sentía aversión por los hombres, y que a pesar de eso, para eludir el qué dirán, se casó y hasta tuvo un hijo, se rebeló contra el mundo y adquirió, gracias a la cirugía y a la testosterona, su nueva personalidad de Mario Carmelo, un caballero que en lugar de pene tiene vagina —sonrió con malicia y tomó de su copa de champán—; ahora espera que le haga desaparecer el único vestigio que le queda de mujer y le fabrique un pene, no tanto para usarlo en el sexo, sino para orinar como hombre, pues ya se cansó de entrar a los sanitarios y sentarse para hacerlo: ¡quiere hacerlo de pie, como Pancho Villa! —volvió a sonreír satisfecho— Sólo falta agregar que su hija es una hermosa joven, ya casada, que a pesar de los pesares le sigue diciendo mamá a Carmelo —tomó su vaso de champán, lo llenó y lo apuró en su totalidad—. Espero que este relato les haya entre-

tenido lo suficiente como para esbozar una sonrisa; sin embargo, hay otro en que la gratitud e ingratitud tienen un extraordinario enfrentamiento —suspiró—: esto ocurrió cerca de la capital hidalguense. Yo fui testigo, nadie me lo contó. Cuando Cipriano, jefe de una familia compuesta por su esposa Anastasia y seis hijos, llevó a vivir con ellos a Severo, huérfano de tres años, todos protestaron pensando que se trataba del producto de una de sus aventuras amorosas —sonrió mordaz—. Al principio, a pesar de saberse la verdad, Anastasia lo trató mal y los niños lo ignoraron; pero conforme Severo creció y se enteró de su procedencia, todo cambió, ya que con inteligencia supo ganarse el cariño y afecto de sus benefactores, no así el de sus hermanos postizos. Los años pasaron, el "recogido", como le llamaban, se volvió adulto y, para rematar, médico, mientras el resto de la prole, que tuvo las mismas oportunidades para estudiar, no hizo carrera, sino oficio. El tiempo continuó su camino y preparó el triste panorama que suele dar la vida: Cipriano enfermó gravemente y no encontró más que el abandono y la apatía de sus hijos, tanto en su agonía como en su muerte; solamente Anastasia y Severo, el adoptivo, permanecieron junto a él —hizo una larga pausa—; en su entierro, minutos antes de bajarlo a la fosa, Severo abrió la tapa del féretro y le dio un beso en la frente —suspiró profundo—. Los años siguientes fueron un suplicio para Anastasia: su diabetes e hipertensión, y la amargura de saber que sus hijos la habían abandonado, la tenían al borde del sepulcro; gracias a Severo, su hijo adoptivo, que se la llevó a vivir con él y la atendió como reina, pudo sobrevivir unos años más. Ella, como toda madre, constantemente preguntaba por sus hijos, y él, como todo caballero, la tranquilizaba diciéndole que pronto vendrían a verla; poco tiempo después se agravó y, a pesar de los esfuerzos de Severo por salvarle la vida, murió en el hospital sin más compañía que la de él, el adoptivo, porque los genuinos siempre pusieron mil pretextos para no visitarla —tosió leve y prosiguió—. El sainete que se armó después fue fabuloso, porque Cipriano, hombre inteligente

y de criterio amplio, al sentir cerca la muerte, nombró heredera universal a su mujer; ésta, analizando las circunstancias que la rodearon y el poco apego de sus hijos, testó en favor de Severo: ¡y vino el consabido pleito de abogados y la batalla campal de los hijos! Todos se lanzaron contra el adoptivo al que llamaron advenedizo, rastrero, interesado y acomodaticio; en los juzgados lo atiborraron de lodo, pero los papeles en que Cipriano y Anastasia lo reconocían como hijo pesaron mucho: el testamento no fue alterado; los jueces se concretaron a respetarlo y la inconformidad de los verdaderos hijos no prosperó. Severo conservó su calidad de heredero universal —calló unos segundos—; sin embargo, el "recogido" todavía no daba el golpe definitivo; lo asestó cuando públicamente donó todas sus propiedades a un orfanatorio. Ése fue el epílogo de la hermosa y demostrativa historia donde la ingratitud y la gratitud se disputaron un fin: ¡el orfanatorio! Hace poco, al visitar el panteón civil, encontré una tumba con el siguiente epitafio: "A Cipriano y Anastasia, mis adorados padres que me heredaron lo mejor de mi vida: ¡la profesión médica! Severo." Con esto, queridos maestros, demuestro que en la vida no hay reglas ni códigos, todo es diferente, y las cosas, como dicen los poetas, son según el cristal con que se observan —suspiró nostálgico—. Quiero hacer hincapié en un punto interesante: ¡la prepotencia de los adorados hijos! Yo provengo de familia pobre, inculta, pero honrada. Mi niñez fue triste, mi adolescencia tuvo grandes limitaciones y mis estudios profesionales me costaron casi un ojo de la cara. En aquel entonces mis recursos eran escasos y mi pobreza tan notoria que muchas veces, por no tener con qué pagar el pasaje del camión, caminé varios kilómetros para asistir a los hospitales. Fue así como me recibí; y todavía alargué mi penuria en los primeros años de casado, hasta que, finalmente, mi fortuna cambió, pues la profesión empezó a redituarme para comprar casa, coche y vivir con cierta holgura. Ése fue el panorama que encontraron mis dos hijos cuando nacieron —suspiró—. Los años pasaron, se hicieron hombres, y también prepotentes.

El hecho de tener coche para asistir a buenos colegios, dinero para lo elemental, vacaciones a cada rato y la influencia que dan estos factores, inexplicablemente los transforman. ¡Qué triste! Yo, que fui humilde entre los pobres, prudente con los ricos y altivo en los fracasos, tengo que soportar el rigor estúpido de la soberbia de mis hijos. Ellos creen merecer todo; ven a los pobres con un aire de superioridad que me encabrona; y piensan que quienes los rodean están obligados a obedecer y servirles. ¡Por eso tienen con qué comprarlos!, dicen con aires de imbéciles, olvidando que el dinero no es de ellos, sino de sus padres —suspiró—. ¡Qué hubiera dado yo por tener la milésima parte de lo que ellos tienen! Y no conformes, nos miran con ojos de perdonavidas; creen tener la razón, y hasta se dan el lujo de ¡aconsejarnos! ¡Pobres pendejos!, me digo a veces, ¡no tienen idea de lo que es la humildad ni las jodas por las que pasamos para ganar el dinero que tenemos y que ellos, con desplantes estúpidos, lo dilapidan. Y nosotros, padres al fin, nos hacemos tontos con tal de no entrar en discusiones —tomó un trago de su copa—. Maestros, hermanos, quiero patentizar la enorme satisfacción que ha sido para mí pertenecer al grupo que hoy, al concluir la reunión, se disolverá para siempre. Asimismo, prometo solemnemente formar mi propia cofradía para continuar la misión que nos hemos encomendado: ¡hablar de los fracasos médicos! Claro que me va a costar trabajo, pero lo conseguiré, porque con ustedes aprendí que la constancia produce resultados positivos. Antes de retirarme, y aprovechando que por fin estoy hablando de mis propias experiencias, voy a relatar uno de los errores quirúrgicos que más me han impactado en mi peregrinar por las salas de operaciones. Sucedió en algún hospital del mundo, en la sala de cirugía pediátrica. Esa mañana se habían programado dos operaciones: amputación de pierna derecha por osteosarcoma, a un niño de ocho años, y extracción dentaria a otro, de igual edad. Ambas cirugías se harían a la misma hora, pero en diferentes quirófanos. Ninguna de esas intervenciones me interesaba, por no ser de mi especiali-

dad; pero como esa mañana estaba de asueto y tenía que esperar al doctor Cifuentes, para irnos de vacaciones al puerto de Veracruz, decidí matar el tiempo y entré, contra toda mi voluntad, a la amputación de la pierna. ¡Qué drama tan intenso se vive cuando se tiene que quitar una parte tan importante de la extremidad inferior como es la pierna! ¡Y más triste si se trata de un niño! Los cirujanos me explicaron que el osteosarcoma que se detecta en el pie exige una cirugía radical más cruenta: quitar toda la pierna para evitar metástasis si es que todavía no las hay. Lo vi todo, hermanos: ¡hasta la pieza operatoria que lucía tétrica en la charola de acero inoxidable! Y el momento se hizo más espantoso porque al niño que le estaban extrayendo los dientes gritaba como un demonio; la anestesia no había prendido como era lo usual. Ya me disponía a salir, cuando vi que la jefa del quirófano miraba como enajenada tanto al niño como a su pierna amputada y después se ponía a gritar como loca furiosa, provocando que todos voltearan a verla. La enfermera se desplomó y cayó al suelo. Corrí a socorrerla y le hice aspirar alcohol; cuando volvió en sí exclamó: "¡Dios mío, han cometido una espantosa confusión: cambiaron a los enfermos! A este niño debió extraérsele los dientes, ¡no amputarle la pierna!", y volvió a desmayarse. El silencio que siguió a esta confesión fue imponente, tanto así, que todavía lo llevo grabado en mis oídos —hizo un gesto de angustia—. Y nadie me pregunte qué pasó después, porque tan pronto terminó de recuperarse la enfermera, abandoné la sala y me negué terminantemente a conocer el epílogo de esta espantosa tragedia —tomó su copa de champán y miró a Erasmo—; sin embargo, sería yo un malvado si los dejara con este nefasto olor a pólvora y no les relatara un hecho que a mí, en lo particular, me pareció de lo más chusco. Sucede que una mañana me llamó mi compadre Ángel, un médico que vive y ejerce su profesión en Actopan, para comunicarme que en un accidente automovilístico había perdido la vida su prima Deyanira; cuando llegué al velorio me sorprendió que el féretro estuviera sellado; Ángel me explicó que así lo había

enviado la agencia funeraria y no podía abrirse porque el cadáver venía en alto grado de descomposición. Ningún incidente hubiera pasado en el sepelio si Samuel, hijo de la difunta, no se hubiese empecinado en ver a su madre por última vez. De nada sirvieron súplicas y explicaciones de los dolientes para que desistiera de tan tétrica y aparentemente ilógica idea; pero Samuel, al que ya se le habían pasado las copas, no escuchó razones y a martillazos rompió los sellos y abrió la caja; el grito que dejó escapar cuando vio el cadáver de su supuesta madre fue dramático y conmovedor: "¡Ésta no es mi madre, sino un pinche agente de la funeraria!" Esta exclamación hizo que los dolientes, tapándose boca y nariz, se acercaran al féretro y comprobaran que efectivamente el cadáver era de un hombre, todo vestido de negro, y no el de la madre, a la que tantos rosarios y misas le habían hecho. Sergio, otro de los hijos, tapó el féretro, lo volvió a sellar y se comunicó a la agencia encargada de las inhumaciones para reportar la anomalía y rescatar el cadáver de su madre. Lo que siguió fue de película: para empezar, no sabían si enterrar al muerto, regresarlo a la agencia o abandonarlo; yo, que para nada había intervenido, propuse llevarlo a la agencia y recuperar el de ellos, que con toda seguridad ya debía encontrarse allá. Me hicieron caso, tomamos el féretro, lo metimos en la carroza y nos dirigimos a la agencia de inhumaciones, que se encontraba a quince kilómetros del pueblo; antes de llegar, tal vez a la mitad del camino, nos dimos cuenta de que otra carroza, de la misma agencia, se acercaba, por lo que supusimos que ahí venía nuestro cadáver. A la mitad de la carretera nos estacionamos para el cambio de féretros. Grande fue mi sorpresa al ver a la carroza con ¡cinco catafalcos! Y más grande, cuando Sergio se propuso examinar cada uno de ellos. Samuel, que ya se encontraba más ebrio, se acercaba sollozando a ellos, botella en mano, y gritaba desesperado: "¡mamá, mamá!", el muy idiota esperaba, tal vez, que uno de ellos contestara: "Aquí estoy, hijito, no te preocupes" —todos rieron—; después que Sergio destapó cada ataúd y no encontró a su madre, el pro-

blema se complicó. El conductor nos informó que habían muerto en el accidente ¡once personas!, pero por errores administrativos y porque los féretros eran iguales se habían confundido; también nos dijo que los cadáveres que conducía no habían sido identificados y por eso los llevaba a un depósito de los servicios forenses. Nos indicó que a cincuenta kilómetros de ahí se encontraban cinco féretros pertenecientes a una sola familia y que el entierro iba a ser a las cinco de la tarde. Yo recomendé apresurarnos y llevar consigo el cadáver que habíamos velado. Nadie se opuso, quizá ya se habían encariñado con él, y deseaban sepultarlo lo más pronto posible. Con esta idea, nos dirigimos al panteón del pueblo y llegamos exactamente a las cinco de la tarde. Las cinco cajas mortuorias estaban colocadas en siniestra fila, cada una de ellas al borde de su fosa —sonrió—. Cuando llegué y hablé con el agente de la funeraria, hombre no solamente tonto, sino idiota, se negó a cooperar, aduciendo el estado avanzado de putrefacción de los cadáveres. Furioso por su actitud, hablé con un familiar de los difuntos y le dije que en el ataúd que llevábamos había un hombre vestido de negro que no correspondía al cadáver que buscábamos. El señor, al escuchar la descripción que di de nuestro difunto, rápidamente identificó a su padre y se fue conmigo a corroborarlo: ¡sí era! La noticia se difundió entre los dolientes, y a pesar de la oposición del agente, que pretendía darnos otro féretro sin que lo abriéramos, procedimos a destapar una por una las cajas para identificar plenamente a sus ocupantes. Fue hasta la cuarta cuando descubrimos la difunta que buscábamos. Samuel, feliz por el hallazgo, pero más tomado que antes, la abrazó, a pesar de la tremenda pestilencia que despedía, y la besó. El cambio de féretros fue rápido, no así la alegata que se suscitó entre sus familiares para ver si se velaba o la sepultaban. Intervine nuevamente, y les aconsejé que con una misa de cuerpo presente bastaba para dejarla descansar en paz. Todos quedaron conformes. Y así se hizo —sonrió satisfecho—. Me da gusto que con esta anécdota haya regresado la sonrisa a sus labios. Eso es todo

lo que tenía ganas de decir y que lo había callado porque me estaba vedado hablar de mis propias experiencias. Gracias por haberme escuchado y perdón por todo el tiempo que los entretuve para ponerme al corriente con ustedes, ya que platiqué un error, una anécdota y algunos triunfos.

Federico Gambín, con una amplia sonrisa de satisfacción, se volvió a sentar.

—Me da gusto —dijo Erasmo con visible mueca de dolor— que la segunda generación de Apóstoles haya sacado las uñas. Ahora me doy cuenta de lo injustos que fuimos con ustedes, mis queridos suplentes, por no haberles dado cartas de propiedad desde un principio; sin embargo, nunca es tarde para remediar los errores. Y ahora, al sesionar por última vez, esta jornada médica registrará en sus anales el reconocimiento absoluto a su labor —calló víctima de otro acceso fuerte de tos que tardó un poco más que los anteriores; tan pronto cedió, continuó hablando con voz cada vez más suave—. Hay que seguir. Me siento cansado, pero quiero terminar de escuchar la voz de cada uno de ustedes.

En el mismo instante en que Erasmo enmudeció, el doctor Juan Sortrés, llevando en una pierna su bolsa recolectora de orina, se levantó y alzó la mano ligeramente para saludar al grupo.

El gastroenterólogo

—Heme aquí, hermanos —enseñó con ironía su bolsa recolectora de orina—, después de la sórdida batalla para sobrevivir en este mundo de justicias y arbitrariedades, como ustedes atinadamente se han encargado en llamar. No me quejo, porque sigo vivo; pero si Dios, ya sea el de ustedes o el mío, se sentara a dialogar conmigo, le señalaría con dedo acusador, sin contemplación ni hipocresía, los funestos desequilibrios existentes en la faz de la Tierra y en los que seguramente, como ya otros de mis colegas han señalado, se equivocó.

Desde chico me enseñaron a respetar las religiones. Mi padre me dio libertad para que escogiera la que más se asemejara a mi manera de pensar, y me gustó la católica. Tiene oraciones bonitas y filosóficas, sobre todo el Padre Nuestro, que es de belleza y profundidad extraordinarias. ¿Y qué me dicen de esas plegarias que se rezan cuando velan a un difunto y son cánticos donde se alternan las voces de los deudos?; ahora mismo me parece escuchar: "¡Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo,

bendita eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre Jesús!”

Y luego el contracanto responde: “Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte, amén” —sonrió con alegría—. Así me eduqué, entre cánticos y oraciones católicas; mi madre me llevaba al templo, y mi padre, cada vez que salíamos a un pueblo o a una ciudad, lo primero que hacía era visitar una iglesia. Tanto leí acerca de Dios, de apóstoles, de vírgenes, de santos y de quienes combatieron a los cristianos, que me familiaricé con ellos a tal grado que un día tuve la osadía de ir al templo para hablar con Dios... ¡lo hice!; pero no escuché contestación... ¡se quedó mudo!, ¡tal vez no me oyó!; sin embargo, no me he desanimado, al contrario, lo he tomado como incentivo para continuar en mi empeño de hablar con Él; aunque los religiosos me tilden de loco y piensen que nunca lo lograré —sonrió—. Soy necio, demasiado necio, hermanos, ustedes me conocen, y sé que un día estaré frente a Él —volvió a reír—. Mi vida como profesionista ha estado salpicada de buenas, regulares y malas intervenciones. Quizá, cuando estuve de director médico en la penitenciaría, viví mis peores derrotas, tantas, que muchas ocasiones tuve deseos de no volver a ejercer el postulado. Un médico, lo hemos repetido hasta el cansancio, siempre está solo en su lucha contra la muerte; no importa que a veces nos reunamos varios para operar a una persona. Hace años, allá en el presidio, uno de los asesinos más feroces que jamás haya conocido, un parricida, un tipo que mató a su madre y le extrajo el corazón, llegó a consulta con un aterrador cuadro de peritonitis; obviamente los quirófanos de esos sitios carecen de instrumental adecuado, son insalubres y su personal deja mucho que desear: ése era el panorama que me esperaba —tosió levemente—. El internista y el residente, al examinar al energúmeno, coincidieron en el diagnóstico: ¡peritonitis! Cuando nuevamente lo exploré en la plancha de cirugía, el asesino me miró tan fieramente que sentí un extraño escalofrío, sobre todo al escuchar su

cavernosa voz, enronquecida por la cantidad desmedida de cigarros que consumía, que me decía casi al oído: "Si usted me mata doctor, se lo agradeceré desde el Más Allá." Sonreí, pero no le contesté; sencillamente no tenía qué decirle. El anestesiólogo procedió a dormirlo y nosotros a escarbar ese vientre que tenía gangrenado medio metro de intestino delgado, amén del apéndice perforado; ganas de cerrar no me faltaron —sonrió—; mis ayudantes me miraron angustiados, pero yo, que me jactaba de tener sangre fría, no hice comentarios y empecé mi calvario. ¡Cinco horas tardó la cirugía!, ¡cinco horas de suplicio, carencias e improvisaciones! Pero en mi conciencia y en las de quienes me ayudaron quedó la tranquilidad de haber trabajado lo mejor que se pudo. Al terminar esta extenuante cirugía, mi ayudante y el instrumentista me acompañaron a cenar, mientras el anestesiólogo y las enfermeras de sala se quedaban a vigilar al operado. No bien llegamos al comedor del presidio, cuando un telefonazo del quirófano nos obligó a regresar de inmediato. Grande fue nuestro desencanto al ver sobre la plancha al sanguinario asesino con los ojos desorbitados y morado. ¡Estaba muerto! No lo podía creer, lo habíamos dejado con presión de cien máxima y setenta mínima. ¡Esto era inaudito!; aparentemente había tenido un broncoespasmo del que no pudo sacarlo el anestesiólogo; ése era el reporte. El director del penal, bastante afligido por el suceso, y quizá por las repercusiones políticas que pudiera traer consigo, abrió una investigación para deslindar responsabilidades y encontró culpable al anestesiólogo y a la jefa de sala; aquél, por desintubarlo antes de tiempo, y ésta, por no haberlo vigilado debidamente. El caso fue muy comentado. Los familiares del criminal clamaban justicia, ¡y la hubo! Los culpables fueron juzgados y sentenciados —tomó un sorbo de su copa de champán—. Años después supe algo que me dejó pasmado: el anestesiólogo era hijo de una de las víctimas del criminal; sin embargo, este hecho nada tuvo que ver en el accidente operatorio, que se siguió considerando como imprudencial —suspiró profundo, miró su bolsa

recolectora de orina, la tomó entre sus manos y la mostró a sus compañeros—. ¡Éste es el trofeo que me concedió Dios por haber salvado la vida a muchos enfermos! ¡Por eso estoy en deuda con Él! ¡Por eso afirmo, como dije al principio, que se equivocó con nosotros, los hombres! ¡Por eso quiero hablar con Él! ¿Para qué y por qué? Se preguntarán confundidos, pero cuando escuchen mi confesión, mi teoría, seguramente comulgarán conmigo y se unirán para apoyar mi protesta; soñando, como me ha pasado, que tal vez un día se nos haga justicia y enmiende su garrafal error. Esta metida de pata se inició en el mismo instante en que Dios se paseaba en el paraíso meditando, con esa superinteligencia que dicen que tiene, y que aquí no la demostró, la conformación que nos iba a dar para que pobláramos el universo. Fue ahí donde nos fulminó al no repartir equitativamente los aparatos genitales y de reproducción, pues el que nos tocó no solamente es el peor, sino también de más baja calidad, dándole a la mujer el mejor y con sello de garantía más amplio. Tal vez todavía no capten el mensaje en toda su siniestra magnitud, por lo que profundizaré mi ponencia: nuestro aparato genital es, a mi juicio, moderado y útil en el renglón correspondiente a la eliminación del líquido renal; pero débil, frágil y fugaz, en cuanto a funcionamiento sexual se refiere —sonrió majestuoso—. Esto es fácil de entender, si tomamos como base que a los cincuenta años, si no es que antes, empieza a tener tremendas fallas, que van desde la leve hasta la absoluta impotencia, mientras que las del sexo opuesto parecen ser cada vez más potentes. ¿Cuántas veces hemos fracasado a la hora de la verdad? ¿Cuántas otras nos pone en entredicho? ¡Infinidad! ¿Y qué pasa con el sexo opuesto? ¡Nada!; si tiene ganas de hacer el amor, lo hace; si no tiene, no importa, también lo hace. ¡Cosa de la cual nosotros no podemos ufanarnos, porque si no hay erección: ¡fracaso rotundo! —suspiró—. Dios se equivocó, insisto, nos hizo débiles y además con virilidad más corta. Por eso quiero hablar en voz alta de Él, para reprochar su proceder —abatido y pensativo—. Debió haberlo fabricado fuerte, pode-

roso y con más durabilidad, o, en su defecto, si llegara a la extrema impotencia, que se secara, cayera ¡y retoñara las veces que fuera necesario! —todos festejaron con una sonora carcajada la tesis—. Sólo así podríamos disminuir el índice de divorcios por falta de sexo en los matrimonios —sonrió malicioso—. Hermanos, yo también, como ustedes, espero la muerte. Viví en carne propia toda la sintomatología de una hipertrofia prostática. Mi libido empezó a disminuir desde la edad de cincuenta años; mis espermatozoides casi desaparecieron, y mi mal llegó a tal grado... ¡que creí empezar a morir! Y era la verdad. Fue entonces cuando decidí operarme. Hace unos días me intervinieron. ¡Salí bien! Estoy en deuda con el Señor. "¡Bendito sea Dios, que saliste bien!", exclamaron mis hijos llenos de felicidad; "¡Bendita sea la virgen de Guadalupe! ", dijo mi mujer; mientras yo, en la infinita soledad de mi conciencia, al contemplar mi pajarito tan marchito, me consolaba diciéndole, "por lo menos todavía me sirves para orinar". Hermanos, los estragos de los años son irreversibles; todavía no se descubre el agua de la juventud, ni nada parecido, por más que pregonen que la bendita o la de Tlacote sean milagrosas. ¡Mentira! No sirven. Yo ya las probé y sigo igual de jodido. Todos vamos directos a la tumba. Pero como dice la canción, lo importante no es llegar, sino saber llegar. ¿Qué nos queda a quienes hemos transitado más de setenta años? ¡Escribir nuestras memorias! ¡Señalar errores!, viajar, conocer nuestra patria y aquellos sitios que siempre nos han llamado la atención. No tenemos alternativa, hay que ¡terminar de vivir! —sonrió complaciente y miró a Erasmo—. No estás solo en tu tristeza, hermano, lo has escuchado infinidad de veces, estamos contigo. Te felicito. Nadie, con la mano del verdugo dispuesta a dar el golpe final, hubiera tenido las agallas de reunirnos para hablar por última vez de las enfermedades que están minando nuestra existencia. Esto que has hecho, al igual que las jornadas pasadas, es increíble. Sabemos que siempre has sido bohemio, soñador consuetudinario y un auténtico Quijote de la amistad. Cuando nos reuniste para

que dijéramos nuestros errores te calificamos de loco; luego, en el velorio de Luis Dondé, donde bajamos el ataúd al centro de la capilla y pusimos sillas a su alrededor, para hacer una jornada médica, te proyectaste tal cual eres: ¡loco de remate!; pero lo más extraño es que todos te hemos seguido la corriente; y ahora, al borde del sepulcro, nos obligas a gritar los secretos que estábamos a punto de llevarnos a la tumba. No me queda más que aceptar el reto de reunirnos dentro de cien años en algún lugar del Más Allá. Espero que para ese entonces ninguno de nosotros llegue cansado ni arrastrando bastones o bolsas recolectoras de orina. Yo, de antemano, les advierto que no seré quien beba la botella de champán con alguno de ustedes. ¡Estoy demasiado cansado y deteriorado!; además, como ustedes ven —dio un largo trago a su champán—, no me gusta el champán.

El doctor Juan Sortrés, con una sonrisa de tristeza, pero aire majestuoso, regresó a su asiento. Erasmo, sorprendido por la plática, pero más cansado, lo aplaudió con vehemencia.

—Me gustaron tus conceptos —respondió el ex senador con voz pausada y casi afónica—. Hablaste con justeza y señalaste con increíble veracidad la debilidad varonil que pocos suelen tocar por razones obvias —interrumpió unos segundos—. Tienes razón al decir que los llamados sexos fuertes no somos en el amor más que mansas palomas al lado de aquellas a las que por conveniencia les endilgamos el mote de sexo débil —tosió con violencia y se le llenaron los ojos de lágrimas por el esfuerzo—. Estoy de acuerdo al cien por ciento contigo en todo lo que acabas de exponer. Y hasta podría agregar algo que causará polémicas: ¡el sexo fuerte es la mujer!, ¡el seso fuerte es el hombre!; sin embargo, para equilibrar esas desventajas y sin menospreciar a nuestras medias naranjas, afirmo que hay dos formas de pensar: con la lógica, y como mujer —volvió a toser—; aunque, debo admitir, poco a poco nos han ido desplazando de los terrenos que tradicionalmente estaban destinados a nosotros, como ciencia, deporte y asaltos a mano armada —Pedro Luis le administró oxígeno un

largo rato—. Debemos aceptar que actualmente la mujer ya no se prepara, como solía hacerlo antes, para casarse, sino para divorciarse. Ya dejó de ser la paloma inocente y cándida que se sonrojaba cuando la veíamos; ahora somos nosotros los ingenuos que nos sonrojamos cuando ellas nos ven; tanto ha cambiado el mundo que a veces me pregunto preocupado: ¿llegará el día que la mujer use pantalones y nosotros faldas?, ¡y más me espanto cuando en mi infinita soledad me contesto: ¡sí! —tomó su copa de champán y brindó con el grupo—; respecto al nuevo juramento de volvernos a reunir dentro de cien años en algún lugar del universo, me parece maravilloso. No dudo que ahí estaremos —tosió repetidas veces con bastante fuerza—. Mis creencias van más allá de las normales. ¿Saben por qué? ¡Porque me gustaría que en esa reunión nuestro invitado de honor fuera Dios! Vamos a ver si es tan valiente como para confesarnos cuáles han sido sus errores en la dura tarea de la creación. Ojalá que en esa dimensión podamos discutir amigablemente el tema que señala Juan Sortrés como uno de los errores del Creador. ¡Tal vez enmiende su pifia!

Erasmo tuvo nuevamente un fuerte acceso de tos. Pedro Luis, preocupado, se acercó a él y le proporcionó una tableta que de inmediato se tragó. Adán Calzada se levantó de su silla para auxiliarlo momentáneamente, hasta que por fin desapareció el broncoespasmo y todo volvió a la normalidad, Luego, con ese gesto despectivo que a veces solía tener, Adán se dirigió al grupo.

El cirujano general

—¡Estoy sordo!, pero a pesar de eso he podido escuchar a cada uno de mis antecesores. Poco podría aportar a los temas que se han tocado. Se ha dicho que la muerte es el final de la vida y que después de ésta no existe nada; también se asegura que nuestro espíritu se desprende para trasladarse a una nueva dimensión, especulaciones que por lo mismo no dejan de ser fascinantes, suposiciones que nos llenan de esperanza, especialmente a quienes deseamos que la vida no se extinga con la muerte. También hemos escuchado plegarias para que todo acabe al fallecer. No sé qué pensar. Quienes han visto a la muerte en la cabecera de su cama nos demuestran que no todo finaliza cuando el cuerpo ya está inservible; pero otras veces nos obligan a pensar que el sepulcro es la consunción de la vida. Al meditar y preguntarnos cómo es el infinito, nos desesperamos al no hallar una respuesta, o tesis lógica; ¡ahí se funden lo creíble con lo increíble!; algo semejante sucede si pretendo descifrar la fascinante incógnita del Más Allá: ¡me pierdo en el universo de las ideas y suposiciones

sin concluir nada que se parezca a lo razonable! Yo, como aquel filósofo cuyo nombre se me escapa de la memoria, sólo digo: “no me importaría haber muerto ayer”. Erasmo, no voy a repetir las letanías que has escuchado. Sólo deseo subrayar que la religión es un medio para unir y respetar. Que existe un ser supremo, es evidente e indiscutible; si negamos su presencia, es por necios, tontos o ciegos. Se ha pregonado que los médicos y la muerte marchamos juntos; y es la verdad. Nuestro grupo, hermanos, ha tocado temas de gran trascendencia. Nuestras ideas han traspasado fronteras; han hecho historia —tomó su copa—. ¡Qué hermoso es convivir con los amigos de siempre! ¡Qué hermoso es retar a la vida esperando la muerte! Salvo aquellos médicos de la segunda y tercera generaciones, los que estuvimos la noche del juramento nos encontramos a la orilla de la vida, o en el umbral de la muerte, que para el caso es lo mismo. Estamos conscientes de la realidad: nuestros mejores días, tan lejanos que a veces no los distinguimos, los hemos mutado por enfermedades que poco a poco nos están aniquilando; y, sin embargo, todavía tenemos arreos para continuar en la batalla. Hoy, sin querer, al escuchar a mi antecesor, recordé una experiencia que tuve en el reclusorio de mujeres de Santa Martha Acatitla. Estaba recién desempaquetado, no tenía ni seis meses de titulado y ya prestaba mis servicios en ese presidio. Me tocó examinar a una mujer guapa y bien formada que estaba presa por el pequeño delito de haber asesinado a sangre fría a su marido. Una autoviuda, como la designaban los periodistas —sonrió y tomó de su copa de champán—. En el presidio aseguraban que ella tenía relaciones amorosas con una de las altas ejecutivas —tomó un descanso—. A propósito de estas desviaciones, quiero hacer hincapié en algo cruel, pero cierto: es en ese tétrico sitio donde las penadas encuentran la más agria soledad y el más completo abandono; ése es su peor castigo, porque, parece mentira, sus visitas, tanto de hijos como conyugales, son contadas, por no decir nulas: ellos las repudian; lo contrario sucede en el reclusorio de hombres, donde tanto hijos como espo-

sas los apoyan llevándoles dinero, víveres, ropa y comodidades. ¡Éste es el triste contraste y la cruel verdad! —pensativo— Debemos aceptar que la lealtad del sexo débil es superior a la del fuerte: ¡las mujeres son más honestas y humanas en este departamento! —bebió de su copa— Esa relación de mi rea con la ejecutiva le daba enorme categoría e influencia sobre el resto de la población cautiva y hasta sobre las mismas custodias: ¡la respetaban! Sucedió entonces que la primera dama del penal, como la designaban parodiando a esos periodistas rastreros que llaman así a las esposas de los presidentes, aunque muchas veces ni siquiera esposas de ellos son, padecía varices en las piernas. Su protectora ordenó tratamiento inmediato. Ése fue motivo de peso para operarla. La safenectomía se llevó a cabo sin complicaciones; he de señalar que antes de ingresar como médico al presidio había estado de ayudante con un angiólogo, por lo que esa intervención no me asustó —sonrió orgulloso—. Mi cirugía fue intachable; un poema, a pesar de las limitaciones del quirófano, que más bien parecía cocina de restaurante. Hay algo que ustedes saben de memoria: cuando más pretendemos lucirnos, más dificultades surgen. Eso me sucedió: dos días después de la cirugía descubrí que la incisión inguinal se había infectado —sonrió—; se lo achaqué al quirófano insalubre y pensé que en pocos días controlaría este detalle y la saturé de antibióticos, amén de curación diaria. Pasó una semana y la autoviuda empezó a inquietarse y me dijo que la intervención había sido defectuosa y que cada día se sentía peor. Esto, aunado a que la "ejecutiva" me amenazó con pedir mi cambio si la primerísima dama no quedaba bien, aumentó mi preocupación. Dos días después, el muslo de la autoviuda parecía tener elefantiasis: ¡estaba hinchado!, ¡se había formado un terrible flemón que avanzaba siniestro hacia la pierna! Desesperado, esa tarde la llevé al quirófano y bajo bloqueo epidural, administrado por el doctor Trejo, la volví a intervenir. El resultado de esa operación fue ilustrativo: de las profundidades de la herida inguinal extraje la gasa, que estúpidamente había dejado, causante de

la infección. Al otro día, cuando entré radiante de optimismo al despacho de la ejecutiva para comunicarle que la inflamación de la autoviuda estaba controlada, me quedé paralizado al escuchar de sus labios que mi paciente ¡estaba muerta! Les juro, hermanos, que una despiadada temblorina se apoderó de mi enclenque cuerpo; parecía gelatina a medio cuajar; mi voz temblorosa, impregnada de miedo, pensando que una septicemia la había liquidado, apenas se escuchó cuando pregunté: ¿Qué le pasó? ¡La dejé muy bien! Y la amante de mi cliente respondió a punto de llorar: "¡en la madrugada la asesinaron!" —hizo una pausa—. Hasta entonces pude respirar a gusto; en mis labios se dibujó una mueca de alegría; mientras de mi boca, hipócritamente, salió un lamento de tristeza: "¡pobre!", alcancé a decir, y me retiré, porque mis piernas continuaban su tétrico bailoteo, pero ahora de tranquilidad. Este relato lo menciono, porque ser médico de un reclusorio de mujeres es deprimente. Algo que deja huellas indelebles, recuerdos amargos, máxime que la mayoría de las penadas son mujeres de escasos recursos y pocas posibilidades de ser defendidas como debe ser —sonrió abstraído—. Hay otro hecho impactante, ahora en el presidio de hombres, que aún lo rememoro con angustia: un recluso, con más de ciento treinta kilogramos de peso, intentó brincarse la barda de la calle y cayó pesadamente sobre la banqueta, fracturándose multitud de huesos; era un verdadero gigante y estaba acusado de robo; pero el miedo a que sus hijos se enteraran de este ilícito lo motivó a tratar de escapar. La peor de las fracturas y por la que llegó al quirófano, era la del fémur. El recluso se negaba rotundamente a que lo operáramos, forcejeaba y manoteaba al anestesiólogo para impedir que le administrara el pentotal: "¡Me va usted a matar, doctor, lo veo en sus ojos, no quiero que me operen aquí, prefiero mis dolores al crimen que ustedes van a cometer; yo sé que me quieren inyectar la dosis letal con que ejecutan a los sentenciados a muerte! "; ayudado por los de seguridad, el anestesiólogo inyectó su pentotal y el multifracturado perdió rápidamente el conocimiento, y también la vida.

¡El corazón, como si hubiera sido herido por un rayo, dejó de latir! El anestesiólogo, desesperado, empezó a dar masaje cardiaco, intubó, dio oxígeno con la bolsa por más de treinta minutos, pidió auxilio a los otros médicos, pero nada pudimos hacer, ¡el paciente estaba muerto! Yo, mis queridos amigos, lloré; y no por el presidiario, sino por el colega que desesperado se debatía en la mesa de operaciones por salvarle la vida a quien creyó haber asesinado. A tantos años de este drama, me sigo preguntando si la multifractura y sus estragos fueron la causa directa de su muerte, o el pentotal, que, por razones obvias, le fue nocivo; lo cierto es que mi anestesiólogo jamás volvió a entrar a una sala de cirugía, se convirtió en comerciante, colgó el laringoscopio y el estetoscopio para siempre. Nunca más quiso saber de medicina —sonrió melancólico—. Hice estas reminiscencias porque, a pesar de habernos reunido un día a exponer nuestros fracasos, éstos seguirán multiplicándose. Difícilmente podremos ser inmunes a ellos. Nuestra labor, callada pero firme, consiste en que un error no pase inadvertido ni se cubra con tierra, sino se exponga a los colegas para que lo eviten. Somos humanos y conocemos nuestras limitaciones. Todos estamos enterados de casos en que el médico se ha retirado de la profesión por este tipo de motivos. Yo sé de quienes se convirtieron en ganaderos, comerciantes, modistos o industriales para no tener nada que ver con las angustias que producen el ejercicio de nuestra sagrada profesión —sonrió—. Es digno de elogiarse que ninguno de nuestro grupo se ha retirado por razones análogas; claro que ya muchos no ejercemos, pero no por miedo, sino por los años que llevamos a cuestas y que lejos de ser benéficos al enfermo pueden ser perjudiciales. Erasmo, debemos comprender que la vida tiene un límite, y no es posible vivir más de lo dispuesto por Dios. Después de mirar a cada uno de los que estuvimos aquella noche del 17 de agosto en la taberna de don Hipólito, admito sin ninguna discusión que efectivamente somos sombras, caricaturas, como alguien señaló, de lo que fuimos; pero no olvidemos el caudal de conocimientos y experien-

cias adquiridas a lo largo de nuestro peregrinar en la carrera, y que ahora son bases sólidas para que las generaciones actuales y futuras beban de la espumante copa de nuestra sabiduría. Siempre he defendido la práctica, sé que es indispensable en la formación médica: da experiencia; sin aquélla, es difícil que florezca ésta —hizo una pausa que aprovechó para dar un sorbo a su copa de champán—. Dentro del calvario que pasamos en el ejercicio médico nos hemos olvidado de quienes colaboran activamente con nosotros, tanto en sala de operaciones como en pisos, y que vigilan constante y celosamente el bienestar de los enfermos y, sin embargo, viven en el más absoluto de los anonimatos: ¡las enfermeras! Reconozco que hemos sido egoístas al no mencionarlas, pero nunca es tarde para reivindicarlas —sonrió—. Hace tiempo me canalizaron un enfermo con problemas prostáticos, hombre de ochenta años, pero que aún conservaba la memoria firme y recordaba cosas increíbles; el tipo clásico del otomí cuya necedad saca de sus casillas al más pintado; bien, el hombre tenía retención urinaria con sus consecuencias lógicas; después de colocar su sonda mejoró notablemente, por lo que pensé enviarlo a urología; sin embargo, una de las enfermeras me preguntó, con aires de curiosidad, por qué al enfermo, si ya no tenía nada en la vejiga, todavía se le palpaba una "bola" en el vientre que latía como si fuera un reloj. Yo, sinceramente, pensé en la "ignorancia" de la enfermera y palpé al enfermo con la seguridad de no encontrar nada; pero qué equivocado estaba, la enfermera ¡tenía razón!: un constante latir en la tumoración me hizo recordar al aneurisma aórtico que las placas radiográficas confirmaron. Y cuando el diagnóstico ya estaba comprobado, el enfermo murió súbitamente... ¡se le rompió el aneurisma! Refiero este caso, porque a lo largo de nuestras reuniones hemos olvidado a quienes día a día están con nosotros en la lucha contra la muerte: ¡las enfermeras! No niego que muchas no tienen la vocación requerida; pero quienes sí la tienen, mis respetos; ellas, en el anonimato, han salvado infinidad de vidas, y pocas veces se les da el crédito que

merecen. Yo sé de quienes nos han enseñado a poner venoclisis, a suturar ¡y hasta a operar! —tomó su vaso de champán y le dio un sorbo— Justo es, por tanto, reconocer públicamente sus atinadas intervenciones; desgraciadamente, ya no tenemos tiempo para ese homenaje, se nos está acabando, pero si como todo hace suponer nos llegamos a reunir en el Más Allá dentro de cien años —sonrió—, justo será resaltar, en esa dimensión, sus intervenciones —hizo una pausa—. Erasmo, mi plática se ha tornado monótona; veo que tus ojos permanecen cerrados, tal vez por aburrimiento, o cansancio. La reunión ha sido larga. Debemos concluirla. Ya nadie falta. Todos hemos hablado. Te toca cerrar la última jornada médica.

El final

Erasmo, sin abrir los ojos, dijo:

—Estoy cansado, hermanos. Tengo mucho sueño. Esta velada ha concluido —suspiró profundo—. Gracias. Me hicieron feliz con venir a verme; era mi último deseo; y me lo concedieron —aspiró aire con dificultad—. No se vayan. Quiero morir rodeado de ustedes; hoy es 17 de agosto, nuestro aniversario. Y así como aquella mujer de nombre Consuelo aguardó a que el malvado hijo llegara para darle su bendición y morir, así yo, con mi terrible mal, los esperé para despedirme de ustedes —hizo una larga pausa—; dentro de unos instantes moriré, lo sé. Desde el inicio de esta jornada he soportado los lacerantes dolores que me agobian; ni siquiera los opiáceos me hicieron efecto. Ése fue el pago por compartir con ustedes el final de mi existencia —un copioso sudor le cubrió el rostro—. Todo se empieza a nublar —dijo triste, con voz suave, lenta, casi imperceptible—; los ruidos cada vez se hacen más lejanos; desde hace rato mi corazón trata de paralizarse. Hice un esfuerzo sobrehumano para no irme sin escuchar

la voz de cada uno de ustedes —la tos lo obligó a callar y a tomar aire—; pero ya no me siento capaz de seguir luchando contra la muerte... ya empiezo a ver una luz al final...

Erasmo cerró los ojos y empezó a respirar con dificultad. El doctor Parnel, especializado en urgencias, se levantó y trató de explorarlo. Pedro Luis, con los ojos preñados de lágrimas, se opuso terminantemente.

—No, doctor Parnel —le dijo tomándolo del brazo—. Se lo suplico. No haga nada. Debe respetar su deseo. No quiere ninguna terapia heroica; por favor, no intente maniobras inútiles; quiere descansar; sólo esperaba esta reunión para dejarnos; ya nos lo había dicho.

—Tengo que hacer algo, Pedro Luis, no puedo quedarme con los brazos cruzados y dejar que muera sin atención ¡sería un crimen!

—Más crimen será si lo intenta, doctor. No olvide que son órdenes de él; le prometí que nadie le alargaría su agonía. ¡Y lo voy a cumplir!

Adán Calzada se acercó adonde estaba Erasmo y le dijo al oído:

—¿Quieres ayuda, hermano?

Erasmo, arrastrando las palabras y tratando de abrir los ojos, sin conseguirlo, respondió:

—Déjenme morir tranquilo —hizo una larga pausa—. Ya hicieron bastante con venir —calló y aspiró aire—. Debo morir. Lo deseo. No se vayan... quiero que estén conmigo hasta el final —trató de sonreír—. La muerte es sólo un sueño; aunque más profundo y prolongado; ...es hermoso morir rodeado de las personas que más hemos amado en la vida; además... es verdad que al final de este camino hay una luz que brilla intensamente...

Luis trató de acercarse a socorrerlo, pero nuevamente Pedro Luis se lo impidió.

—Por favor, doctor, entiéndame, él ya está fatigado y quiere descansar. No me haga romper mi promesa.

—¿Cómo es posible que no quieras auxiliar a tu padre? —cuestionó molesto Luis Parnel.

—Porque así lo prometí y así se hará. Ustedes me han enseñado a respetar los juramentos... ¡y lo voy a respetar! —hizo una pausa—. Esta etapa final la discutí muchas veces con él, y siempre estuvo de acuerdo en que no le prolongáramos sus sufrimientos... ¡Por eso no permitiré que sufra más!; además, ya está en el umbral de la muerte: su diaforesis, disnea y cianosis lo confirman.

—¡Estás loco!—gritó Luis.

—No —terció Adán—, no lo está. Simplemente obedece una orden. Y cuando ese mandato viene del padre, se vuelve sagrado. Sería desleal que interviniéramos; algo así como una traición al amigo. Dejemos que Pedro Luis cumpla su juramento.

Luis, a pesar de la prohibición, se acercó a tomarle el pulso.

—No hay pulso —exclamó preocupado—. Voy a darle masaje.

Pedro Luis lo tomó del brazo.

—Por favor, doctor: déjelo morir tranquilo. Ya no intente alargar su agonía.

—Ninguna maniobra le devolverá la vida —afirmó Adán, que acababa de examinarle los ojos con su lamparilla—. No tiene reflejos: ¡Erasmo ha muerto!

Todos los Apóstoles se pusieron de pie. El silencio se hizo solemne. Pedro Luis, con lágrimas en los ojos, abrazó a su padre, mientras Dora, que había permanecido a una distancia prudente de la velada, entró angustiada, acompañada de su hija, para abrazar tanto a Erasmo como a sus hijos. Pedro Luis, sin separar los ojos del rostro de su padre, dijo:

—Doctores, les doy mi más sincero y profundo agradecimiento por haberlo acompañado —sollozó mientras besaba tiernamente la mano de su padre—. Él nos pidió que no hubiera velorio. Que sólo su esposa y sus hijos permaneciéramos a su lado y que a primera hora lo cremáramos; sus cenizas serán regadas en los sitios que él eligió y tanto amó. Voy a cumplir sus deseos —con

los ojos inundados de lágrimas miró con infinita dulzura al grupo—. La Última Jornada ha terminado. Pueden retirarse.

Sin hacer comentarios, con el corazón hecho pedazos y una mirada llena de admiración, cariño y respeto, los Apóstoles fueron desfilando ante el cadáver de Erasmo, cumpliendo así el último deseo del hombre que espiritualmente los había mantenido unidos y que ahora, rodeado de sus seres queridos, dormía el sueño eterno, esperando, tal vez, volverlos a ver al cabo de cien años en algún lugar del Más Allá.

Jornada de errores médicos

Primer tomo de la trilogía de Jornadas Médicas

Jornada de errores médicos es un libro que estremecerá a los lectores por su profundo contenido y dramática realidad. Es la historia de doce médicos que el día de su graduación prometen solemnemente reunirse al cabo de veinte años en el mejor hotel, en ese entonces, del bello puerto de Acapulco. Y cuando cumplen su juramento, siendo ya médicos famosos, uno de ellos se levanta de la mesa redonda y propone algo insólito: ¡confesar cuál ha sido el error más grande que cada quien ha cometido en el ejercicio de su profesión!

La pluma ágil y sencilla del doctor Rafael Olivera Figueroa nos hace vivir las terribles horas que pasan los personajes al reconstruir sus tristes experiencias. No se trata de juzgar al cirujano que involuntariamente llega a equivocarse, sino de comprender los momentos angustiosos que vive al darse cuenta de su error...

Hace años, posiblemente nadie se hubiera atrevido a tocar este delicado punto, pero ahora, y es justo aceptarlo, ya no se considera a los médicos como dioses ni se les da tratamiento de omnipotentes: $son humanos y, como tales, propensos a errores!

Jornada de errores médicos

Rafael Olivera Figueroa

1





Jornada médica en un velorio

Segundo tomo de la trilogía de Jornadas Médicas

El doctor Rafael Olivera Figueroa muestra una vez más su gran sencillez y amenidad para escribir, y en esta ocasión nos relata la historia de un grupo de médicos quienes, al reunirse en el velorio de uno de sus amigos, hacen el recuento de los sucesos más impactantes, tristes e impresionantes en el ejercicio de su profesión.

Los médicos de esta atractiva novela, con el admirable Erasmo Vidal en primer término, narran vivencias que provocan diferentes estados de ánimo en el lector, llevándolo de la melancolía a la risa y del asombro a la incredulidad.

Una muestra de lo interesante de esta obra es la detallada descripción de la maravillosa operación que convierte a un hombre en mujer, así como el estrujante relato de un cuerpo sin vida que es arrojado en la carretera a Cuernavaca.

Jornada médica en un velorio

Rafael Olivera Figueroa

2





En esta novela el doctor Rafael Olivera Figueroa nos muestra una vez más su depurado estilo para escribir, el cual es una mezcla de sencillez y profundidad capaz de llegar a las fibras más sensibles de cualquier tipo de lector.

Aquellos galenos que un día fueron bautizados por un legislador hidalguense con el mote de los Doce Apóstoles, y que al cabo de veinte años se reunieron en Acapulco para confesar sus errores médicos *(Jornada de errores médicos)* y más tarde organizaron una jornada alrededor de un ataúd en el velorio de uno de ellos *(Jornada médica en un velorio),* ahora, conscientes del paso de los años y agobiados por sus múltiples enfermedades, se reúnen por última ocasión en torno del lecho de su guía, el ex senador Erasmo Vidal y Rojas, que agoniza víctima de un virulento cáncer, para relatar sus experiencias acerca de la muerte, de la ingratitud de los hijos, del Más Allá y del sufrimiento de sus enfermedades que poco a poco los van acabando.


ISBN 978-607-7504-07-8
9 786077 504078